



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

Centro de Políticas Públicas UC

Seminario Encuesta Bicentenario 2014: «Una mirada al alma de Chile» Reflexiones sobre el modelo de desarrollo, la conciencia tributaria y la parentalidad

7 de enero, 2015



TEMAS DE LA AGENDA PÚBLICA

Año 10 / N° 76 / marzo 2015
ISSN 0718-9745

Seminario Encuesta Bicentenario 2014: «Una mirada al alma de Chile»
**Reflexiones sobre el modelo de desarrollo,
la conciencia tributaria y la parentalidad**

7 de enero, 2015

Índice

Prólogo

IGNACIO SÁNCHEZ D., rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile 7

Introducción

CRISTIÁN ZEGERS, director del diario El Mercurio 9

CRISTIÁN BOFILL, director ejecutivo de Canal 13 11

Exposiciones

1. Estado versus iniciativa privada

¿Hacia dónde se mueve Chile? Una mirada a nuestro modelo de desarrollo 13

IGNACIO IRARRÁZAVAL, director del Centro de Políticas Públicas UC

SOFÍA BRAHM, Centro de Políticas Públicas UC

¿Qué pensamos los chilenos sobre nuestros impuestos? 27

ANDRÉS BIEHL, académico del Instituto de Sociología UC

Comentario

CRISTIÁN LARROULET, director de Investigación de la Facultad de Economía y Negocios UDD 36

EUGENIO TIRONI, sociólogo 38

MAX COLODRO, académico de la Escuela de Gobierno UAI 40

2. Familia: el rol del padre

Paternidad en Chile: una evaluación preliminar 43

EDUARDO VALENZUELA, decano de la Facultad de Ciencias Sociales UC

PILAR WIEGAND, Instituto de Sociología UC

Comentario

CARMEN DOMÍNGUEZ, directora del Centro UC de la Familia 52

SERGIO BERNALES, socio y fundador del Instituto Chileno de Terapia Familiar 55

CAROLINA DELL'ORO, socia directora de la Consultora Concilia 60

Prólogo

En este Seminario analizaremos los principales resultados de la Encuesta Nacional Bicentenario que ha preparado el Centro de Políticas Públicas y el Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile en conjunto con la firma Adimark GfK.

Bajo el nombre “Una mirada al alma de Chile”, esta encuesta le ha tomado el pulso a la sociedad chilena año a año desde 2006 y nos ha aportado valiosos antecedentes para lograr una mejor comprensión de lo que preocupa, alegra o sueñan nuestros compatriotas a lo largo de todo el país. Es una radiografía de Chile que se ha elaborado rigurosamente, descubriendo interesantes pistas a seguir para conocernos mejor y ayudar a la salvaguardia de nuestra identidad.

Agradezco muy especialmente la visión del rector Pedro Pablo Rosso y el aporte de la profesora Francisca Alessandri en el desarrollo y continuidad de esta encuesta.

Junto a ellos, quiero agradecer especialmente a nuestros auspiciadores que han apoyado esta iniciativa desde un comienzo: me refiero a El Mercurio y a Canal 13, los que han colaborado con una amplia difusión de los resultados que arroja el estudio cada año. Su labor ha sido clave en el éxito de este proyecto. Esperamos poder seguir contando con el apoyo de ambas instituciones el próximo año y renovar así el convenio que hemos establecido para estos fines, el que culmina su segunda etapa en 2015. La persistencia en el tiempo es de vital importancia para la UC y para Chile.

El estudio que hoy nos convoca responde a nuestra vocación de servicio que identifica a la Universidad Católica con el fin de contribuir a mejorar la calidad de vida de los chilenos, colocando siempre al centro de la investigación a la persona humana y aportando al bien común. Los temas abordados en la encuesta tienen que ver con aspectos claves relacionados con la sociedad, la familia, la religión, Chile y el mundo.

Me quiero detener brevemente en algunos alcances centrales de los resultados obtenidos en la encuesta 2014, los cuales he comentado públicamente en distintas ins-

tancias. En momentos en que se discute una de las reformas educacionales más significativas de los últimos años, el estudio entrega relevantes antecedentes. Sorprende gratamente que, pese a los bajos índices observados en materia de confianza —en los que la mayoría de las instituciones consultadas baja—, los colegios y las universidades presenten porcentajes cercanos al 40%.

Asimismo, en relación a la calidad de la educación, los encuestados manifiestan una percepción favorable de la enseñanza preescolar y universitaria, siendo la secundaria la peor evaluada y donde se percibe el menor progreso en la última década. En el ámbito escolar, los colegios particulares subvencionados son asociados con atributos tales como mayor diversidad económica y social de los niños, formación de valores y hábitos, alto rendimiento escolar, disciplina y equipamiento. Un desafío plantea la baja preferencia por los colegios de carácter religioso. Respecto de la elección de la escuela, el 92% cree que son los padres quienes deben decidir dónde educar a sus hijos. Se constata también un mayor optimismo en lo que se refiere a la posibilidad de resolver el problema de la educación en la próxima década.

Igualmente positiva es la percepción observada respecto de las posibilidades que tiene un joven inteligente pero sin recursos de ingresar a la universidad, pues se percibe mayor facilidad de acceso. Sin embargo, prevalece una motivación algo instrumental de la formación universitaria, fuertemente marcada por expectativas laborales y de ingresos, y donde la contribución al desarrollo del país es escasamente considerada al optar por un título universitario.

El módulo sobre el pago y uso de los tributos también aporta interesantes datos. La encuesta da cuenta de una baja conciencia tributaria entre los chilenos. Un importante desafío para la autoridad plantea el alto porcentaje de quienes consideran que los recursos recaudados son mal utilizados por el Estado, al que se le asigna un rol fundamental en la asistencia a los más vulnerables, pero en equilibrio con la iniciativa privada. La gran mayoría atribuye al esfuerzo personal la oportunidad de progreso individual.

Reveladora es la valoración percibida respecto de la concepción de familia, tendencia que se observa en la evaluación de la paternidad que se realiza en el módulo “familia” de este sondeo. Los jóvenes tienden a evaluar mejor a sus padres que los de mayor edad, lo que podría indicarnos cambios en la percepción de la calidad de la paternidad en las nuevas generaciones.

Sin embargo, los datos indican que esta evaluación varía considerablemente según el nivel socioeconómico y cae notoriamente en aquellos casos de ausencia paterna. Asimismo, pese al aumento de la aprobación del aborto en casos puntuales y de menor frecuencia, se mantiene un amplio rechazo a esta práctica ante cualquier circunstancia. En materia religiosa, la encuesta constata que somos un país profundamente cristiano, pues incluso más de la mitad de quienes se declaran agnósticos, dicen creer en Jesucristo. Si bien –en los últimos años– se observa una mayor desafección religiosa, ello no se traduce en una postura hostil hacia la religión. En el ámbito internacional, se refuerza la posición a favor

de mantener una conducta independiente respecto de la región y, en materia vecinal, aumenta el rechazo a cualquier cesión territorial.

En su novena versión, la Encuesta Bicentenario ofrece valiosos datos sobre la percepción de temas fundamentales, permitiendo constatar cuáles son las grandes tendencias que perfilan nuestra sociedad. Los datos de este año nos muestran un país con expectativas de progreso, que confía en sus potencialidades individuales y que valora de manera especial y encuentra satisfacción en sus relaciones familiares.

Los invito a reflexionar y participar en el diálogo que se abrirá durante esta mañana con el fin de conocer en detalle los alcances de los resultados de la encuesta 2014.

Les reitero mis agradecimientos a todos los participantes en la jornada de hoy y mis felicitaciones a quienes tuvieron la responsabilidad de diseñar el trabajo y analizar los resultados que se lograron.

IGNACIO SÁNCHEZ D.

Rector
de la Pontificia Universidad
Católica de Chile

Introducción

CRISTIÁN ZEGERS, director del diario El Mercurio

Pocas veces en nuestra historia reciente los organismos políticos y las agrupaciones públicas de la más diferente naturaleza habían estado más inseguras de representar el sentir ciudadano, que en el año de realización de esta novena Encuesta Nacional Bicentenario.

Ha sido cruzado este período por intensos debates de políticas públicas y por trascendentes decisiones, con filudas aristas valóricas y de principios constitucionales, llamadas a influir por largo tiempo en la configuración desde marcos legales tan sensibles como el tributario y el educacional, hasta el aborto y la relación laboral-sindical. Y, por la significativa tendencia que marcan los datos de la encuesta a este respecto, tampoco podemos olvidar la preocupación seria y permanente por algunas de nuestras relaciones vecinales.

Para quienes hemos apoyado la divulgación de esta Encuesta de la Universidad Católica de Chile, ejecutada con la solvencia técnica de Adimark, resulta estimulante comprobar que de año en año se acrecienta su influencia en el debate público y social.

A medida que numerosos sectores ciudadanos parcialmente se desencuadran de sus familias políticas e ideológicas de origen, más se advierte el peso de contar con una base de datos constante de lo que hemos llamado “el alma de Chile”, una encuesta con plena independencia de intereses y una radiografía aplicada anualmente al máximo universo alcanzado por nuestros estudios de opinión.

El segundo fenómeno que cabe mencionar es el grado a veces notable de confluencia transversal de pareceres fundamentados que se observa en el debate público, en aspectos relevantes, por ejemplo, de la reforma educacional, y particularmente de sus desafíos pendientes a futuro. Todo esto confirma la importancia de contar con instrumentos de análisis de calidad, como el que hoy

nos reúne, los cuales contribuyen a dificultar o, directamente, a que sean insostenibles aquellas posiciones abanderizadas en meras consignas, populismos o sesgos ideológicos absolutistas.

En las cuatro grandes áreas que investiga esta encuesta, advertimos casos significativos en que el vigor de algunos datos, antes menos marcado, se impone ahora con fuerza propia, muchas veces a contracorriente de lo que reiteradamente se pretende afirmar como única realidad establecida en el debate público.

En educación, por ejemplo, el 92% de los encuestados está muy de acuerdo con que los padres deben decidir el colegio en el cual educar a sus hijos. Eso es elocuente cuando se consideran los efectos previsibles de las reformas que actualmente se discuten en el Congreso, en cuanto ellas podrían anticipar una reducción de ese ámbito de libertad. Y a la pregunta de si creen que en un plazo de 10 años se habrá alcanzado la meta de resolver el problema de la calidad de la educación, solo el 50% respondió que sí en julio pasado. Eso contrasta con 2006, cuando igual pregunta fue respondida afirmativamente por el 68%.

Asimismo, llamativo es que la calidad de la educación se percibe como mejor en los extremos —parvularia y universitaria—, pero decae considerablemente respecto de educación primaria y, sobre todo, secundaria. Además, esta última es la única en que la gente no observa avances, mientras en las demás la percepción es más bien optimista. La universitaria tiende a ser bien evaluada en acceso y calidad y, rotundamente, se otorga una amplia preferencia a la educación particular subvencionada (69%) respecto de la municipal (24%), subrayando una prioridad práctica de elevar la calidad de esta última.

Sobre nuestro sistema de desarrollo, en la disyuntiva

entre pro mercado o pro Estado, el 44% estima que cada persona debería responsabilizarse por su propio bienestar, mientras el 25% atribuye esa responsabilidad al Estado. Esta última tasa, que era de 33% en 2013, ha descendido en un año de un tercio a un cuarto de los encuestados. En otro tópico de nuestros días, la desigualdad, la percepción respecto de las razones para que una persona tenga mucho dinero, 66% de las repuestas lo asigna a la iniciativa y al trabajo duro, y solo 37% lo hace a la influencia o los contactos sociales.

Esta percepción puede cruzarse con abundantísima otra información sobre materias igualmente en intenso debate. Es el caso, evidentemente, de los temas tributarios, a cuyo respecto los encuestados manifiestan conocimientos y posiciones mucho más matizadas y complejas que cuanto suele afirmarse.

Desde luego, los datos muestran que nuestro país continúa dividido ante la alternativa de pagar más impuestos a cambio de prestaciones sociales de buena calidad, versus la de pagar menos impuestos y entregar a cada uno el logro de los servicios sociales que necesite.

Con todo, la “conciencia tributaria” de los chilenos sí tiene dos sospechas de bastante asertividad: que el Estado tiende a mal usar los recursos que obtiene de los impuestos (56%) y, por otra parte, que los más ricos y las empresas pagan pocos impuestos.

Sin embargo, no hay una visión claramente mayoritaria sobre si se deberían subir o bajar para financiar la salud y la educación. Se aprecia aquí un grado importante de desconocimiento que no existe en los países desarrollados con lo que tendemos a compararnos, a veces de manera irreal.

Ahora bien, cuando se pide mencionar los impuestos que se pagan con respuesta espontánea, el 34% de los encuestados no nombra ningún impuesto, y el 28% cree que no paga ninguno. Y aunque el 38% menciona el impuesto a las bencinas, el 35% la patente del automóvil, e igual porcentaje el IVA —con mucho el impuesto de mayor recaudación—, nada menos que 2/3 de los chilenos paradójicamente ignoran que lo pagan, y esto en todos los niveles de ingreso. Además, el 83% omite mencionar las contribuciones.

Cito apenas algunos datos y cruces posibles de las enormes potencialidades de análisis social que ofrece la Encuesta Bicentenario. Lo más interesante son aquellas áreas abordadas por la Encuesta cuyas conclusiones no son todavía terminantes.

Respecto de la familia, por ejemplo, es de notar que los jóvenes tienden a evaluar mejor a sus padres que los de mayor edad. Cabe preguntarse si eso es mero efecto del tiempo que transcurre o si, por el contrario, está aumentando la calidad de la paternidad en las nuevas generaciones.

Además, la evaluación de la paternidad aparece como sensible al nivel socioeconómico: mejora mucho según aumenta el nivel de escolaridad o de ingresos de las personas. ¿Cabría investigar allí una eventual relación de paternidad más responsable con mejor escolaridad y consecuentes mejores ingresos? ¿O estamos ante un fenómeno diferente? En todo caso, puede ser decidor el que la satisfacción de los encuestados con el rol paterno se desploma cuando el padre está ausente.

Acerca del tema acuciante de la relación con Bolivia, sigue manifestándose un rechazo abrumador a la opción de darle una salida soberana al mar. Cabe pensar en futuras versiones de la encuesta la posibilidad de incrementar las preguntas en este ámbito. Afectado por demandas carentes de mérito jurídico, Chile necesita tener evidencias de plena unidad y consistencia en aquellas decisiones específicas que corresponden a la Jefatura del Estado, pero que idealmente deberían apoyarse en un debate nacional más amplio e informado por percepciones específicas de plena claridad. Es el caso, por ejemplo, de la pertinencia de seguir Chile participando en el juicio de La Haya, si acaso la Corte resuelve dilatar la decisión sobre una competencia de la cual carece.

Concluyo expresando la esperanza de que el debate público en estas áreas fundamentales para el devenir chileno se siga profundizando con el aporte inestimable de una universidad con un liderazgo tan prestigioso como esta, y reiterando la voluntad de nuestros medios de comunicación de lograr para él la mayor difusión y el mayor interés ciudadano posibles.

Introducción

CRISTIÁN BOFILL, director ejecutivo de Canal 13

Saber lo que piensan los chilenos es una tarea dura para los que trabajamos en los medios de comunicación, sobre todo en un medio masivo por excelencia como es la televisión.

Para nosotros es imprescindible conocer e interpretar el pulso de nuestra sociedad, ya que solo así podemos ofrecer una programación con historias, con relatos, entretenimiento e información que logre conciliar masividad con calidad, en la medida de lo posible. Y subrayo en la medida de lo posible. Creo que no se nos puede pedir más, pero estamos conscientes de que tampoco se nos puede exigir menos.

Siempre que hablamos de las audiencias, recuerdo una frase de un académico y político canadiense, Michael Ignatieff, que conoció como pocos el éxito y la derrota en política y escribió unas memorias muy sabrosas (“Fuego y cenizas”), que aprovecho de recomendar con entusiasmo. La frase es: “para que te escuchen tienes que saber qué quieren oír”. No dijo “para que te escuchen tienes que decir lo que quieren oír”, sino que “saber lo que quieren oír”. Creo que sus palabras se aplican bien a los dilemas que enfrentan los medios de comunicación y que, de alguna forma, se reflejan también en esta encuesta.

En mi experiencia en los medios, creo que los más validados y consistentes son los que –al igual que las personas– han conquistado su sitio y el respeto en base a la construcción de una identidad, a sus criterios de selección, jerarquización y presentación de sus contenidos. Pero la condición básica –sin la cual todo lo demás es en vano– es que esos contenidos estén en el radar de las aspiraciones y preocupaciones de la audiencia.

La Encuesta Bicentenario, en la cual Canal 13 se enorgullece en participar con la Universidad Católica, El Mercurio y Adimark, es una valiosísima herramienta para examinar la sociedad chilena.

Quiero detenerme en dos aspectos que llamaron más mi atención, entre muchísimos otros. El primero es que creo que la Encuesta Bicentenario nos recuerda algo que muchas veces olvidamos en medio de los debates del día a día. Me refiero a que Chile es una sociedad, para bien o para mal, compleja, diversa y contradictoria, a la que es difícil atribuirle un solo tema, una sola tarea o una sola imagen.

La encuesta además refleja un fenómeno que me interesa particularmente y sobre el cual los medios, y especialmente la televisión, tienen mucho que decir. La encuesta demuestra que los chilenos se debaten entre la esperanza personal y el pesimismo como comunidad. Miramos al país en forma muy distinta desde la casa que desde la calle. Somos tremendamente autocomplacientes para referirnos al grado de satisfacción y expectativas con nuestra vida personal y muy autoflagelantes cuando se trata de evaluarnos como sociedad. Da la impresión de que hay un abismo entre cómo los chilenos nos percibimos a nosotros mismos y cómo percibimos a nuestros semejantes.

Al examinar esa y otras paradojas que nos trasmite la Encuesta Bicentenario, en Canal 13 sabemos que no tenemos otro destino que escuchar el pulso de la calle y de la vereda, de la casa y de la oficina, y reflejarlo en forma honesta y respetuosa en nuestra programación.

¿Hacia dónde se mueve Chile? Una mirada a nuestro modelo de desarrollo

IGNACIO IRARRÁZAVAL, director del Centro de Políticas Públicas UC

SOFÍA BRAHM, Centro de Políticas Públicas UC

Introducción

La sociedad chilena se está moviendo, ¿pero hacia dónde se mueve? Nos parece evidente que cambios sustantivos y de largo alcance van transformando poco a poco nuestra forma de comprender la vida en sociedad y el rol que le cabe a cada cual en este espacio. Han existido múltiples interpretaciones sobre el denominado “giro a la izquierda” en Latinoamérica, referido a la llegada de muchos presidentes de orientación de izquierda al poder. Chile no ha sido la excepción y, luego de que en el 2010 la derecha haya llegado al poder democráticamente tras dos décadas de gobiernos de la Concertación, obtuvo en el 2013 una derrota asombrosa que mucho da para analizar.

Es seguro que Chile se está moviendo, sin embargo, no sabemos bien hacia dónde nos dirigimos. Tampoco sabemos si el fenómeno electoral es el resultado de un cambio en la cultura política de la población o si, en cambio, ambos fenómenos van por separado. Algunos síntomas de las transformaciones comenzaron a hacerse patentes hace tres años, año de cuestionamientos al modelo de desarrollo chileno, de manifestaciones sociales y de un sentimiento generalizado de desconfianza y malestar. Las tentaciones por interpretar el fenómeno han sido diversas, surgiendo una discusión en torno al modelo adoptado por el país en los últimos años. “Nos dirigimos, a pasos agigantados, hacia la izquierda” leían algunos, mientras que otros, más escépticos al ambiente,

afirmaban “lo que se está pidiendo es profundizar aún más en el modelo que hemos adoptado”. Los libros “El Otro Modelo” (Atria, Couso, Larrain, Benavente y Joignant, 2013), “El Regreso del Modelo” (Larrain, 2012) y “El Derrumbe del Modelo” (Mayol, 2012) fueron el resultado de algunas reflexiones que intelectuales realizaron respecto al panorama que se presentaba.

Una interpretación alternativa de este fenómeno la ofrece Inglehart (1998) a través de su teoría de los valores postmaterialistas. De acuerdo con el autor, a medida que aumenta el nivel de vida de las personas en términos materiales, entonces se produce una movilización de los valores desde valores materiales hacia aquellos postmateriales, como la autoexpresión y las libertades civiles. Así, la preocupación por la participación o el medio ambiente sería un reflejo de la presencia de postmaterialismo en la sociedad¹.

Ya el Informe Nacional de Desarrollo Humano publicado en el año 2012 por el PNUD nos advertía del peligro que envolvía la situación si se realizaba una interpretación errada de la misma. Por un lado, podíamos creer que el descontento reflejaba la fecha de vencimiento del modelo y la necesidad de construir nuevas bases para el desarrollo económico y social de los chilenos. Esa interpretación de la realidad nos podía llevar a atentar contra la institucionalidad existente y tornarse peor que la misma enfermedad. Pero también existía aquella actitud errónea de creer que todo está bien, que el

1 Un análisis sobre el planteamiento de Inglehart para el caso chileno puede verse en Irarrázaval y Arteaga (2013).

modelo en realidad no puede ser cuestionado del todo mientras los centros comerciales se sigan llenando por cientos de chilenos cada día (PNUD, 2012). Engañarse respecto a las percepciones de malestar sería un error espantoso, pues impediría la sustentabilidad de aquel crecimiento que tanto consuelo ofrece a quienes niegan la existencia de un cuestionamiento real a las bases de nuestro desarrollo.

Chile se mueve. Quizás a pasos más lentos de lo que se podría pensar, pero sería injusto y complaciente negar el papel que han tenido los estudiantes y diferentes actores que han salido a las calles a manifestar su descontento y a cuestionar las raíces de nuestros problemas. Esta época de cambios nos ofrece la oportunidad para reflexionar y pensarnos a nosotros mismos, y, con ello, alberga un potencial transformador que puede llevarnos a encauzar, por un camino virtuoso, a nuestra sociedad. ¿Hacia dónde nos movemos? A continuación se presenta una reflexión a partir de los resultados de la Encuesta Bicentenario UC Adimark 2014², y en algunos casos años previos. A partir de las percepciones de la opinión pública esperamos aportar al análisis y comprensión de nuestra transformación, intentando observar cual es la cultura política de los chilenos y la visión que tenemos del modelo de desarrollo. Es necesario tener en cuenta, sin embargo, que este trabajo no pretende dar una interpretación unívoca y total de la realidad sino entregar algunas reflexiones respecto de la percepción de los chilenos.

Díada izquierda y derecha

Para comprender hacia donde nos movemos es preciso ponernos, en primer lugar, en las posibles coordenadas a través de las cuales nos podemos mover. La “díada” izquierda-derecha, utilizando el término empleado por Bobbio, ha sido la coordenada más común de la política moderna y en base a la cual estructuramos una serie de elementos que incluyen personas, partidos políticos, programas y cuerpos de ideas. A través de ella solemos enmarcar una gran multiplicidad de aspectos de la cultura, la historia, la economía, la moral y la sociedad. ¿Qué significa ser de izquierda y de derecha? ¿Qué contenidos la diferencian? Desde luego que, por una parte, significa algo y, por otra, no significa necesariamente siempre lo mismo.

Derecha e izquierda son dos conceptos relativos en el tiempo y en el espacio, pero no necesariamente son con-

ceptos sustanciales. De acuerdo con Bobbio (1995), “lo que es de izquierda lo es con respecto a lo que es de derecha. El hecho de que derecha e izquierda representen una oposición quiere decir simplemente que no se puede ser al mismo tiempo de derecha e izquierda. Pero no quiere decir nada del contenido de las partes contrapuestas”.

A pesar de la dificultad de establecer categorías fijas para categorizar a la derecha y a la izquierda, son diversos los ejes a través de los cuales se busca distinguir un concepto del otro. En Chile, por ejemplo, ser de derecha y ser de izquierda está asociado, entre otros, a (1) un componente económico referido al rol del Estado en la regulación económica, (2) un componente socioeconómico referido a fines tales como el desarrollo o la igualdad, (3) un componente valórico moral que distingue entre la defensa de los llamados derechos individuales o ciertos principios tradicionales como la familia y (4) un componente histórico, proveniente de la reforma agraria y el plebiscito del 89.

La conceptualización de la izquierda, aunque muy discutidamente, distingue “dos izquierdas”: una izquierda institucional, pragmática y partidista, la cual ha solido aceptar las reglas del libre mercado y de la democracia representativa, identificándose como una izquierda moderada, gradualista y buscadora de consensos. Por otro parte estaría una izquierda demagógica e idealista, identificada por un discurso abiertamente anticapitalista y cuyas bases más que institucionales son movimentistas, es una izquierda populista que ofrece solucionar los problemas sociales de manera absoluta (Levitsky & Roberts, 2011). En términos de atributos distintivos, el clásico libro de Norberto Bobbio, plantea la igualdad como la “estrella polar” de la izquierda. La derecha, en cambio, sin negarla, muchas veces la subordina al orden o la libertad (Fermendois, 1995).

La Encuesta Bicentenario históricamente ha realizado una pregunta en la que se le pide al encuestado situarse en un punto dentro de una regla de 1 a 10, donde el 1 corresponde a la izquierda y el 10 a la derecha. Esta modalidad de pregunta, extendidamente utilizada por estudios sobre posicionamiento ideológico, tiene dos limitaciones que deben ser tomadas en cuenta. En primer lugar, es común para los encuestados situar en el número 5 el centro de la muestra, aunque éste en realidad es el 5,5. Por otra parte, esta modalidad no permite observar al centro como un tercero independiente del eje, sino más bien se lo plantea como un punto intermedio

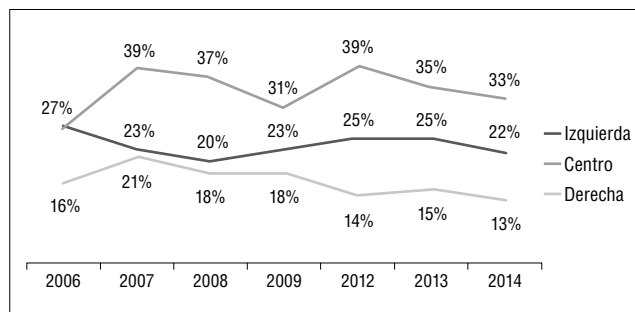
2 En general en este documento se utilizarán como primera referencia los datos de la Encuesta Bicentenario 2014, salvo que se indique un período de tiempo más largo.

entre dos polos o, en muchos casos, como una opción que muestra indiferencia a los extremos de la balanza. Teniendo en cuenta ambas limitaciones es posible observar aquello que sucede en nuestro país.

Entre aquellos que si se posicionaron en algún lugar del eje, la mayoría lo hace en el centro de la escala (34%) principalmente en el número 5, siendo consistente con la creencia de que el 5 es el centro de la escala. Luego existe un 22% que se identifica más con la izquierda (considerando las posiciones entre el 1 y el 4) y un 13,1% con la derecha (posiciones entre el 7 y el 10).

Esta tendencia ha sido más o menos consistente a través del tiempo. En los años que la Encuesta Bicentenario ha preguntado por el posicionamiento podemos ver que el centro siempre ha sido mayoritario, con algunas variaciones, especialmente entre los años 2009 y 2012 donde aumentó considerablemente y, desde entonces, ha ido disminuyendo progresivamente. El posicionamiento de izquierda, tuvo una fuerte disminución de 7 puntos porcentuales entre los años 2006 y 2008, un aumento lento y progresivo hasta el año 2013 y una leve disminución en este último año de alrededor de un 3%. La derecha, finalmente, tuvo cierto aumento entre el 2006 y el 2007 y luego ha ido disminuyendo hasta el año 2012, manteniéndose, hasta hoy, con un posicionamiento prácticamente sin variaciones.

Gráfico 1 | Evolución en el posicionamiento derecha-izquierda

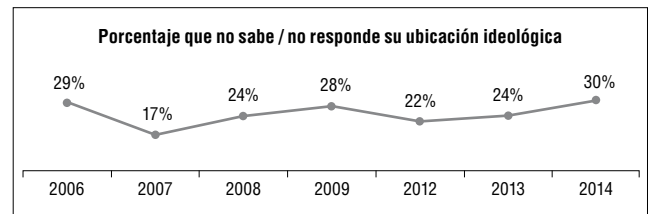


Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

Como hemos podido ver, el posicionamiento de la izquierda y la derecha en el año 2014 ha alcanzado uno de sus puntos más bajos (exceptuando por el año 2008 en el caso de la izquierda), y el centro también ha mostrado una disminución en los últimos tres años de 6 puntos porcentuales. ¿Hacia dónde nos movemos entonces? Al parecer, el posicionamiento en el eje descrito no es

capaz de entregarnos una respuesta concluyente respecto a algún movimiento evidente de la población. No obstante, estos resultados pueden verse afectados por la baja confianza que existe, en general, en la política –de acuerdo a la Encuesta Bicentenario, en el 2014 sólo un 3% dice que confía mucho o bastante en los partidos políticos y en los parlamentarios–. Esto se ve reflejado en el gran porcentaje de no identificación con la escala derecha/izquierda. La opción “No sabe/No responde” representa al 30% de la población. Esta tendencia es sobre todo relevante en el NSE bajo. Son los más pobres quienes tienen un menor posicionamiento en el eje (34% No sabe/No responde), a diferencia del NSE alto donde solo el 18% no se sitúa. La no identificación, de acuerdo a los datos de la Encuesta Bicentenario, se ha mantenido alta a lo largo del tiempo aunque en el año 2014 se pueden ver cifras especialmente altas y que pueden ser una arista más de la baja participación que hubo en las últimas elecciones tanto presidenciales como municipales.

Gráfico 2 | Evolución en la no identificación con el eje derecha-izquierda



Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

A este fenómeno se le ha solido llamar “desalineamiento político”, en donde las personas en general tenderían a abandonar sus afiliaciones partidistas e ideológicas tradicionales, sin embargo al no reemplazarlas por alguna estructura de preferencias equivalentes, se da el fenómeno que estamos viendo: un número creciente de personas no se identifican con partidos o con posiciones ideológicas y, a su vez, aumenta la desconfianza hacia los actores políticos tradicionales –fenómeno mostrado por la misma Encuesta Bicentenario donde partidos políticos y parlamentarios gozan de muy baja confianza dentro de la sociedad–. Dado que el posicionamiento en el eje izquierda y derecha no resulta útil para observar la cultura y pensamiento político de los chilenos, observaremos los distintos componentes de este pensamiento, específicamente aquellos referidos al modelo de desarrollo que ha adoptado el país. Para ello, veremos dos tipos de ejes referidos

a la izquierda y la derecha, uno que corresponde al rol del Estado y otro sobre la preferencia entre el crecimiento y la equidad. En el primer eje se abordarán cuatro dicotomías (responsabilidad individual v/s responsabilidad estatal, focalización v/s universalización, esfuerzo individual v/s garantías estatales y subir impuestos v/s bajar impuestos).

En el eje referido al rol del Estado, la derecha se asocia más con la idea de la libertad y el rechazo a la intervención del Estado en la economía y la sociedad civil; la izquierda, como oposición a la idea anterior, plantea la existencia de un Estado activo y con un rol importante

en dichas materias, el cual estaría a cargo de corregir ciertas injusticias que la misma sociedad y el sistema político han generado.

Cuatro preguntas de esta versión de la Encuesta Bicentenario (2014) nos permiten dar cuenta del apoyo a una mayor o menor injerencia del Estado en la vida de las personas y en la economía³. Todas estas preguntas exigen que el encuestado elija su ubicación en una escala de 10 entre dos polos aparentemente opuestos, donde cada polo se corresponde bien con la opción “más Estado” o bien con la opción “menos Estado”. Las cuatro preguntas están resumidas en el siguiente cuadro:

Tabla 1 | Preguntas referidas al eje Rol del Estado

DICOTOMÍA	Rol del Estado	
	-	+
Responsabilidad individual v/s responsabilidad estatal	<i>“Cada persona debería preocuparse y responsabilizarse por su propio bienestar”</i>	<i>“El Estado debería preocuparse y hacerse responsable por el bienestar de las personas”</i>
Focalización v/s universalización	<i>“La ayuda del Estado debe destinarse sólo a los más pobres y vulnerables”</i>	<i>“Todos los ciudadanos deben recibir la misma ayuda del Estado”</i>
Esfuerzo individual v/s garantías estatales	<i>“La mejor forma de progresar en la vida es esforzarse por emprender, capacitarse y trabajar duro”</i>	<i>“Para progresar en la vida se requieren garantías del Estado de buena educación y trabajo”</i>
Subir impuestos v/s bajar impuestos	<i>“Se deberían bajar los impuestos para que la gente pueda financiar por ellos mismos la educación y salud de su familia”</i>	<i>“Se deberían subir los impuestos para mejorar los servicios como la educación y salud”</i>

Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

En el otro eje, eje crecimiento v/s igualdad, la izquierda estaría asociada con una preferencia por la equidad y la derecha, en cambio, subordinaría la equidad al crecimiento económico. Norberto Bobbio en su clásico libro “Derecha e izquierda” (1995) nos plantea que es la igualdad el criterio más frecuente para situarse en un extremo u otro de la diada. De acuerdo con Squella (1995), la derecha vería con malos ojos el ideal de igualdad pues lo asocia con “nivelación” de la sociedad; para los de

izquierda, en cambio, el rechazo a este ideal de parte de la derecha sería una aceptación de un ordenamiento jerárquico de la población. Así, la izquierda tendería a valorar más la igualdad que el desarrollo y la derecha en cambio valoraría el desarrollo por sobre la igualdad. La pregunta que nos interesa muestra la posición del encuestado en una escala de 1 a 10, donde 1 se refiere a una opción a favor del crecimiento económico sostenido y 10 por la igualdad social.

Tabla 2 | Preguntas referidas al eje crecimiento / igualdad

DICOTOMÍA	Crecimiento	Igualdad
Crecimiento v/s igualdad	<i>“Lo mejor para el país es que haya crecimiento económico alto y sostenido”</i>	<i>“Lo mejor para el país es que haya igualdad social y una distribución de los ingresos más equitativa”</i>

Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

3 Resulta útil ver: Roberto Mendez, Nuevas dimensiones en la política chilena. Texto del trabajo presentado en el Seminario “El Proceso Político Chileno” el 22 de octubre de 1991 en el Centro de Estudios Públicos.

Para ver la real asociación entre el eje izquierda y derecha y estas categorías se realizó una prueba estadística⁴. A través de este test se pudo constatar que de las cuatro dicotomías asociadas al rol del Estado solo en dos de ellas su resultado está asociado al posicionamiento derecha e izquierda. Este es el caso de la pregunta relacionada con la responsabilidad frente al bienestar de la persona (responsabilidad individual o estatal) y la pregunta sobre la opción frente a los impuestos (subir o bajar los impuestos). Respecto a la preferencia entre el crecimiento y la equidad, si existiría una asociación estadísticamente significativa con el posicionamiento ideológico.

Ahora bien, si se realiza este mismo test distinguiendo entre los diferentes niveles socioeconómicos (NSE) (ver Tabla 3), puede observarse que esta variable juega un papel activo en la asociación que puede existir entre posicionamiento en el eje izquierda y derecha y el posicionamiento entre las diferentes dicotomías. Así, en el NSE alto, el identificarse como derecha o izquierda sí está asociado estadísticamente con los diferentes atributos que presentan la derecha y la izquierda. Esto sucede en todos los casos excepto con el eje focalización v/s universalización, que pareciera ser una discusión ajena a la gran mayoría de las personas. En el NSE bajo, por el contrario, no existe asociación en ninguna de las dicotomías.

Tabla 3 | **Relación entre posicionamiento en eje derecha izquierda y opciones respecto al modelo de desarrollo**

		Rol del Estado				Crecimiento v/s igualdad
		Responsabilidad individual v/s estatal	Subir impuestos v/s bajar impuestos	Progreso por esfuerzo v/s por garantías	Focalización v/s universalización	
Alto	Chi2	11,529*	6,135*	5,750*	1,069	17,620*
	gl	1	1	1	1	1
	Sig.	,001	,013	,016	,301	,000
Medio	Chi2	1,395	15,890*	1,838	0	6,516*
	gl	1	1	1	1	1
	Sig.	,238	,000	,175	,500	,011
Bajo	Chi2	,145	2,518	1,871	,084	,697
	gl	1	1	1	1	1
	Sig.	,703	,113	,171	,772	,404
Total	Chi2	4,050*	19,142*	1,353	,003	12,375*
	gl	1	1	1	1	1
	Sig.	,044	,000	,245	,955	,000

* Diferencia entre derecha e izquierda es significativa a un 95% de confianza.

Nota: las variables posicionamiento ideológico y las distintas dicotomías fueron recodificadas en variables binarias considerando 0=valores de 1 a 4 y 1=valores de 7 a 10.

Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario, 2014.

Esto nos lleva a observar un modo de socialización distinto en los diferentes NSE, donde el NSE bajo no estaría socializado por ideologías: su identificación con el eje izquierda y derecha puede responder a causas más blandas (por ejemplo, el beneficio o el bolsillo), no a las diferentes ideas relacionadas con cada extremo de la diada. En cambio, el NSE alto recibiría una formación ideológica distinta que sí le permite identificar a la derecha y a la izquierda con ciertos atributos distintivos.

Todo lo anteriormente mencionado nos lleva a mostrar dos cosas relacionadas: por una parte la imposibilidad de mostrar un movimiento efectivo hacia la derecha o hacia la izquierda entre los chilenos sino una tendencia creciente de no identificación con el eje izquierda-derecha, sobre todo en el NSE bajo, y, por otra parte, el escaso poder que nos da la identificación en el eje derecha-izquierda para predecir la preferencia entre los diferentes atributos asociados a ella. La discusión ideo-

4 Se utilizó un test chi-cuadrado, el cual evalúa la representatividad de una muestra o la relación estadística entre dos variables nominales.

lógica, aparentemente, es una discusión de elites, pero ello no significa que, independiente del eje derecha o izquierda, los NSE más bajos no tengan una cultura política determinada. Eso es lo que se verá a continuación, donde se intentará comprender la preferencia de los chilenos respecto de las diferentes opciones sobre el modelo de desarrollo.

Nuestra mirada sobre el rol del Estado

En primer lugar veremos el eje económico referido a la mirada que tienen los chilenos respecto del rol del Estado.

En una primera pregunta se le pide al encuestado elegir respecto a quién le cabe mayor responsabilidad en el bienestar de las personas, al Estado o a las mismas personas. Los chilenos en general se inclinan por la segunda opción, es decir, aquella que podría asociarse más con el mercado. Así, mientras el 25,4% de los chilenos cree que el Estado debería preocuparse y hacerse responsable por el bienestar de las personas, el 44,4% cree que cada persona debería preocuparse por su propio bienestar.

La última Encuesta CEP (Noviembre 2014) muestra cierta consistencia con estos resultados. Específicamente, hace la pregunta sobre si la principal responsabilidad por el sustento económico de las personas está en el Estado o en las mismas personas, y el 53% de la muestra se inclina por la opción de la mismas personas, mientras que el 12% por la opción estatal.

Sucede algo similar en el caso del eje que corresponde a cuál es la mejor forma de progresar en la vida, si a través del esfuerzo, capacitación y trabajo, o a través de las garantías estatales en términos de buena educación y trabajo. Al igual que lo que sucedía en la pregunta anterior, existe una mayoría que se inclina por el esfuerzo individual (39,2%) por sobre las garantías estatales (34,4%). En este caso, aunque existe diferencia significativa entre una opción y otra, esta diferencia es menor. Si continuamos con la Encuesta Bicentenario, menos directas, aunque de igual manera catalogables en un lado u otro de la balanza Estado-mercado, están las preguntas sobre el destinatario de la ayuda estatal y la opción respecto a los impuestos. En el primer caso, la dicotomía que se plantea es respecto al destino de la ayuda estatal, si este debe ser focalizado hacia los más pobres y vulnerables o si debe darse a todos por igual. La opción por la focalización es mayoritaria, en donde el 41,6% se inclina por ella, en contraposición con el 35,1% que prefiere la universalización de la ayuda estatal.

Finalmente, al tener que elegir la preferencia entre subir o bajar los impuestos, los chilenos se inclinan a la opción que podría estar más relacionada con el mercado, pues el 35,3% prefiere bajar los impuestos, versus un 31,8% que prefiere subirlos. La diferencia aquí no es tan pronunciada, sin embargo, es coherente con los ejes revisados más arriba.

Tabla 4 | Porcentajes de posicionamiento en el Eje Rol del Estado

DICOTOMÍA	Rol del Estado		
	-	centro	+
Responsabilidad individual v/s responsabilidad estatal	44,4%	30%	25,4%
Focalización v/s universalización	41,6%	23%	35,1%
Esfuerzo individual v/s garantías estatales	39,2%	26,1%	34,4%
Subir impuestos v/s bajar impuestos	35,3%	28,8%	31,8%

Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario, 2014.

Nota: los porcentajes faltantes corresponden a la opción No sabe / No responde.

Si observamos estos ejes según el nivel socioeconómico (NSE), se constata que en todos los casos el NSE alto se inclina más por la opción pro mercado que el NSE bajo, aunque en todos los NSE, incluyendo el más bajo, la opción pro mercado es la mayoritaria. Esto se da siempre, excepto en el caso de los impuestos, donde es el NSE alto que se inclina más a subir impuestos que a bajarlos, respecto al NSE bajo que se inclina por bajarlos antes que a subirlos.

La mirada que se tiene sobre el rol que le cabe al Estado en la vida de las personas está muy relacionada con la mirada que se tiene sobre las causas de la pobreza y de la riqueza. Al respecto, Feagin (1975) al estudiar las causas de la pobreza, estableció que existirían tres categorías distintas: las causas estructurales, las cuales atribuyen la responsabilidad de la pobreza a fuerzas sociales y económicas; las causas individuales, las cuales encuentran una respuesta en comportamientos específicos de los individuos pobres; y las causas fatalistas, que asocian la pobreza a la mala suerte o al destino.

La mirada que se tiene sobre la movilidad social de los pobres trae aparejada las opciones sobre las políticas de bienestar que debieran adoptar los países. De esta forma, podría esperarse que quienes señalan que el Estado debe hacerse responsable del bienestar de las personas, crean

a su vez, en mayor medida, que la riqueza y la pobreza tienen sus causas en factores estructurales y no en las acciones y decisiones de las personas. En otras palabras, creer que la pobreza o la riqueza es fruto de factores que escapan al propio control, es creer que el pobre es un sujeto desamparado y digno de ayuda, y que el rico es una persona que tuvo buena suerte pero que no por ello merece su posición. La buena o mala suerte en este caso debe ser corregida por un tercero. En cambio, creer que la pobreza es fruto de la flojera o de factores personales, implica que el pobre no sería digno de ayuda estatal sino que debe hacerse responsable de su propia suerte.

Esta relación la muestran Alesina y Glaeser (2004) en un estudio comparado sobre las percepciones de la movilidad social de los pobres en Estado Unidos y Europa. En él muestran también que las ideas sobre la movilidad social de los pobres son un coproducto de las políticas de bienestar que adoptan los países.

A través de los datos de la Encuesta Bicentenario 2014 se constata, como podría esperarse dados los resultados expuestos anteriormente, que una mayoría (69%) y en mayor proporción el estrato medio, identifica como causante de la pobreza a factores de tipo individual, adjudicando esta condición principalmente a la flojera y falta de iniciativa (51%).

Respecto a las causas de la riqueza sucede lo mismo; la mayoría (57,6%) le atribuye la riqueza en mayor medida a factores de tipo individual, destacándose principalmente la iniciativa y el trabajo duro, mientras que un 42,2% se la atribuye a factores estructurales. El dinero heredado, aunque es un factor de tipo estructural, también tiene un gran peso para los chilenos a la hora de determinar la riqueza de una persona.

Estos datos nos permiten confirmar el valor que tiene para los chilenos el trabajo, el mérito y los propios esfuerzos. Ahora bien, llama la atención que sean los del NSE alto los más estructuralistas dentro de la sociedad (aunque la diferencia es pequeña), destacándose principalmente el factor de la herencia (“que los padres también sean pobres” en el caso de las causas de la pobreza, y “el dinero heredado” en el caso de las causas de la riqueza).

El estrato socioeconómico medio y bajo, en cambio, se encuentran bastante cercanos en sus percepciones, no pudiendo notarse ninguna diferencia significativa entre ellos en el caso de las causas de la pobreza, y notándose algunas diferencias en el caso de las causas de la riqueza (en el estrato bajo creen en mayor medida en la iniciativa y el trabajo duro y en la habilidad y talento personal que el NSE medio).

Tabla 5 | **Causas de la pobreza por NSE**

Causas de la pobreza		Alto		Medio		Bajo		Total	
Que los padres también sean pobres	Estructurales	23%	34%	19%	30%	19%	31%	19%	31%
La discriminación social		11%		11%		12%		12%	
La flojera y la falta de iniciativa	Individuales	54%	66%	52%	70%	50%	69%	51%	69%
Los vicios y el alcoholismo		12%		17%		19%		18%	

Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

Tabla 6 | **Causas de la riqueza por NSE**

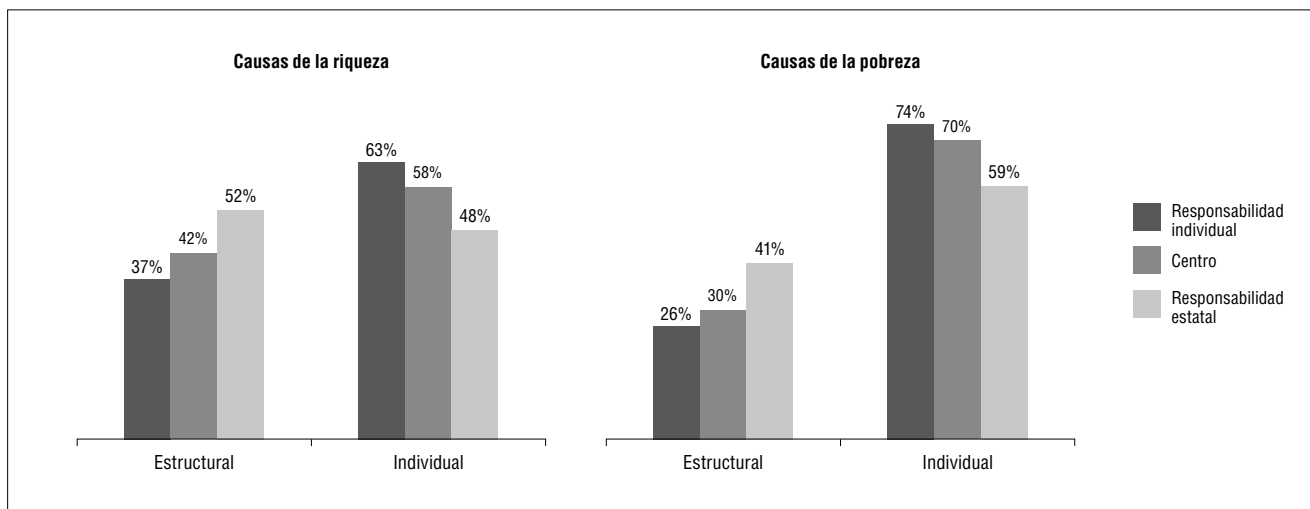
Causas de la riqueza		Alto		Medio		Bajo		Total	
El dinero heredado de su familia	Estructurales	40%	50%	32%	45%	30%	38%	32%	42%
Influencia o contactos sociales		10%		13%		8%		10%	
Iniciativa y trabajo duro	Individuales	45%	50%	40%	55%	44%	62%	43%	58%
Gran habilidad y talento personal		5%		15%		18%		15%	

Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

Si observamos la relación que existe entre las causas que se le atribuyen a la riqueza y la pregunta sobre a quién se le atribuye la responsabilidad sobre el bienestar de las personas, podemos observar que las per-

sonas que optan por un rol más fuerte del Estado son, al mismo tiempo, aquellas que le atribuyen causas más estructurales a la riqueza. Lo mismo sucede con las causas atribuidas a la pobreza.

Gráfico 3 | Causas de la riqueza y pobreza según posicionamiento en el Eje Rol del Estado



Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

Tomando en consideración todos los datos hasta ahora expuestos sobre las percepciones acerca del modelo de desarrollo, ¿qué nos dice que los chilenos valoren más la responsabilidad individual que la responsabilidad estatal?, ¿o que valoren más el esfuerzo, el emprendimiento y el trabajo duro por sobre las garantías estatales para progresar en la vida?, ¿o qué nos dice que los chilenos consideren que las causas de la riqueza y la pobreza en nuestro país sean principalmente fruto de las acciones de los propios individuos? ¿Significa que preferimos un Estado liberal del tipo “smithiano” más que un Estado de Bienestar?

A partir de los datos de la encuesta podemos concluir, al menos, dos cosas. En primer lugar, la preferencia de los chilenos por que sean los propios individuos quienes escojan sus propios fines. Al optar por la responsabilidad personal frente al propio bienestar, la posibilidad de progresar a través del esfuerzo o la posibilidad de financiar por sí mismos servicios como la educación o la salud, no se está diciendo que el Estado debería disminuir, sino que el Estado debe permitir la expresión de las personas de sus propias preferencias. No se rechaza la ayuda Estatal *per se*, sino más bien se rechaza el hecho de que las cosas se den ya hechas de antemano.

Esto no es algo nuevo, sino que también se expresa en otros planteamientos como por ejemplo que el 92,3% de los encuestados, casi el total de la muestra, está de acuerdo o muy de acuerdo en que son los padres quienes deben decidir el colegio donde educar a sus hijos.

De esta forma, una primera mirada que podemos hacer acerca de los chilenos y su visión sobre el desarrollo, es la creencia y preferencia por la iniciativa privada y por el valor del trabajo personal como fuente de crecimiento y obtención de metas. Esto se opone al intervencionismo estatal, pero no necesariamente a la colaboración estatal.

Esta primera mirada que se puede hacer sobre los datos que nos ofrece la Encuesta Bicentenario, se condice en gran medida con las políticas subsidiarias –al menos en su arista de no intervención– que se implementaron en los 80 y que la Concertación mantuvo con algunas modificaciones a lo largo de los 20 años de gobierno. Esto no debe ser extraño, pues en general las características de la cultura política dependen del mismo proceso político que vive una sociedad (Almond & Verba, 1963).

Una segunda conclusión que se puede obtener de los datos presentados es la estabilidad de los planteamientos

en el tiempo, a pesar del cambio de rumbo de la política y discurso público que ha significado este segundo gobierno de Michelle Bachelet. A pesar de las reformas planteadas y con una fuerte presión social hace algunos años respecto al rol del Estado y la calidad de los servicios públicos, las preferencias de los chilenos se han mantenido constantes.

Esta segunda conclusión nos muestra que creer que el país ha dejado de ser una sociedad que valora la meritocracia o, mejor dicho, la libertad personal, y se dirige hacia una sociedad garantista, sería un error. Lecturas apresuradas sobre fenómenos como los movimientos sociales de los últimos dos años o las crecientes demandas por bienes públicos, deben evitarse.

Es cierto que la sociedad ha cambiado, Chile ha pasado a ser un país de clase media, y de una clase media exigente, que no se conforma con la mezquina calidad de los bienes públicos existentes. Pero ello no quiere decir que la sociedad chilena se ha “estatizado” o “izquierdizado”. La pregunta acerca de la preferencia entre la responsabilidad individual y responsabilidad estatal en el bienestar de las personas ha mostrado una gran constancia en el tiempo e, incluso, el último año existió un aumento significativo en la opción que se inclina por la responsabilidad individual respecto al año anterior (diferencia de 6,8%). Algo similar sucede con la pregunta que contrapone el esfuerzo individual y las garantías estatales como fuentes de progreso; en este caso los años anteriores (2012 y 2013) mostraban una leve inclinación hacia las garantías estatales, lo cual se revirtió en el año 2014 donde la opción por el esfuerzo individual aumentó en un 10,1% respecto al año anterior.

Resumiendo entonces este primer ítem, los chilenos al parecer somos más liberales que garantistas y, esa característica la hemos mantenido en el tiempo.

Crecimiento o igualdad, nuestras expectativas para el país

El Eje crecimiento-igualdad se abordará en una nueva sección por dos razones: en primer lugar, porque los resultados de esta pregunta no se encuentran en la misma línea que los resultados de las preguntas anteriores y, en segundo lugar, pues esta pregunta se plantea más en términos de fines que de medios y no se refiere explícitamente al rol del Estado.

Antes de analizar las respuestas, es necesario considerar que si bien Chile ha mostrado cifras de crecimiento altas y sostenidas, es también uno de los países con el coefi-

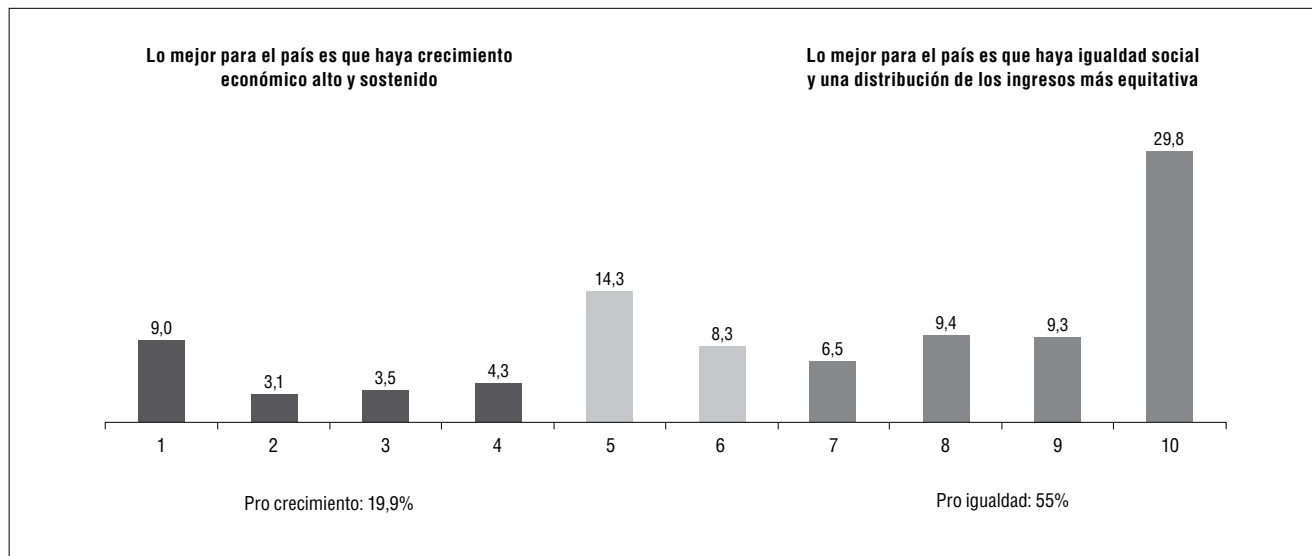
ciente GINI más alto de Latinoamérica y el mundo, y es el decil superior de la población aquel que presenta la mayor concentración de ingresos, generando un impacto en la desigualdad. A los largo de los años la desigualdad en Chile se ha mantenido alta con algunas variaciones, principalmente en los años de cambios en los regímenes de política económica, entre los 60 y 90 (Solimano & Torche, 2008). Aunque ha existido una rápida y exitosa reducción de la pobreza, la desigualdad se ha mantenido relativamente constante hasta hoy.

Este hecho preocupa enormemente a los chilenos, de hecho, la última Encuesta CEP muestra el creciente número de chilenos que considera la alta desigualdad como situación inaceptable bajo cualquier circunstancia, mientras que el 35% la considera aceptable en algunos casos. A pesar de ello los chilenos mantienen bajas expectativas respecto a su superación.

Dicho esto, podemos observar la opción de los chilenos en el eje crecimiento-equidad. La tendencia vista en el ítem anterior podría llevarnos a pensar que la balanza se inclina más por el crecimiento, sin embargo, los datos muestran que esto no es así: una gran mayoría de los encuestados prefiere que en el país exista igualdad social y distribución equitativa de los ingresos por sobre un crecimiento económico alto y sostenido.

Todos los NSE se inclinan por la equidad por sobre el crecimiento, aunque el NSE bajo se inclina por la primera en mayor medida que el NSE alto. Por otra parte, tal como nos advertía Bobbio, la derecha prefiere significativamente más que la izquierda el crecimiento (11% de diferencia) y la izquierda prefiere significativamente más que la derecha la equidad (7,9% de diferencia). No obstante, resulta interesante constatar que si vemos solo a quienes se identifican con la derecha, igual una mayoría de ellos (51%) se inclina por la opción pro equidad, mientras que sólo un 26,2% se inclina por el crecimiento. Esto nos muestra que la opción por la equidad si bien es mayor en la izquierda, es transversal para los distintos posicionamientos en el eje.

Gráfico 4 | Porcentajes posicionamiento en Eje crecimiento-igualdad



Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

Ahora bien, resulta paradójico constatar que, en general, en el ítem anterior se mostró cierta consistencia en la opción mayoritaria de los chilenos por la responsabilidad individual en desmedro de la responsabilidad estatal en diferentes aspectos. Sin embargo, al preguntar acerca de la opción por el crecimiento o igualdad como el escenario más deseado para el país, la balanza se inclinó hacia la equidad.

Resulta paradójico pues, cuando hablamos del tema de la equidad, implícitamente estamos hablando del tema del reparto de riqueza. Por lo mismo, en general se plantea en el discurso público que la preferencia por el crecimiento es una opción de derecha y pro mercado mientras que la preferencia por la igualdad es una opción de izquierda y pro Estado, pues ¿quién reparte si no es el Estado? La disonancia que nos muestran los datos nos lleva al menos a pensar que esa asociación puede llegar a ser un atajo conceptual que no se condice, como muestran los datos, con las verdaderas opciones de los chilenos.

En su estudio sobre el significado del eje derecha-izquierda, Arturo Fontaine ya nos advertía que “es necesario subrayar que los bienes o valores por los que hay que optar no deben concebirse como opuestos”. Esto debido a que “el desarrollo económico y la igualdad de oportunidades no son términos contrarios, como sí lo

son blanco y negro, o alto y bajo. Tampoco la justicia social es el antónimo del desarrollo. El desarrollo se opone al estancamiento o, si se quiere, al decrecimiento económico. La justicia social a la injusticia social. Sin embargo, a veces es forzoso escoger a qué se le da prioridad” (Fontaine, 1995: 104).

No deja de ser peligroso plantear igualdad y crecimiento como términos opuestos. La común oposición entre el desarrollo y la igualdad y, a su vez, entre el Estado y el mercado, esconden una dimensión importante de la realidad. Lo cierto es que lo económico (mercado) y lo social (Estado) tienen mucho en común y ambos son necesarios para la vida comunitaria pues ambos provienen de la estructura relacional de la existencia humana. Así como la rigidez de los reglamentos estatales necesita de la ágil elasticidad de los mercados, también las desordenadas transformaciones mercantiles necesitan ser compensadas por la reglamentación del Estado.

La Encuesta Bicentenario nos permite dar cuenta de la valoración de los chilenos de la equidad por sobre el crecimiento, pero también permite darnos cuenta que estas opciones no necesariamente implican una opción pro mercado o de derecha, o una opción pro Estado o de izquierda. Como se puede observar en la Tabla 7, la mayoría de los chilenos optan por la equidad, pero esta opción no necesariamente implica un crecimiento del Estado.

Tabla 7 | **Cruce de Eje Rol del Estado y Eje Crecimiento-Igualdad**

	Responsabilidad individual	Centro	Responsabilidad estatal	Total
Crecimiento	11,0%	5,9%	3,1%	20%
Centro	9,1%	9,0%	4,4%	22,5%
Equidad	23,1%	14,3%	17,5%	54,9%
Total	43,2%	29,2%	25%	97,4%

Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

Al parecer, para los chilenos no resulta incoherente buscar la equidad a través de la iniciativa privada, de hecho, el 23,1% de los encuestados así lo prefiere, siendo la opción mayoritaria. Al contrario, sí resulta incoherente buscar el crecimiento a través de la responsabilidad estatal, opción que solo el 3,1% prefiere. Crecimiento y Estado parecen ser incompatibles, no así equidad e iniciativa privada⁵.

Lo mismo sucede en otros ámbitos, por ejemplo, en el terreno de los impuestos. La mayoría de los chilenos se inclina por la equidad y, a la vez, por la disminución de los impuestos.

A esta tendencia específica que conjuga libertad e igualdad se le ha llamado comúnmente liberalismo igualitario, cuyo promotor más conocido es Rawls. Por su parte, Sandel señala que “buena parte de la discusión por el papel del Estado y de los mercados trata de cuál es la mejor manera de capacitar a los individuos para que persigan sus fines por sí mismos” (Sandel, 2011: 248). Así, los liberales igualitarios plantearían que para poder perseguir sus propios fines, el Estado debería garantizar las circunstancias que permitan dicha elección, en cambio, los liberales pro libre mercado, plantearían que la interferencia del Estado impediría que los individuos puedan escoger sus propios fines. La opción igualitaria vista en este ítem no necesariamente anula la opción contraria al intervencionismo estatal del ítem anterior.

Viendo este eje en términos del eje izquierda-derecha, vemos que identificarse con la izquierda o con la derecha sí está asociado estadísticamente con la opción pro crecimiento o pro equidad. Así, la derecha optaría significativamente más por el crecimiento que la izquierda y menos por la equidad. Aunque esto es cierto, también podemos observar que tanto la derecha como la

izquierda prefieren la equidad antes que el crecimiento. ¿Cómo se puede interpretar esto? Luna y Rovira (2014) recientemente nos ofrecieron una útil interpretación del fenómeno. Los autores plantean que mientras la izquierda politiza la desigualdad y atribuye su responsabilidad al sistema, la derecha la normaliza. De esta forma, la izquierda, al plantear la desigualdad como resultado de cierto sistema político, postula que debe corregirse. La derecha en cambio cree que el Estado no es el responsable de la desigualdad, y se preocupa por combatir la reproducción injusta de ella (aquella no asociada con las decisiones individuales). No es que a la izquierda le interese la desigualdad y a la derecha no le importe, sino que más bien las causas atribuidas a ella son distintas, así como las causas asociadas a la riqueza y a la pobreza eran diferentes.

Esto nos permite comprender, como señala Luna y Rovira, algunos ejemplos de políticas que han surgido en la región dirigidas directamente a la reducción de la desigualdad de parte de la derecha, pero utilizando como mecanismo principalmente factores de tipo individual. Sin ir más lejos el gobierno de Sebastián Piñera impulsó el Ingreso Ético Familiar (que es una continuación del programa Chile Solidario), política que actúa de forma de transferencia condicionada y se dirige directamente a reducir la desigualdad. Las transferencias condicionadas actúan a través de una gestión activa de casos, evitando la dependencia de los individuos de políticas sociales. Las condiciones están dirigidas precisamente al cambio de comportamiento de los individuos.

Lo que hemos visto hasta ahora nos permite concluir dos cosas. Primero, que optar por la responsabilidad individual, el esfuerzo individual o la libertad para financiar o elegir algunos bienes, no es necesariamente

5 Los datos de la Tabla 7 están referidos a la Encuesta Bicentenario 2014. Al realizar el mismo análisis en base a los datos de Bicentenario 2006, los resultados son bastante similares con una leve mayor proporción de personas que se inclinan por la responsabilidad individual y a su vez por la equidad.

una opción contraria al Estado, pero, de todos modos, es una opción contraria al intervencionismo. Y, en segundo lugar, que esta opción no implica una defensa de los chilenos del libre mercado independiente de las condiciones de equidad de la sociedad, pues, como vimos, los chilenos prefieren la igualdad social antes que un desarrollo alto y sostenido.

Yendo incluso más allá, podemos pensar que si la opción pro equidad es la predominante, incluso en el NSE alto —que son quienes se han visto más beneficiados por el desarrollo—, entonces pareciera que existe cierta noción de búsqueda de justicia social o de bienes comunes, no necesariamente en el sentido aristotélico pero sí, al menos, en el sentido “rawlsiano”. La equidad remite a un sentimiento de un bien que no es particular sino que es social.

Vimos que en general los chilenos reafirman la subsidiaridad en el sentido de no intervención, pero ¿adherirán a ella también en su sentido positivo, de colaboración y ayuda estatal? ¿Existe también entre los chilenos una adhesión al valor de la solidaridad?, ¿o más bien se adhiere a la subsidiaridad como sinónimo de individualismo?

La solidaridad implica precisamente la comprensión de que si la sociedad está sufriendo injusticias, entonces a mí también dicha injusticia me afecta; el bien de todos es también el mío, pues pertenecemos a lo mismo. No hay oposición entre el bien del todo, expresado en este caso en la equidad, y el bien particular, expresado, por ejemplo, en la autonomía y libertad. Lo común es algo que pertenece simultáneamente a muchos y a cada uno de manera distinta, no es un indicador que da cuenta de la agregación de individualidades —como puede ser el indicador de crecimiento—, sino que, siendo de todos y de cada uno a la vez, resulta indivisible y en la totalidad cae la responsabilidad de alcanzarlo, acrecentarlo y custodiarlo. Quizás, si los chilenos más favorecidos por el desarrollo optan por la equidad, entonces sí exista entre ellos cierto sentimiento de Bien Común y Solidaridad.

Hasta ahora hemos visto una dimensión interesante sobre la mirada que tienen los chilenos sobre el modelo de desarrollo. El eje referido al rol del Estado no resultó ser suficiente para interpretar los resultados. En cambio, dos principios presentes en la sociedad chilena, la subsidiaridad y la solidaridad, sí nos permiten conciliar las miradas y comprender cuál es la verdadera opción de los chilenos.

Conclusiones

¿Hacia dónde nos movemos? Fue la pregunta que buscamos responder a través de los datos de la Encuesta Bicentenario 2014, no obstante la respuesta parece ser más compleja de lo imaginado. No es precisamente el eje izquierda y derecha el que nos puede ofrecer conclusiones esclarecedoras, sino que nos muestra el simple hecho de una tendencia cada vez más creciente por no identificarse con ninguno de los dos polos del eje.

Al profundizar en nuestra cultura política y nuestra mirada sobre dos cuestiones puntuales claves (el rol del Estado y las expectativas que tenemos para el país), pudimos constatar algunos factores que nos permiten avanzar hacia la comprensión de nuestra mirada. Por ejemplo, pudimos constatar una contradicción aparente entre las preguntas referidas al rol del Estado y aquellas referidas a las expectativas que tenemos para el país en términos de desarrollo o igualdad. Por una parte vimos una preferencia clara por un Estado que no toma las decisiones por las personas, sino que son las mismas personas quienes deciden y se hacen cargo de cuestiones tales como su propio bienestar, pero por otro lado pudimos observar que las personas prefieren un país más igualitario y con distribución más equitativa de los ingresos, antes que un país con crecimiento alto y sostenido. Es decir, los chilenos a pesar de preferir la opción de “menos Estado”, se inclinan por sacrificar en parte el crecimiento económico si ello significa avanzar en la equidad.

¿Por qué resultó ser aparentemente contradictorio? Esto se debe a la tendencia de relacionar por una parte la igualdad con un rol fuerte del Estado en la distribución de los ingresos, y por otra, el desarrollo con un rol fuerte del mercado y el emprendimiento. Sin embargo, las respuestas nos hacen, al menos, cuestionar esta percepción pues se vio que una mayoría de los chilenos prefiere tanto la equidad como las distintas variables relacionadas con la opción por un rol fuerte de las personas —como, por ejemplo, la preferencia de la responsabilidad individual por el propio bienestar en vez de la responsabilidad estatal—.

Lo anterior nos sitúa a los chilenos en un campo en donde lo ideológico y las categorías cerradas no parecen primar a la hora de pensar la sociedad. Esto es lo que explica el hecho demostrado donde el posicionamiento en

el eje derecha-izquierda solo es relevante en el NSE alto (y en algunos casos en el NSE medio) para predecir las diferentes opiniones en torno al modelo de desarrollo.

Al parecer, los chilenos no pensamos nuestra sociedad en categorías cerradas y el movimiento que se está dando en la sociedad no es un movimiento ideológico sino que es más bien la manifestación de ciertas inquietudes

y descontentos con problemas sociales que buscan solución. ¿Los medios para ello? Aparentemente los chilenos continúan prefiriendo un Estado que les permite a ellos mismos tomar las propias decisiones en vez de un Estado garantista. ¿La finalidad? Una sociedad más justa y equitativa lo que no se contradice, de ninguna forma, con la afirmación anterior.

Referencias

- Alesina, A. & Glaeser, E.**, 2004. *Fighting poverty in the US and Europe: A world of difference*. Oxford UK: Oxford University Press.
- Almond, G. & Verba, S.**, 1963. *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Atria, F., Larrain, G., Benavente, J.M., Couso, J. & Joignant, A.**, 2014. *El Otro modelo*. Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
- Bobbio, N.**, 1995. *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Barcelona: Taurus.
- Feagin, J.**, 1975. *Subordinating the Poor: Welfare and American Beliefs*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Fernandois, J.**, 1995. *¿Qué futuro tiene la diada derecha-izquierda?* Estudios Públicos N°60.
- Fontaine, A.**, 1995. *Significado del Eje Derecha-Izquierda*. Estudios Públicos N°58
- Inglehart, R.**, 1998. *Modernización y posmodernización: el cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas
- Irrarrázaval, I., & Arteaga, M.I.**, 2013. *Las tensiones del desarrollo social en Chile hoy: movilidad individual y frustración social*. Temas de la Agenda Pública N°58, Centro de Políticas Públicas UC.
- Larrain, L.**, 2012. *El Regreso del Modelo*. Libertad y Desarrollo.
- Levitsky, S. & Roberts, K.M.**, 2011. *The Resurgence of the Latin American Left*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Luna, J.P. & Rovira, C.**, 2014. *The Resilience of the Latin American Right*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Mayol, A.**, 2012. *El Derrumbe del Modelo*. LOM Ediciones.
- PNUD**, 2012. *Desarrollo Humano para Chile en 2012: bienestar subjetivo, el desafío de repensar el desarrollo*.
- Sandel, M.J.**, 2011. *Justicia ¿Hacemos lo que debemos?* Barcelona: Debate.
- Solimano, A. & Torche, A.**, 2008. *La distribución del ingreso en Chile 1987-2006: Análisis y consideraciones de políticas*. Documentos de Trabajo, Banco Central de Chile N°480.
- Squella, A.**, 1995. *Derecha e Izquierda: la igualdad hace la diferencia*. Estudios Públicos N°60.

¿Qué pensamos los chilenos sobre nuestros impuestos?

ANDRÉS BIEHL, académico del Instituto de Sociología UC

Introducción

En 2014 los impuestos tuvieron su año de fama: en Chile se debatió y aprobó la reforma tributaria y en el resto del mundo se publicaron destacados estudios que vincularon los impuestos a la desigualdad y al crecimiento¹. Además de sus consecuencias económicas, en las que se centran la mayoría de las discusiones, los impuestos afectan la calidad de nuestra vida cívica. Formalizan la relación de los ciudadanos con el Estado al especificar qué sacrificios tenemos que compartir a cambio de beneficios que no necesariamente nos favorecen². También formalizan el vínculo entre los ciudadanos: pensar que el resto cumple sus obligaciones tributarias mejora nuestra propia disposición a pagar impuestos (Bergman, 2009). Dar con una carga tributaria adecuada puede hacer la diferencia para el desarrollo y la democracia.

A pesar de su relevancia, los impuestos son muchas veces considerados un problema técnico que debe ser resuelto lejos de los vaivenes de la opinión pública (Campbell, 2009). Hay buenas razones para afirmar esta posición. Por ejemplo, la inflación y desajuste macroeconómico fueron los principales detonantes de las reformas tributarias latinoamericanas en el pasado (Mahon, 2004). Se puede defender que es mejor no consultar a ciudadanos desinformados y con preferencias cambiantes porque escogerían soluciones irresponsables: impuestos

que desincentivan la inversión o gasto social sin respaldo tributario que compromete el largo plazo. Existe un vacío, entonces, acerca de qué tan desinformados estamos. No sabemos muy bien qué tan conscientes somos de nuestras responsabilidades para financiar al Estado y sostener los bienes que provee. Desconocemos qué tan famosos fueron los impuestos para la opinión pública³.

La Encuesta Bicentenario 2014 se atrevió a investigar qué piensan los chilenos de sus impuestos y en este artículo se revisan sus hallazgos más sobresalientes. Primero, se concentra en cómo percibimos nuestras responsabilidades hacia el Estado. Luego, se vinculan estas obligaciones a los tipos de impuestos que pagamos y la legitimidad que concitan; para finalmente concluir con un comentario sobre el lugar de nuestra conciencia tributaria en nuestro desarrollo político y económico.

Responsabilidades compartidas hacia el Estado

El Estado ha masificado históricamente dos tipos de obligaciones que exige a todos por igual: la defensa y el financiamiento. De estas dos, hoy solo queda una obligación masiva: el financiamiento. Hoy no somos igualmente exigentes de que el Estado consiga la lealtad y los impuestos de quienes debe proteger. La Figura 1 refleja que la defensa y los impuestos no están asociados mediante dos preguntas: si está de acuerdo (1) o en des-

1 En particular su efecto en la relación entre desigualdad y crecimiento. Ver Atria (2014); Cingano (2014); Piketty (2014); The Economist (2014).

2 Por eso se habla usualmente de “pactos fiscales”. Ver también Tilly (2009).

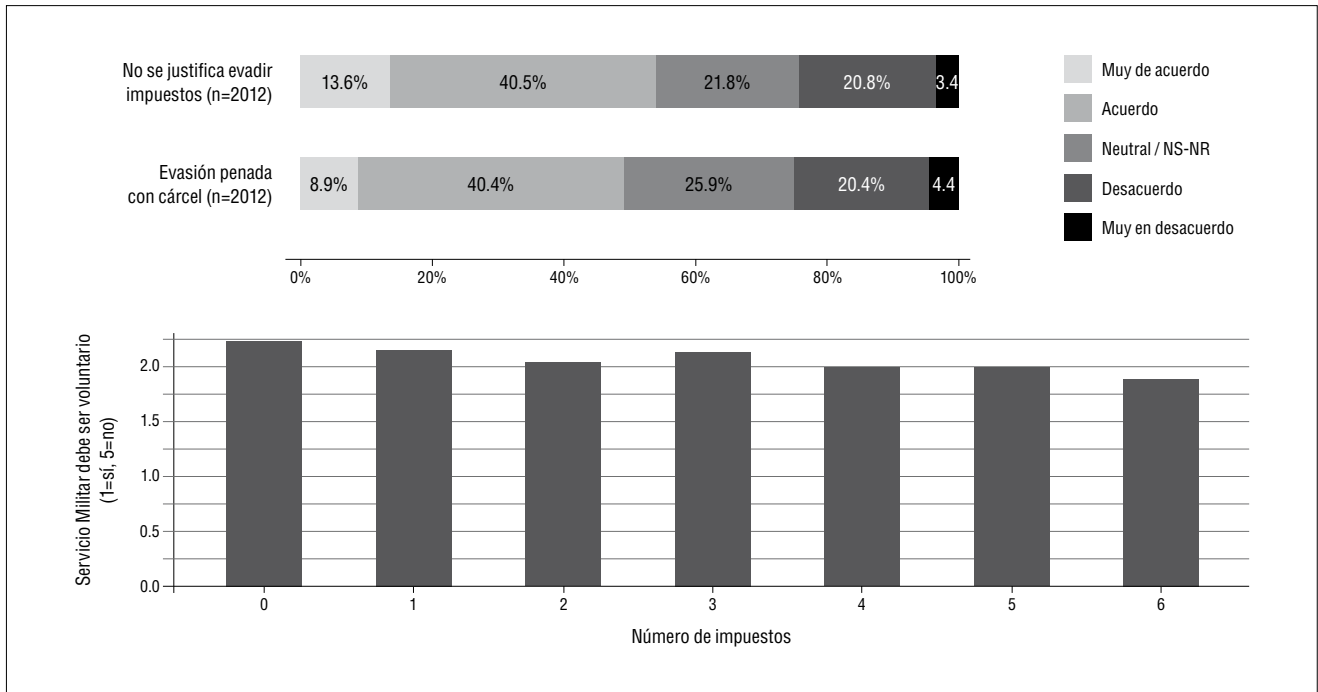
3 Una excepción que vincula percepciones sobre impuestos y desigualdad es la de Castillo y Olivos (2014).

acuerdo (5) con que el servicio militar sea voluntario y la cantidad de impuestos que paga⁴. El panel inferior muestra que en general hay un acuerdo transversal en que el servicio militar debe ser voluntario y las personas que reconocen pagar una cantidad mayor de tributos no necesariamente son más exigentes respecto a compartir responsabilidades de defensa. De hecho, hoy la defensa se ha especializado y se asegura mediante el pago de impuestos. El panel superior también advierte que, con algunas reservas, los chilenos castigan la evasión y consideran un imperativo moral pagar impuestos. Defender el Estado puede ser voluntario, pero financiarlo no.

La única obligación masiva es financiar al Estado. Las respuestas sobre evasión podrían ser más una declaración de buenas intenciones que una actitud común y corriente. En la prensa llamó la atención que muchos chilenos no son conscientes de los impuestos que pagan. Más de un tercio de los encuestados no logra mencionar un solo impuesto a pesar de que todos pagamos alguno, como el impuesto al valor agregado (IVA). Según la literatura, ser conscientes de los impuestos que pagamos nos alerta acerca de las responsabilidades que compartimos hacia el Estado

(Bräutigam, 2008). Por una parte, se podría argumentar que pagar impuestos nos hace confiar más en el Estado y sus instituciones –porque confiamos estamos dispuestos a pagar–, pero también se podría afirmar que pagar nos vuelve más exigentes hacia el Estado y, por lo tanto, seríamos más escépticos acerca de cómo se gastan nuestros impuestos. La Figura 2 muestra que no existe una relación muy clara entre ser conscientes de pagar impuestos y el prestigio del Estado. En el panel de la izquierda se agrupa el porcentaje que indica algo, bastante y mucha confianza en el Parlamento. Se observa que quienes no pagan tienden a confiar un poco más en el Parlamento, en el marco de tasas de confianza muy bajas. En el panel medio se agrupa a quienes no justifican la evasión de impuestos. Quienes pagan tienden a justificar menos la evasión y castigar a quienes esquivan esta responsabilidad común. Esto es consistente con la literatura: quienes pagan impuestos consideran injusto pagar cuando perciben que otros no pagan. El panel de la derecha agrupa el porcentaje de quienes están de acuerdo con que el Estado despilfarra los impuestos. Ambos grupos tienden a pensar por igual que el Estado despilfarra los recursos que recauda.

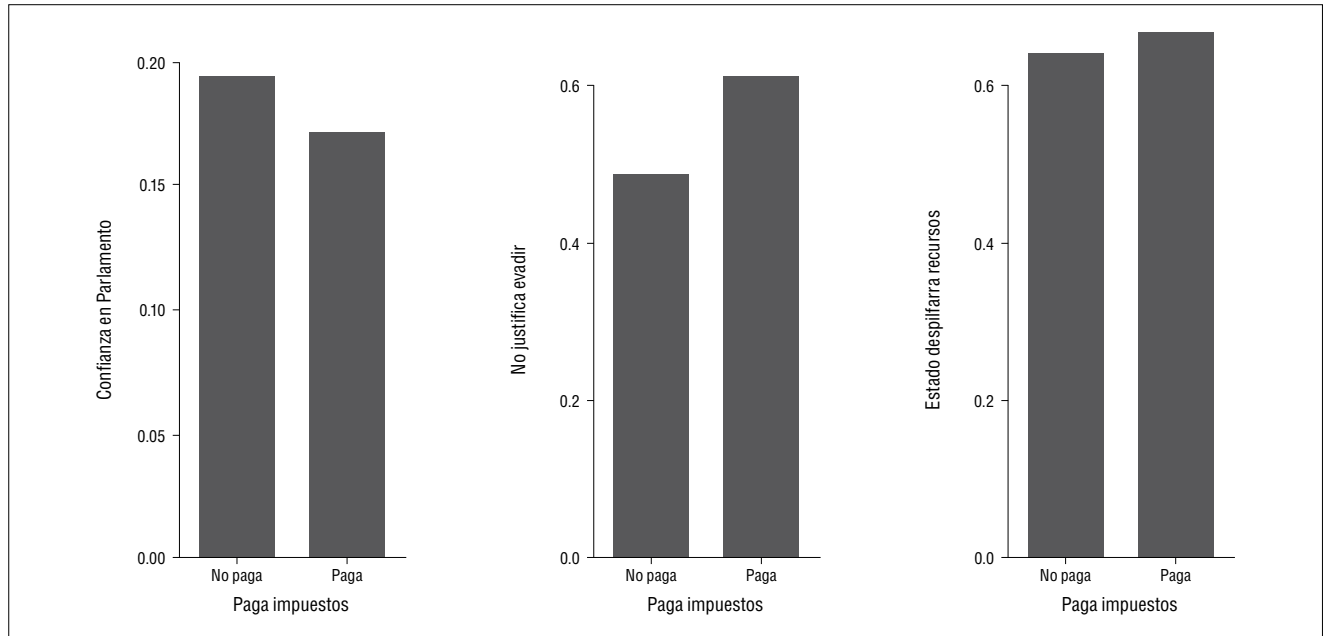
Figura 1 | Exigencias del Estado y moralidad tributaria



Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

4 Se pregunta si el encuestado o su familia paga el impuesto al valor agregado, el impuesto específico a las bencinas, la patente del auto, el impuesto a la renta, contribuciones de bienes raíces, el impuesto al alcohol y el tabaco.

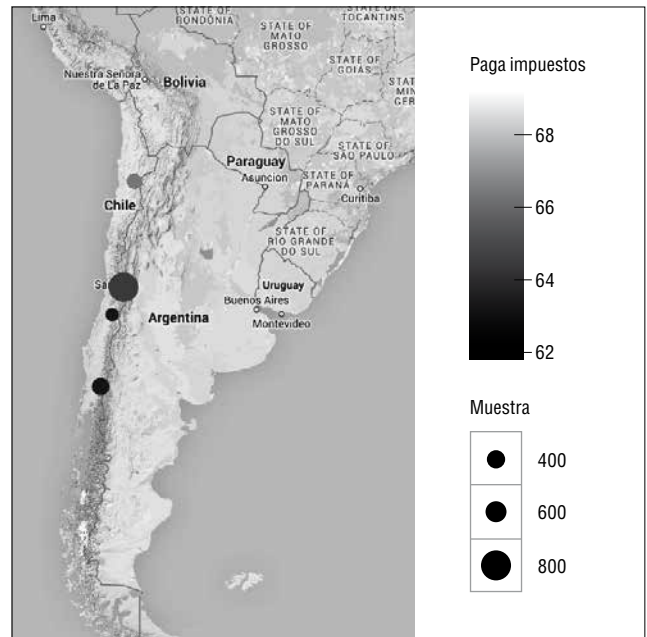
Figura 2 | **Conciencia tributaria y relación con el Estado**



Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

Dada nuestra historia, se esperaría que el reconocimiento de los impuestos no fuera parejo en todo el país. Un aspecto clave en la formación histórica de los sistemas tributarios es la equidad geográfica: equilibrar la carga de impuestos y subsidios a lo largo de un país, entre sectores urbanos y rurales, mejora la lealtad hacia el Estado y la disposición a pagar⁵. En Latinoamérica esta fue una falla institucional permanente porque el Estado dependió de la extracción de recursos naturales y quedó la impresión de que las regiones financiaban el crecimiento de las capitales. En Chile se pensaba que Santiago crecía a costa de las regiones, por ejemplo, gastando los recursos provenientes del salitre o del cobre. La Encuesta Bicentenario pregunta por impuestos personales –y no por impuestos a la extracción de recursos o a las empresas– y esto no necesariamente elevaría las tasas de mención de impuestos. De todos modos, salvo por el caso del norte que tiene tasas de conciencia más altas, en el mapa presentado en la Figura 3 no se aprecian diferencias regionales importantes. En el norte hay mayor conciencia de pagar impuestos (69% declara pagar) en comparación con la Región Metropolitana (65%) y las zonas centrales y sur (alrededor del 62%). En general, las diferencias no son significativas y las regiones no son más conscientes de contribuir al Estado que la Región Metropolitana.

Figura 3 | **Conciencia tributaria en Chile***

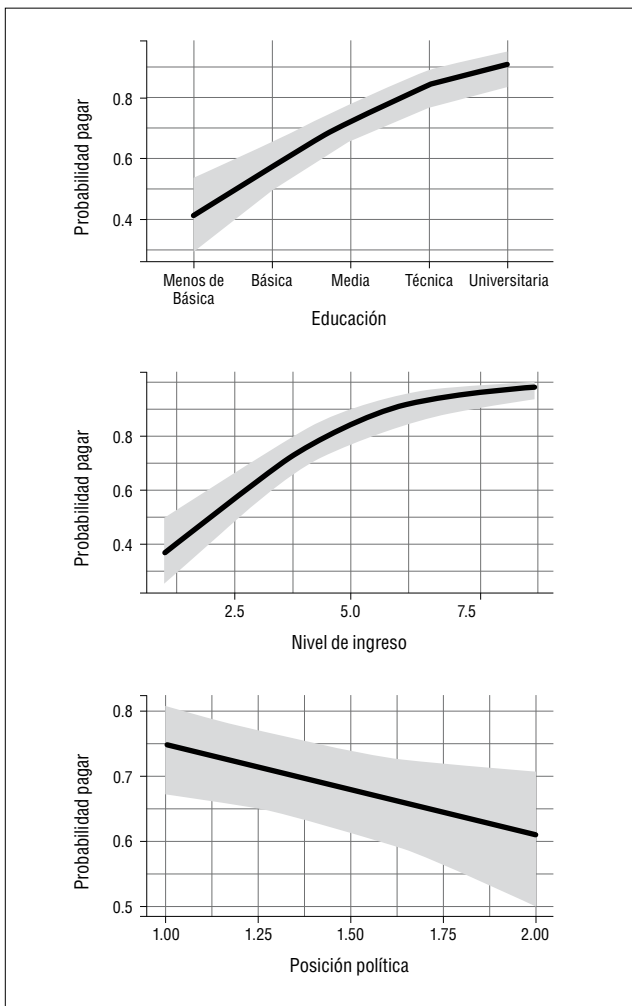


Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.
 * Los puntos del mapa están ajustados proporcionalmente a la muestra y las tonalidades de grises indican porcentajes.

5 Para distintas experiencias ver, por ejemplo, Andersson (1994); Gilbert (1943); Sánchez Román (2012).

¿Qué vuelve “visible” a un impuesto? La Figura 4 compara algunos factores que usualmente explican la desinformación acerca de los impuestos. Reporta la probabilidad predicha de mencionar al menos un impuesto controlando por etnia, ingreso, educación, posición política, edad y sexo a partir de un modelo de regresión logística. Estos resultados nos permiten apreciar que la tributación está más asociada a motivos económicos que políticos. La probabilidad de mencionar un impuesto mejora por educación y nivel de ingreso. A pesar de que estar más a la derecha políticamente disminuye la probabilidad de mencionar impuestos, las diferencias no son significativas. En ese sentido, son los motivos económicos y no los ideológicos los que visibilizan los impuestos que pagamos.

Figura 4 | Probabilidad predicha de pagar algún impuesto*



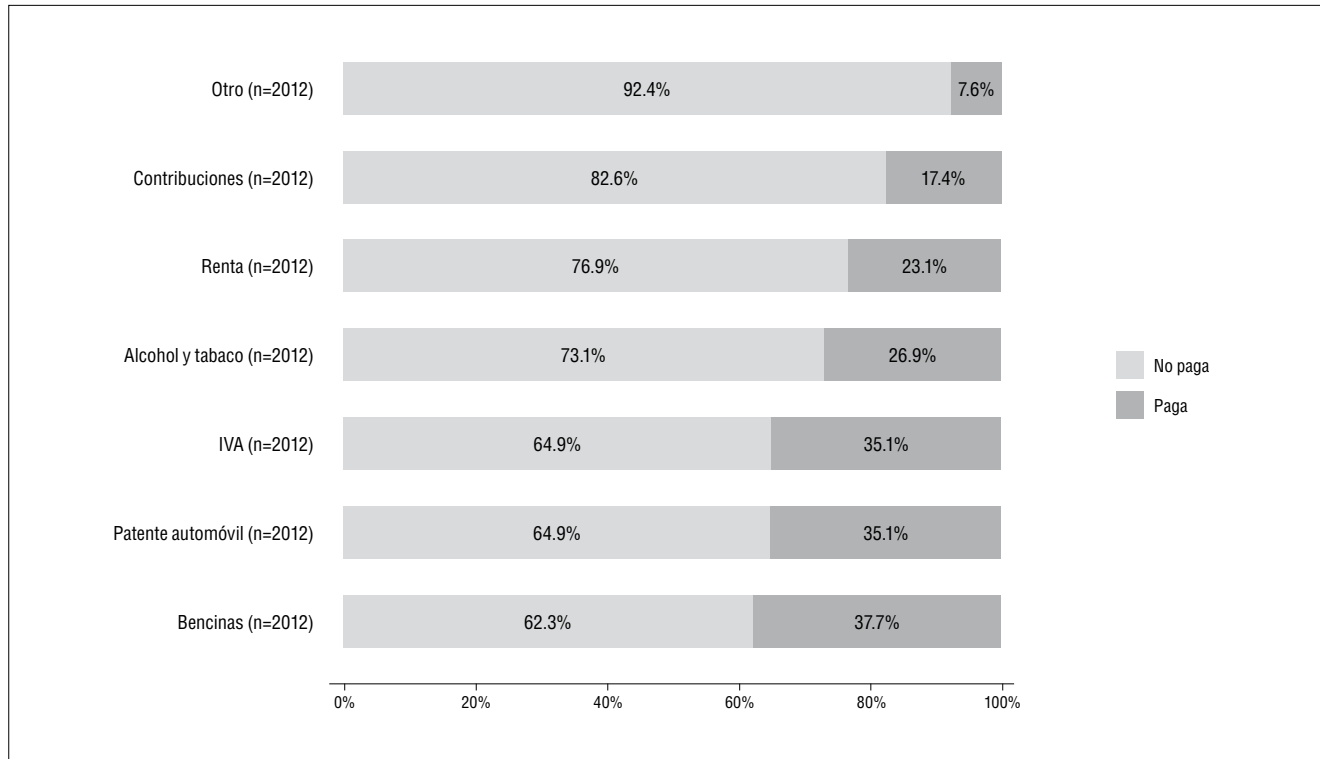
Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

* Área gris corresponde a intervalos de confianza al 95%.

Los resultados reflejan que las respuestas son consistentes con la posición económica de los encuestados. Las personas con mayores ingresos están expuestas a una mayor cantidad de impuestos y, por lo tanto, son más conscientes de los impuestos que pagan. Solo un 2% de los encuestados, por ejemplo, dice que paga mucho o bastantes impuestos a pesar de declarar que no paga ninguno. Esto sugiere que la desinformación tributaria que arroja la encuesta no tiene que ver con la irracionalidad de las personas, sino con el sistema tributario que tenemos y el tipo de impuestos que pagamos. Los resultados ayudan a ilustrar nuestra relación con los impuestos. Un claro ejemplo de esto es el hecho de que el proceso de discusión de la reforma tributaria no generó grandes repercusiones en el grueso de la opinión pública. Además, en la prensa la Encuesta Bicentenario causó sorpresa con el dato de que 35% de los chilenos no puede nombrar un solo impuesto. La encuesta no muestra que las personas sean irracionales o contesten desde la ignorancia. La hipótesis que se desarrolla en la siguiente sección es que este desconocimiento tiene que ver con la forma en que somos gravados, porque dificulta visibilizar las obligaciones tributarias que tenemos.

Impuestos de clase versus impuestos masivos

En la Figura 5 se puede observar cuáles son los impuestos más reconocidos por los chilenos. Los cuatro impuestos más nombrados son aquellos que pagamos al consumir un bien determinado. Los dos menos mencionados son impuestos directos a nuestro sueldo o a nuestras propiedades. En general, los primeros son considerados impuestos indirectos e invisibles porque no podemos saber cuánto pagamos de impuesto al consumir un bien. Los segundos son directos porque los declaramos a partir del valor de nuestros ingresos y propiedades y los pagamos personalmente al Estado. En países más desarrollados los impuestos directos suelen estar al tope de las inquietudes ciudadanas, y la percepción de que son altos suele estar asociada a protestas fiscales y movimientos políticos que buscan reducirlos (Campbell, 2009; Martin y Gabay, 2012). Para nuestra opinión pública, los impuestos indirectos son más notorios que los impuestos directos.

Figura 5 | **Distribución de los impuestos nombrados**

Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

Es normal que los impuestos al consumo no aparezcan en la opinión pública porque son indirectos. En la Figura 5 se aprecia que los impuestos al consumo están efectivamente “ocultos”: más del 60% declara no pagarlos. El 65% no reconoce que paga el IVA, el que pagamos todos. Sin embargo, a pesar de ser “invisibles”, los impuestos al consumo son los más visibles entre los chilenos. La visibilidad de un impuesto está vinculada a nuestro sistema de impuestos y al malestar que generan. La primera causa proviene de nuestra historia tributaria y esclarece por qué nuestra opinión pública resiente impuestos diferentes a los que sobresalen en países más desarrollados. Nuestro Estado nunca masificó o generalizó el impuesto a la renta. Se trata de un impuesto de “clase” porque se concentró siempre en los más ricos y trató de excluir a los trabajadores formales —que recibían un salario— de pagarlo. En parte, esta decisión tuvo que ver con motivos de justicia y de compromiso político con las clases obreras. Hasta hoy, los niveles de excepción son altos. Justamente, alrededor del 20% de los trabajadores chilenos está sujeto a pagar el impuesto a la renta y corresponde más o menos al porcentaje que lo menciona en la encuesta (Atria, 2014). En cambio, en los países más industriales el Estado masi-

ficó tempranamente los impuestos al ingreso. Por lo tanto, los impuestos en esos países fueron un motivo de disputa política. La Tabla 1 compara algunas características de nuestro impuesto a la renta con países que compartían una posición económica similar a comienzos del siglo XX. La cobertura indica la cantidad de personas sujetas al impuesto a la renta (nuestros números debieran estar muy cerca de los de los argentinos por el parecido del diseño de ambos sistemas tributarios). Más allá de la progresividad de los impuestos, lo que distinguió a países que luego se desarrollaron, como los escandinavos y oceánicos, fue su capacidad de generalizar sus impuestos directos. En Chile eso fue mucho más difícil y generó graves problemas para el financiamiento del Estado (Arellano y Marfán, 1989). Por ello, las crisis de financiamiento al Estado en América Latina se solucionaron por medio de la masificación de los impuestos al consumo, que son fáciles de recolectar y permiten una recaudación creciente y estable (Bird y Gendron, 2007). Por lo general, es relativamente más fácil implantar y generalizar impuestos al consumo porque no requieren de grandes compromisos políticos ni son técnicamente muy complejos; por lo tanto, tienden a no sobresalir entre la opinión pública.

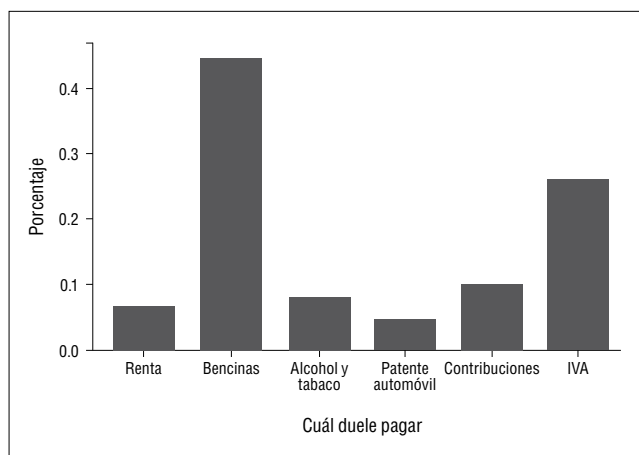
Tabla 1 | Impuesto a la renta comparado

	AÑO	TASA MARGINAL SUPERIOR (%)	COBERTURA (%)	TASA MARGINAL SUPERIOR EN 1950 (%)	COBERTURA EN 1950 (%)
Argentina	1932	12	1,8	40	5,2
Chile	1925	10		30/40	
Australia	1915		14,1	75	59,8
Nueva Zelanda	1892	5,8	13,3	76	65,3
Dinamarca	1903	20	25,7	40	97,2
Noruega	1882		6,5		60,6
Suecia	1902	6	7,2	70	90,1

Fuente: Biehl (2015).

Nuestros impuestos directos son de clase y nuestros impuestos indirectos son masivos. La segunda causa de su visibilidad para la opinión pública consiste en el “malestar” que generan. La Figura 6 ilustra la distribución del impuesto que más “duele” pagar, donde sobresalen los impuestos a la bencina y el IVA. La Figura 7 profundiza la relación entre malestar y justicia tributaria. En general, consideramos justos los impuestos que no pagamos ni nos duelen; e injustos los que pagamos. De estas dos figuras, se sugiere que somos más conscientes de nuestros impuestos masivos.

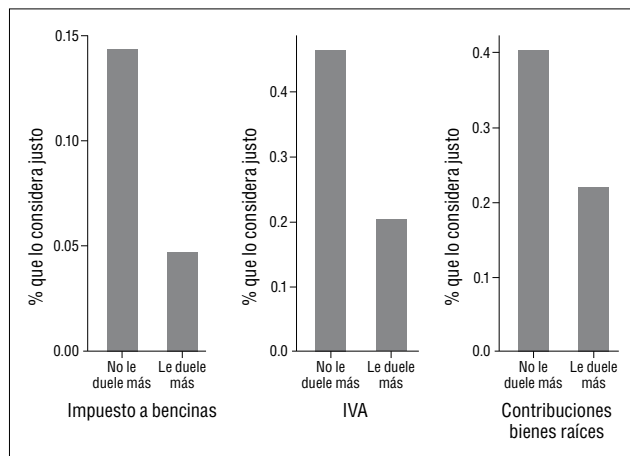
Figura 6 | Distribución de qué impuesto le duele pagar más



Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

El impuesto específico a los combustibles fue el más mencionado y considerado el más injusto por la opinión pública. Este impuesto persigue varios objetivos y es evidente que tiene externalidades positivas para el medio ambiente y para la recaudación fiscal. Precisamente, se trata de un impuesto que incentiva a disminuir el consumo del auto-

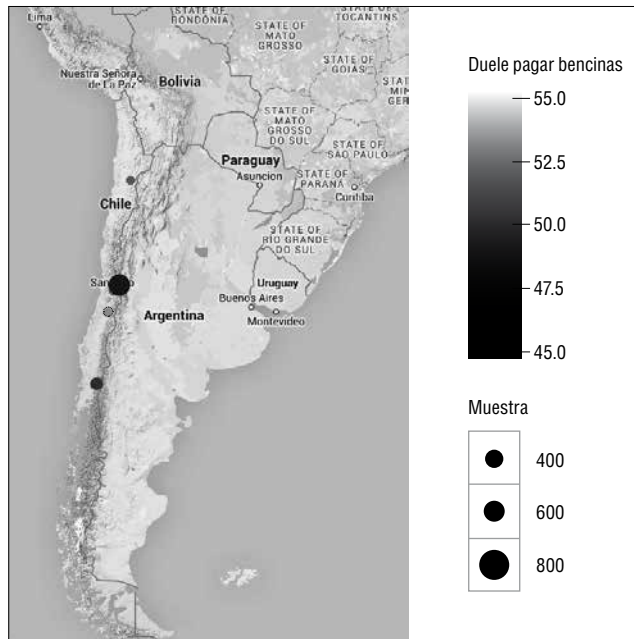
Figura 7 | Qué impuesto es justo según si duele o no pagarlo



Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

móvil y es por esa razón que aparece en la opinión pública: que aparezca es parte de su “éxito” en reducir el consumo. Las únicas experiencias que tenemos de “protesta fiscal” tienen que ver con amenazas de paro del sector transporte cuando las bencinas suben de precio. En la Figura 8 se ve la distribución del “dolor” que causa el impuesto a las bencinas en el país. A pesar de la masificación del automóvil, que podría estar asociado a un aumento de status entre las capas medias (lo normal cuando los países crecen), el “dolor” puede estar vinculado a consideraciones funcionales. Es más resentido en regiones, sobre todo en la zona central y en el norte, donde los servicios de transporte público podrían estar menos desarrollados que en la Región Metropolitana, donde otros impuestos también sobresalen. A pesar de que los encuestados son conscientes de los impuestos a los “vicios” (tabaco y alcoholes) y a la patente del automóvil, el tercer impuesto que más duele es uno directo: las contribuciones a los bienes raíces. Se trata de un fenómeno de la Región Metropolitana, donde compite con el porcentaje que responde las bencinas, posiblemente porque las propiedades en Santiago son más caras que en regiones. Los impuestos que generan más rechazo son los indirectos porque logran “frenar” el consumo de un bien determinado. Esto no significa que debamos necesariamente replantear estos impuestos, por ejemplo, el de las bencinas. Sugiere, simplemente, que hay un costo político y de legitimidad en la opinión pública porque hay bienes que se preferiría consumir en una mayor medida. De todos modos, la poca visibilidad de los impuestos en la opinión pública sugiere que no son temas que podrían cambiar el curso de una elección política (el bajo precio del petróleo desde fines de 2014 probablemente disminuya el rechazo al impuesto a los combustibles).

Figura 8 | **Dónde duele más el impuesto específico a combustibles***



Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.
 * Los puntos del mapa están ajustados proporcionalmente a la muestra y las tonalidades de grises indican porcentaje.

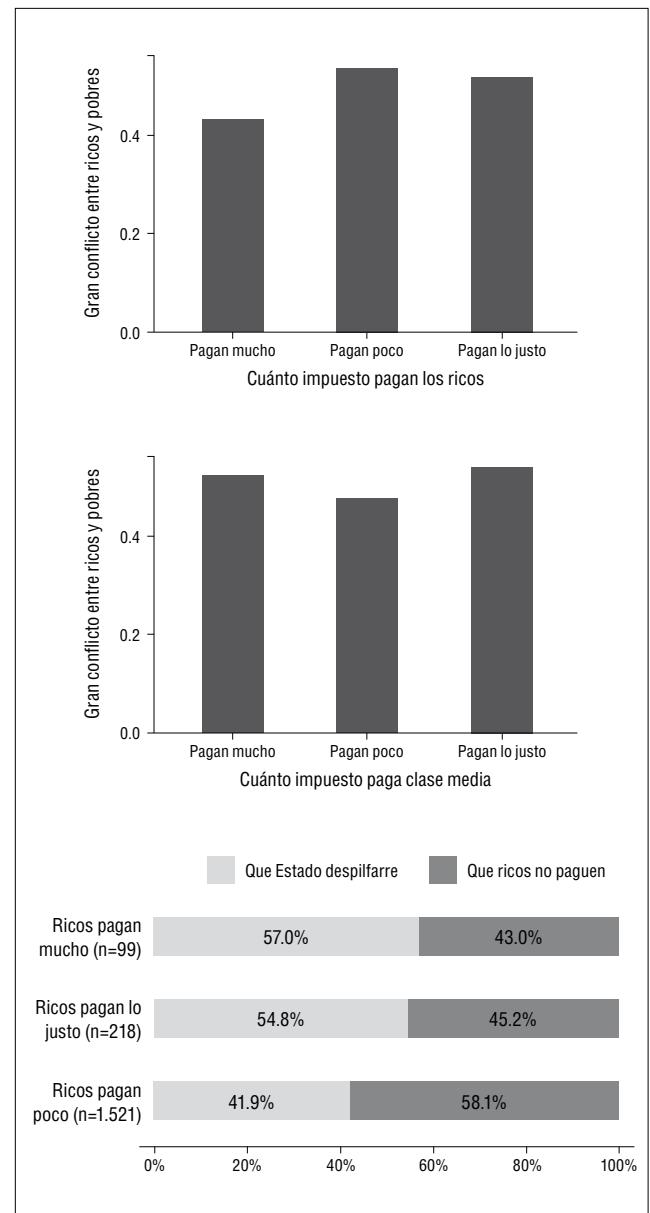
Complementariedad política y economía

Para concluir, podemos situar estos resultados dentro de la discusión más amplia de nuestro desarrollo político y económico. El peso relativo del Estado y del mercado ha caracterizado buena parte de nuestro debate público. Los impuestos son centrales a esta disputa porque especifican quiénes tienen que contribuir a beneficios que posiblemente serán recibidos por otros, por ejemplo, a través de la redistribución del ingreso o la provisión de bienes públicos.

Primero, podemos evaluar la relación entre impuestos y las impresiones que tenemos sobre nuestro orden social. En los paneles superiores de la Figura 9 se grafica el porcentaje que considera que existe un gran conflicto entre ricos y pobres según la percepción de cuánto impuesto pagan los ricos y la clase media. En general, quienes piensan que los ricos pagan poco tienden a acentuar el conflicto de clase. Pero esta percepción es compartida también por quienes consideran justa la carga de impuestos que pagan los ricos. Estas diferencias no aparecen si miramos la opinión sobre los impuestos que paga la clase media. En el panel inferior se vincula cuánto impuesto pagan los ricos con la pregunta: ¿A ud. qué le molesta más: (1) sentir que los más ricos no pagan lo que debe-

rían pagar o (2) la manera como el gobierno despilfarraría los impuestos que pagamos todos? Entre quienes consideran que los ricos pagan mucho o lo justo aumenta la sensación del despilfarro; entre quienes consideran que pagan poco aumenta el castigo a los ricos. Las respuestas muestran coherencia de intereses económicos y percepción de responsabilidades tributarias. A las obligaciones tributarias de los ricos se les carga el conflicto de clase.

Figura 9 | **Percepción de conflicto, despilfarro y cuántos impuestos pagamos**



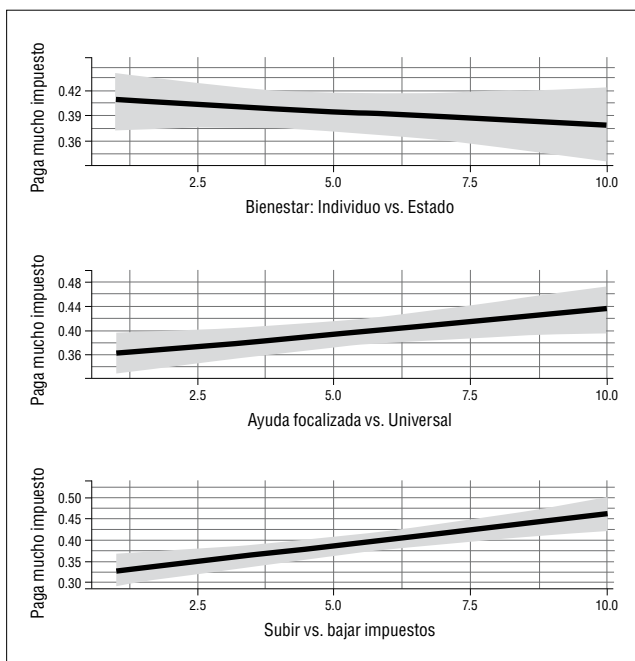
Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

La coherencia del interés económico también puede evaluarse a partir de los modelos de desarrollo que se quieren para Chile. La Figura 10 compara la sensación de que uno paga mucho impuesto con la opinión sobre la posición relativa del individuo, el Estado y el mercado en la provisión de bienestar. El panel superior contrasta si es mejor para asegurar el bienestar que cada individuo se preocupe por sí mismo (1) o que el Estado debe garantizarlo (10); el panel intermedio contrasta si la ayuda del Estado debe concentrarse en los más pobres (1) o debe ser igual para todos (10); el panel inferior contrasta si se deben subir los impuestos para asegurar servicios de calidad en educación y salud (1) o si se deben reducir para que cada cual acceda por su cuenta (10). La línea ajusta las respuestas observadas a un modelo con una distribución logística. No hay sorpresas en cuanto a que quienes sienten pagar muchos impuestos quieran bajarlos y promover la responsabilidad individual. Donde puede haber mayor sorpresa es en el hecho de que quienes sienten pagar más impuestos prefieran un Estado que gaste más: que en vez de focalizar el gasto social lo destine universalmente —a menos que quieran gasto universal a la misma tasa de impuestos que existe hoy—. Pero la paradoja entre estas tres preguntas se puede resolver fácilmente al mirar la experiencia internacional. En países donde los impuestos —directos e indirectos— son masivos, la exigencia de que el Estado ayude

universalmente aumenta. Justamente, quienes se sienten más gravados querrían que el Estado los compense —o les reduzca— por los sacrificios en que incurrir (Timmons, 2005). Estados que cargan la mano por igual a ricos y pobres tienen una base fiscal mayor para proveer servicios a todos por igual. Por ello no es extraño que los países con tasas más progresivas de impuestos tiendan a gastar menos pero proteger mejor la propiedad de los más ricos, como en Estados Unidos, y países con sistemas tributarios más regresivos tiendan a gastar más para compensar los impuestos que pagan los más pobres (Beramendi y Rueda, 2007; Kato, 2003; Steinmo, 1993).

Los impuestos son clave para la relación entre instituciones y sociedad. A pesar del revuelo que han tenido durante el año 2014 a propósito de la reforma tributaria, la encuesta muestra que Chile no es un caso especial en el mundo. Las respuestas son consistentes por interés y posición económica. Lo que sí distingue a Chile es el tipo de sistema tributario que tiene. En países más desarrollados, hoy se discute usualmente cómo focalizar las responsabilidades tributarias: aumentando los niveles de excepción al impuesto a la renta o disminuyendo la progresividad de las tasas para incentivar el crecimiento. Nosotros estamos lejos de esa discusión porque nunca masificamos nuestros impuestos directos. Al mismo tiempo, diversos estudios sugieren seguir a países más exitosos, aumentando la transparencia del Estado para asegurar la libertad económica, evitar el rentismo y la corrupción. Fukuyama (2012) popularizó, por ejemplo, la receta del Banco Mundial de emular a Dinamarca (*“getting to Denmark”*). Sin embargo, un desarrollo de ese tipo es posible solo porque se trata de un país donde las responsabilidades y los beneficios están generalizados en la población: donde los trabajadores más pobres pueden llegar a pagar hasta un 75% de su ingreso en impuestos pero donde son compensados ampliamente por el gasto estatal (Solow, 2008). Incluso en países donde el gasto está más focalizado, como los anglosajones, el Estado ha logrado recaudar de todos los trabajadores y los niveles de excepción han sido bajos. En definitiva, los modelos de desarrollo que han funcionado históricamente son aquellos donde todos pagan y todos reciben, o donde todos pagan y los menos afortunados reciben. Lo que nunca ha resultado, como fue el caso por mucho tiempo en América Latina, son sistemas donde nadie paga y todos quieren recibir. La piedra de tope consiste en conseguir la cooperación de quienes tienen que contribuir para que el Estado cumpla adecuadamente sus funciones. La Encuesta Bicentenario refleja que todavía tenemos problemas para generalizar y hacer conscientes estas responsabilidades.

Figura 10 | Impuestos y modelos de desarrollo



Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

Referencias

- Andersson, L.I.**, 1994. Local Taxation in the Interwar Years: Sweden in Europe. *Scandia*, 60(2), 231–53.
- Arellano, J.P. y Marfán, M.**, 1989. Twenty-Five Years of Fiscal Policy in Chile. En: Urrutia, M., Ichimura, S. y Yukawa, S. (eds), *The Political Economy of Fiscal Policy*. Hong Kong: United Nations University, 290-335.
- Atria, J. (ed)**, 2014. *Tributación En Sociedad*. Santiago: Uqbar Editores.
- Beramendi, P. y Rueda, D.**, 2007. Social Democracy Constrained: Indirect Taxation in Industrialized Democracies. *British Journal of Political Science*, 37(04), 619-641.
- Bergman, M.**, 2009. *Tax Evasion and the Rule of Law in Latin America: The Political Culture of Cheating and Compliance in Argentina and Chile*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Biehl, A.**, 2015. When Progressive Reform Is Not Enough: Social Policy and Income Inequality in the Southern Cone in Comparative Perspective, 1900-1940. DPhil Thesis. University of Oxford.
- Bird, R.M. y Gendron, P.P.**, 2007. *The VAT in Developing and Transitional Countries*. Cambridge and New York: Cambridge University Press.
- Bräutigam, D.A.**, 2008. Introduction: Taxation and State-Building in Developing Countries. En: Bräutigam, D.A., Odd-Helge, F., y Moore, M. (eds), *Taxation and State-Building in Developing Countries: Capacity and Consent*. Cambridge and New York: Cambridge University Press, 1-33.
- Campbell, A.L.**, 2009. What Americans Think of Taxes. En: Martin, I.W., Mehrotra, A.K. y Prasad, M. (eds), *The New Fiscal Sociology: Taxation in Comparative and Historical Perspective*. New York: Cambridge University Press, 48-67.
- Castillo, J.C. y Olivos, F.**, 2014. Redistribución e Impuestos: Un Análisis Desde La Opinión Pública. En: Atria, J. (ed), *Tributación en Sociedad*. Santiago: Uqbar Editores, 143-66.
- Cingano, F.**, 2014. Trends in Income Inequality and Its Impact on Economic Growth. OECD *Social, Employment and Migration Working Papers*, 163.
- Fukuyama, F.**, 2012. *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Gilbert, J.H.**, 1943. *The Tax Systems of Australasia*. Eugene, Oregon: University of Oregon Publications.
- Kato, J.**, 2003. *Regressive Taxation and the Welfare State: Path Dependency and Policy Diffusion*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mahon, J.E.**, 2004. Causes of Tax Reform in Latin America, 1977-95. *Latin American Research Review*, 39(1), 3-30.
- Martin, I.W. y Gabay, N.**, 2012. Fiscal Protest in Thirteen Welfare States. *Socio-Economic Review* 11(1), 107-30.
- Piketty, T.**, 2014. *Capital in the Twenty-First Century*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Sánchez Román, J.A.**, 2012. *Taxation and Society in Twentieth-Century Argentina*. New York: Palgrave-Macmillan.
- Solow, R.**, 2008. The Danish Story. En: Westergaard-Nielsen, N. (ed), *Low-Wage Work in Denmark*. New York: Russell Sage Foundation, 1-15.
- Steinmo, S.**, 1993. *Taxation and Democracy*. New Haven and London: Yale University Press.
- The Economist**, 2014. *Free Exchange: Inequality v Growth*. Disponible en: <http://www.economist.com/news/finance-and-economics/21597931-up-point-redistributing-income-fight-inequality-can-lift-growth-inequality>.
- Tilly, C.**, 2009. Extraction and Democracy. En: Martin, I.W., Mehrotra, A.K. y Prasad, M. (eds), *The New Fiscal Sociology: Taxation in Comparative and Historical Perspective*. Cambridge and New York: Cambridge University Press, 173-82.
- Timmons, J.**, 2005. The Fiscal Contract: States, Taxes, and Public Services. *World Politics* 57(4), 530-67.

Comentario

CRISTIÁN LARROULET, director de investigación de la Facultad de Economía y Negocios, Universidad del Desarrollo

Primero quiero recalcar el valor de contar con esta Encuesta Bicentenario iniciada en el año 2006 y valorar el significado que tiene el que podamos utilizar este instrumental para poder mejorar la calidad de nuestro debate político y de nuestras decisiones públicas.

El segundo mensaje es que el material de información que contiene esta encuesta es efectivamente muy valioso, porque estamos por primera vez en presencia de un debate muy profundo respecto del modelo económico. En relación con el cambio que implica la reforma tributaria, alguien podría decir que solo se está hablando de una reforma de tres puntos del PIB. Pero con esta reforma Chile va a ser uno de los tres países en la OCDE —siendo uno de los dos más pobres— con mayor recaudación tributaria a las empresas. Lujos que se dan países de ingresos per cápita de U\$40.000 o U\$45.000, Chile se lo está dando con un ingreso per cápita de U\$20.000. Por lo tanto, estamos frente a reformas que son muy profundas, y todo esto, si uno tiene una mirada más histórica, es relevante.

Daré un segundo dato: el gran cambio de modelo económico en la historia de Chile se da en el siglo XX, especialmente después de la crisis del 29'. Ahí se inicia ese proceso en forma gradual y con un gobierno de derecha, pero, de hecho, en ese momento la economía comienza a cerrarse. Este proceso terminó en el fracaso que el país tuvo en materia económica y que llevó a cambiar el modelo.

Recordemos frases como la del libro de Aníbal Pinto, "Chile, un caso de desarrollo frustrado en la década del 50", o el libro de Jorge Ahumada en la década del 70,

"En vez de la miseria". Entonces, lo que quisiera remarcar, es que en el año 2008-2009 nosotros vivimos lo que llaman "La Gran Crisis", y eso tiene consecuencias políticas, sociales y económicas muy profundas. Por esta razón, lo que a alguien pueda parecerle hoy día como un cambio menor, a mi juicio no lo es.

Sin embargo, tenemos una buena noticia que se ve plasmada en los resultados de la encuesta. En ellos se puede observar que los chilenos no quieren un cambio de modelo económico. Los chilenos siguen confiando mucho en su esfuerzo personal: entre el 60% y el 70% —si se suma la importancia del progreso para la educación y el trabajo bien hecho—, la gente dice: "eso es lo que me permite progresar, y no el Estado". Además, hay estadísticas y encuestas internacionales como el *Value Survey* o *Pure Research*, que de alguna manera ratifican esta característica de Chile. Y esa es una buena noticia.

Pero la dificultad es que el gobierno actual tiene una agenda de reformas que de cierta forma contradice lo que está pensando la gente. El mejor ejemplo es lo que pasa en educación, donde la ciudadanía quiere educación privada (subvencionada) porque confía en ella, sin embargo, estamos ante una agenda de reformas que le impone un gran freno a la educación privada. El gran valor de la encuesta es que nos viene a ilustrar que hay una oportunidad política para poder contrarrestar estas ideas.

Como se puede ver a través de la Encuesta Bicentenario, el cambio social que se está produciendo en la sociedad es que los chilenos, junto con tener una gran confianza en sí mismos y en su esfuerzo personal, y menos en el Estado, lo que sí quieren es más igualdad, más equidad,

más justicia y mejor distribución del ingreso. Y lo dramático de todo esto, es que todas las reformas que se están implementando hoy día tienen como corolario un deterioro en la distribución del ingreso. Las reformas educacionales van en la dirección de deteriorar la calidad, no van en la dirección de aumentar la cobertura preescolar, que es la clave desde el punto de vista de mejorar la distribución del ingreso. Asimismo, la reforma tributaria ha dañado el empleo, cuando el empleo es fundamental para poder mejorar la distribución del ingreso en Chile.

Respecto de si Chile se ha derechizado o no, la Encuesta Bicentenario no lo dice, sino que muestra una gran estabilidad y, más bien, la identificación mayoritaria de la gente con el centro. Este es un país muy moderado y esta encuesta lo viene a demostrar. La gente no quiere conflictos, no quiere repetir la historia dramática. Pero lo que si ocurre, es que esta sociedad es más liberal y confía más en la iniciativa personal.

Hay una cosa más profunda en relación a este tema; nosotros confiamos en las personas y creemos en la sabiduría de las personas al tomar sus decisiones. Y eso es lo que está ocurriendo hoy día en este país. Ahora, el cómo se va a resolver políticamente esto, no lo sé, pero sí considero que hay una oportunidad para mi sector que antes no existía. Creo que estamos viviendo momentos muy interesantes desde el punto de vista de la política en el país y se va a ver reflejado en las próximas elecciones.

También me parece que hay un sustrato que muestra esta encuesta de una sociedad que está menos comprometida ideológicamente y es mucho más pragmática y, por lo tanto, mucho más disponible y abierta a la alternancia en el poder. En consecuencia, esa experiencia la acabamos de vivir en los últimos dos períodos y esto presenta un desafío enorme para la derecha chilena.

Por último, estoy completamente de acuerdo con Eugenio Tironi en que estamos en un país que requiere cirugía láser y no retroexcavadora analítica, pero no solamente en las ideas, sino que por sobre todas las cosas en la aplicación de las políticas públicas.

Comentario

EUGENIO TIRONI, sociólogo

Como dice el psicólogo social Jonathan Haidt, las personas tienen juicios morales que buscan confirmar a través de la evidencia, y cuando esta no les sirve, la rechazan. O bien, dejan de buscar evidencia una vez que encuentran la que les parece adecuada para justificar sus juicios, cuyo origen es siempre emocional, pre racional o ideológico.

Creo que Cristián Larroulet ha dado una prueba fehaciente de la tesis de Jonathan Haidt. El trabajo de Irrázaval y Brahm, creo, no da para las conclusiones que él saca.

Lo interesante del comentario de Irrázaval y Brahm es precisamente su escepticismo, y en cierto modo, su desconcierto. Lo que sostiene —si no lo entendí mal— es que no podemos interpretar a la sociedad chilena a partir de categorías cerradas, como izquierda-derecha, Estado-mercado, crecimiento-equidad. Que la tenemos que mirar más bien como un movimiento que no tiene nada de ideológico, sino que se limita a expresar inquietudes y descontentos con problemas para los que se buscan soluciones con la lógica del caso a caso y del “vamos viendo”. En otras palabras, que la sociedad chilena está formada por gente como uno.

Sin embargo, el trabajo en cuestión hace algunas inflexiones que, a mi juicio, son un tanto abusivas. Por ejemplo, que se establezca una dicotomía entre pro-mercado y pro-Estado a partir de una serie de preguntas sobre preferencias entre la responsabilidad individual o del Estado, focalización-universalización, esfuerzo individual versus garantías estatales. Considero que esa no es la mejor manera de conceptualizar o “etiquetar” estas

tensiones. Me parece algo abusivo y grandilocuente. La cuestión no es trivial, porque ponerle nombre a las cosas es una buena manera de camuflar las creencias y los juicios morales, presentándolos como evidencia.

Hasta donde yo entiendo, el mercado es un mecanismo de asignación de recursos y de distribución de bienes. No es esto lo que se está preguntando en esta encuesta y frente a lo cual los respondientes toman posición. Creo que el timo de polarizaciones planteadas podrían sintetizarse como preferencias por soluciones colectivas vs preferencias por soluciones individuales. Me parece más exacto que pro-mercado y pro-Estado.

El valor que los encuestados dan al “trabajo personal como fuente de crecimiento y obtención de metas”, así como el hecho de que prevalezca “la creencia y preferencia por la iniciativa privada”, llevan a Irrázaval y Brahm a concluir que los chilenos “somos más liberales que garantistas”. Esta conclusión me parece también un tanto abusiva; o peca quizás de una sobre interpretación.

Porque quizás no se trata de una decisión ideológica — liberales vs. garantistas como lo insinúa el texto—, sino que puede deberse a una razón muy simple: a que ninguno de nosotros quiere ser tildado de inútil y dependiente del Estado. En efecto, si a cualquiera de nosotros en esta sala le preguntaran de sopetón: “usted qué prefiere, ¿cada persona debiera preocuparse y responsabilizarse por su propio bienestar, o bien, el Estado debiera hacerse responsable por el bienestar de las personas?” Dudo que alguien elija la segunda alternativa. Sería reconocerme incapaz de hacerme cargo de mí mismo, y que por ende necesito que otro —en este caso el Estado— se haga

cargo de mí. No se trata de ser más liberal, pro-mercado, anti-garantista o cualquier definición ideológica de este tipo; se trata de tener un mínimo de auto-estima.

O quizás es un mero resultado fáctico. Si los chilenos optan por su propio esfuerzo antes que esperar la ayuda del Estado quizás obedece a lo que ha sido y es su experiencia, no a que hayan leído algún texto de Friedman o un informe de Libertad y Desarrollo. Dicho de otro modo, una mayoría de la población nunca ha sentido al Estado a su lado, y por ende, no tiene otra opción que el "trabajo personal como fuente de crecimiento y obtención de metas".

El Estado en Chile, como en el resto de América Latina, ha sido históricamente débil. Una de las razones –como lo muestra el texto de Andrés Biehl– es que no se financia mediante el tipo de impuestos que recae en los más ricos (como los de renta y de clase), sino mediante impuestos masivos que afectan a todos por igual. Es por esto que las personas no sienten –con razón– que el Estado alguna vez les haya ayudado ni que los vaya a ayudar. En suma, la conclusión de Irarrázaval y Brahm de que los chilenos “somos más liberales que garantistas” podría no obedecer a un “ataque de liberalismo” sino a un cierto realismo y resignación que los lleva a pensar que en este país cada uno se las arregla por su propia cuenta.

Hay que tener cuidado, en definitiva, con concluir que los chilenos son pro-mercado y pro-modelo porque creen más en las libertades individuales que en la dependencia al Estado. Y que este sería un rasgo que nos distingue de los restantes países de América Latina.

Junto con otros investigadores –algunos presentes en esta sala–, entre Cieplan y el Instituto Cardoso de Brasil, hicimos el 2007 una encuesta en distintos países de América Latina, donde realizamos preguntas bastante similares a las de la Encuesta Bicentenario. Para nuestra sorpresa los chilenos resultamos ser “menos liberales y más garantistas” –para usar los términos de Irarrázaval y Brahm– que los guatemaltecos, colombianos, mexicanos y peruanos. ¿Será que la población de estos países es más “pro-modelo” porque está saturada de tanta presencia del Estado, o será más bien porque no conoce la experiencia de contar con nada que se acerque siquiera a un Estado benefactor, ante lo cual no tiene más opción que confiar en lo que cada uno puede hacer?

Irarrázaval y Brahm se plantean si acaso los chilenos, en un breve lapso de tiempo, han oscilado desde el alejamiento al acercamiento al mercado, lo que explicaría los vaivenes políticos. Hoy, se dice, estaríamos frente a

un acercamiento, lo que sería una gran noticia –a juicio de Larroulet– para la centro-derecha. No comulgo con este tipo de (sobre) interpretaciones. Ellas están destinadas –siguiendo a Haidt– a confirmar una creencia y, en algunos casos, una preferencia política.

Me temo que las razones por las cuales las personas oscilan son menos ideológicas y más pragmáticas, menos estables y más cíclicas, menos simples y más complejas. Mi interpretación, por ende, sería ecléctica.

Lo que diría es que los chilenos hemos construido un cierto mix para la provisión de bienes y servicios, en el cual depositamos nuestras expectativas. En este se conjugan factores individuales y colectivos, cuestiones que se obtienen a través del mercado y otras que se obtiene a través del Estado. Es un mix muy complejo y difícil de administrar, y no queremos que venga alguien y lo intervenga, ni Piñera ni Bachelet, ni Libertad y Desarrollo ni la FEN.

Lo que quiero decir, en el fondo, es que la nuestra se ha vuelto una sociedad compleja, y que hay que interpretarla como tal. De ahí que categorías como “modelo” y “paradigma”, o dicotomías como “pro-mercado” y “pro-Estado, o “liberal” y “garantista”, no sirven de mucho. Son categorías que no permiten describir a la sociedad chilena actual. Esta, por su complejidad, requiere de un análisis más delicado. Ya no acepta retroexcavadoras ni en el plano de las políticas públicas ni en el plano de las categorías y conceptos con las que se interpreta su evolución.

Comentario

MAX COLODRO, académico Escuela de Gobierno Universidad Adolfo Ibáñez

En primer lugar; quiero agradecer a la Universidad Católica y a Adimark GfK por haberme invitado a comentar los resultados de la Encuesta Bicentenario.

Esta y otras encuestas que hemos visto en el último tiempo muestran los esbozos y matices de un quiebre que está viviendo la sociedad chilena. A partir de los años 60, la sociedad chilena vivió una fuerte tensión y un quiebre inédito, donde una sociedad tradicional se vio profundamente fracturada por los cambios políticos, sociales, económicos y culturales que se empezaron a vivir a comienzos de los años 60. Eso nos llevó, finalmente, a tener un país profundamente dividido, donde un sector importante del país no se sentía representado por los proyectos políticos alternativos que existían. Luego, lo que vivimos entre los años 60 y 70, fueron proyectos y visiones de país fundamentalmente excluyentes, en los cuales era muy difícil que todos se sintieran integrados.

Ese proceso termina de manera muy traumática y durante la transición a la democracia lo que ocurre es un gran esfuerzo por converger. Hicimos un tremendo esfuerzo como país y como sistema político por generar un espacio común; ciertas claves de convergencia que nos permitieran volver a aceptarnos, a convivir.

Lo que ocurre a partir del año 2010 es lo que se ha llamado “el nuevo ciclo político”. Sin embargo, ha costado mucho entender en qué consiste este nuevo ciclo, cuál es el antiguo ciclo político, qué es lo que termina con ese ciclo; qué es lo nuevo, cuáles son sus rasgos, etc. Desde mi punto de vista, los rasgos fundamentales de este nuevo ciclo político, que de alguna manera se ven reflejados también en algunos datos de esta encuesta, tienen que

ver con el término de este esfuerzo y de esta convicción de la necesidad de convergencia que tuvimos desde comienzos de los años 90. La derrota electoral estratégica histórica de la Concertación el año 2010, lleva no solo a la izquierda y a la centro- izquierda a ser oposición, sino que la lleva a cuestionar un modelo de desarrollo, una visión del país.

La centro- izquierda descubrió el año 2010, súbitamente, al momento de perder las elecciones, que había sido durante 20 años cómplice pasivo del modelo. Y de algún modo, eso es lo que explica las tensiones, la crisis que se vive en Chile entre el año 2011-2012, fundamentalmente concentrada en el modelo educacional, pero también en la igualdad en general, en la participación social, en el empoderamiento de las comunidades y de la sociedad civil a través de las redes sociales, etcétera. Esto ocurrió cuando la derecha ganó una elección. No nos había ocurrido antes y no nos ocurrió mientras gobernaba la centro- izquierda. Y ocurrió por una razón muy simple: ocurrió porque para un sector muy importante del país, —probablemente mayoritario, o al menos una mitad del él—, la derecha en Chile no tenía la autoridad moral ni la legitimidad para gobernar, aunque ganara elecciones. Eso es en buena medida lo que nos pasó a partir del año 2010 en Chile. Una mitad, o un sector mayoritario del país, no le concedió al nuevo gobierno la legitimidad ni la dignidad moral para gobernar Chile, por las razones que todos conocemos. Y eso es lo que de alguna manera explica y desencadena el que este esfuerzo de convergencia que Chile vivió muy arduamente durante la década del 90 y la década del 2000, terminara por

romperse. Volvimos a ser una sociedad, en ese sentido, más parecida a lo que habíamos sido en los 60 y 70.

Por otra parte, coincido con un dato importante que se ve reflejado en la Encuesta Bicentenario. Esto no es algo que se observa con mucha nitidez a nivel de los estratos populares, incluso en sectores de la clase media, pero sí se observa en la élite. Este conflicto, esta ruptura, esta pérdida de la vocación de convergencia y de la voluntad de acuerdos, se rompe en la élite cuando la centro izquierda pierde las elecciones el 2010. A partir de ahí se instala un diagnóstico respecto de la sociedad chilena que parte de la lógica de la divergencia y no de la necesidad de la convergencia.

El programa de Bachelet y el diagnóstico que se hace desde la centro izquierda —y que es el que de algún modo explica el por qué los comunistas hoy están en el gobierno y sean parte de esta coalición, y el por qué tengamos el programa de gobierno que tenemos— se basa en ese diagnóstico. Ello tiene que ver con un Chile que se fractura muy sustantivamente a partir de la década de los 60, esa apertura tuvo una columna vertebral que fue una verdadera guerra civil que vivimos desde comienzos de los 60 que se llamó Reforma Agraria. Si bien la Reforma Agraria en buena medida explica la modernización del agro que Chile vivió desde fines de los 70, a comienzos de los 80 trajo consigo un conflicto político que dividió profundamente a la sociedad chilena y que quebró un ethos cultural que se venía construyendo desde la época de la colonia. La Reforma Agraria generó un conflicto que tuvo expresiones muy violentas y que quebró profundamente una sociedad chilena con características muy arraigadas, profundamente rural, tradicional y conservadora, una sociedad muy segmentada en términos de clases, pero con un ethos unitario al fin y al cabo. Ese mundo, ese Chile tradicional se quiebra definitivamente a partir de los conflictos sociales y políticos de los años 60, que comienzan por razones históricas, y la columna vertebral que esos cambios tienen en la sociedad chilena fue la Reforma Agraria.

Ese *ethos* unitario se quiebra, reflejándose por ejemplo en que la mitad del país, cuando piensa en la chilenidad, se siente identificado con los Huasos Quincheros, mientras que la otra mitad con Inti-Illimani, y no hay posibilidad de convergencias culturales ahí. Y eso ha seguido sobreviviendo, ha seguido manteniéndose, sin ir más lejos, fuimos el único país de América Latina donde este quiebre fue tan profundo que la mitad del país cantaba unas estrofas del himno nacional y la otra mitad cantaba otras. No ha habido otro país en América Latina donde

el quiebre político y el quiebre histórico haya terminado por quebrarnos el himno nacional, haya terminado por quebrarnos nuestra propia identidad como país.

A partir de los años 90 hicimos un tremendo esfuerzo por converger, producto del trauma histórico que habíamos vivido. Hubo un consenso transversal en que era necesario hacer un esfuerzo, pero esto termina cuando se rompe uno de los consensos implícitos que no estaba entre los consensos escritos de la transición. Hubo muchos consensos escritos, partiendo por las reformas constitucionales del año 89, la reforma laboral del gobierno de Aylwin, la reforma tributaria, pero hubo un consenso que aparentemente no nos dimos cuenta que existía hasta el año 2010; el modelo, el país que estábamos construyendo, tenía legitimidad social y cultural siempre y cuando lo gobernara la centro-izquierda. Si se perdía esa premisa, si ganaba la centro-derecha, no solo se iniciaba una lógica de la alternancia, sino que se tiraba por la borda lo que el país había construido durante 20 años y eso fue lo que hizo la Concertación y lo que sigue haciendo en términos de discurso, de legitimidad para explicar el sentido de sus reformas.

Ahora, ¿vamos a seguir hacia adelante con la lógica de la mitad del país queriendo un determinado modelo, teniendo una determinada explicación de lo que debe ser Chile y la otra mitad del país queriendo otra? Va a depender del éxito de las reformas que se están desarrollando hoy día; va a depender de la capacidad de la centro-derecha, probablemente, para salir del foso negro en el que se encuentra, pero ese es el desafío que está planteado hoy. ¿Vamos a retomar la lógica de la convergencia o vamos a seguir y reiniciar el sentido y el camino de la divergencia?

Creo que el escenario político habría sido muy distinto si el liderazgo que encabezaba este proceso no hubiese sido el de Michelle Bachelet. Ahora, ese liderazgo se basa, efectivamente, en el cariño, en el aprecio, en el respaldo y en la confianza que tiene la gente en su persona. Ese es un factor central en el análisis y en la lógica política con la cual se administra hoy día este capital en este gobierno. El capital político que es la propia Presidenta y el respaldo a sus reformas, son un factor fundamental de análisis. Existe una gran dependencia de ese capital, pues es una variable central para poder darle legitimidad, respaldo y solidez al proceso de cambios que lleva adelante este gobierno. Si la Presidenta, en definitiva, termina con su capital político deteriorado, gastado, perdido; el proceso de las reformas va a correr, en mi opinión, serios riesgos.

Paternidad en Chile: una evaluación preliminar

EDUARDO VALENZUELA, Instituto de Sociología UC

PILAR WIEGAND, Instituto de Sociología UC

La Encuesta Bicentenario UC-Adimark GfK 2014 presenta un novedoso ejercicio de evaluación de la calidad de la relación paterna en los hogares chilenos. Este ejercicio consta de tres partes: a) una evaluación que hace la madre respecto del padre de su hijo menor; b) una evaluación que hace el propio padre de su condición paterna respecto de su hijo menor; y c) una evaluación que hacen los hijos de su propio padre. La evaluación del padre se hace a través de una escala Likert de satisfacción en cinco dimensiones diferentes: i) seguridad económica que el padre brinda o brindó al hogar donde creció el hijo; ii) educación moral o ética que el padre entregó al hijo; iii) apoyo emocional que brindó; iv) ayuda que proporcionó en la crianza del hijo; y v) cantidad de tiempo que ofreció al hijo. Debe notarse que la evaluación versa sobre un hijo específico, pero no necesariamente sobre un mismo hijo de referencia (el hijo menor del padre o de la madre puede no ser el mismo y los hijos que evalúan a su padre no son siempre el hijo menor). Esta investigación asume que no debe existir mucha variabilidad en la satisfacción paterna según el orden de precedencia del hijo, algo que puede ser objeto de alguna controversia: la probabilidad de que el padre haya estado ausente debe aumentar con los hijos menores, aunque también es cierto que el aprendizaje y la maduración de las habilidades parentales mejoran con el tiempo y los padres pueden haber sido mejores padres con sus hijos menores que mayores.

Los resultados muestran una satisfacción promedio de 71% para el caso de las madres (que evalúan al padre de su hijo menor), casi sin ninguna variación entre las

distintas dimensiones. La autoevaluación que hacen los padres respecto de su propio desempeño es todavía más complaciente (85% de satisfacción promedio), pero en este caso los padres se evalúan sensiblemente mejor en educación moral y apoyo emocional, y bastante menos en seguridad económica y tiempo de dedicación. La evaluación de los hijos es más severa: la satisfacción promedio alcanza solamente al 59% de la muestra, mientras que el 31% se declara derechamente insatisfecho con respecto al desempeño de su padre, lo que puede considerarse el resultado más significativo de esta evaluación. Los hijos evalúan apenas algo mejor el rol tradicional del padre como proveedor de seguridad económica (62% de satisfacción) y autoridad moral (65%), mientras que los atributos de la llamada nueva paternidad son un poco peor evaluados, presentando un 59% de satisfacción en la dimensión de apoyo emocional y 57% de satisfacción en la dimensión de tiempo de dedicación, aunque siempre dentro de una evaluación que no hace demasiadas diferencias entre los distintos atributos y que no permite sacar conclusiones muy definidas en este aspecto.

¿Hacia una nueva paternidad?

Los datos muestran un efecto de edad relativamente consistente en las diferentes evaluaciones. En el caso de la madre, la evaluación declina sostenidamente conforme a la edad de la misma. Las chances de evaluar negativamente al padre aumentan en alrededor de dos veces en madres de hasta 45 años, para incrementarse en tres veces en madres de hasta 55 años y cuatro veces en

Tabla 1 | Evaluación de la calidad de la paternidad según distintas dimensiones (%)

	Muy satisfecho/ satisfecho	Ni una ni otra	Muy insatisfecho/ insatisfecho
Evaluación de la madre			
Seguridad económica	71	7	22
Educación moral	71	6	22
Apoyo emocional	69	8	22
Ayuda en la crianza	68	8	24
Tiempo de dedicación	68	7	25
Promedio madre (n=901)	71	9	20

Autoevaluación del padre			
Seguridad económica	77	12	11
Educación moral	93	4	3
Apoyo emocional	91	4	5
Ayuda en la crianza	86	7	7
Tiempo de dedicación	74	10	16
Promedio padre (n=635)	85	8	7

Evaluación del hijo			
Seguridad económica	62	12	26
Educación moral	65	8	26
Apoyo emocional	59	12	29
Ayuda en la crianza	60	10	29
Tiempo de dedicación	57	11	32
Promedio hijo (n=1906)	59	10	31

Fuente: Encuesta Bicentenario 2014.

aquellas que tienen más edad (Tabla 2). Las madres jóvenes evalúan definitivamente mejor al padre de su hijo menor, manteniendo controlado el efecto de residencia del padre que lo podría estar afectando. Esta relación desaparece en el marco de la complacencia de la autoevaluación que hacen los propios padres, pero vuelve a aparecer en la evaluación que hacen los hijos, aunque de manera más suave y menos lineal. Con todo, las chances de evaluar insatisfactoriamente al padre aumentan

hasta dos veces en hijos de edad intermedia para recuperarse levemente en hijos mayores, en un efecto edad que adquiere una forma más bien cuadrática que lineal. Estos resultados no permiten obtener conclusiones muy firmes, pero sugieren –especialmente por el comportamiento de la evaluación que hacen las madres– que existe un efecto generacional que está empujando hacia una mejor evaluación del desempeño paterno en los hogares más jóvenes.

Tabla 2 | Regresión lineal de los determinantes de la evaluación del padre

Variables	Modelo 1		Modelo 2		Modelo 3	
	Evaluación de la madre		Autoevaluación del padre		Evaluación del hijo	
	B	SE B	B	SE B	B	SE B
Sexo hijo (ref: Mujer)						
Hombre	0.62	-0.386	0.16	-0.26		
Edad (ref: 18 a 24 años)						
25 a 34 años	-2.15**	-0.857	-1.46*	-0.79	-1.12**	-0.5
35 a 44 años	-2.07**	-0.838	-1.23	-0.78	-2.03***	-0.52
45 a 54 años	-3.33***	-0.878	-1.34*	-0.76	-1.51***	-0.57
55 años y más	-4.06***	-0.844	-1.39*	-0.78	-1.78***	-0.54
Padre residente (ref: Padre no residente o dejó de residir antes de que fuera mayor de edad)						
Padre reside con el hijo (o vivió con él hasta cuando fue mayor de edad)	7.51***	-0.443	2.46***	-0.39		
NSE (ref: Alto)						
Medio	-1.781**	-0.705	-1.46***	-0.44	-1.338***	-0.46
Bajo	-2.47***	-0.707	-1.79***	-0.45	-2.427***	-0.47
Religión (ref: Católica)						
Evangélico	-1.01*	-0.52	-0.14	-0.38		
Otra religión	-0.83	1.32	-0.2	-0.7		
Ninguna religión	-0.79	-0.57	0.65*	-0.36		
Observancia (ref: No observante)						
Observante	0.09	0.54				
Religiosidad (ref: Creo en Dios y no tengo duda de ello)						
En algunos momentos sí, en otros no			-0.51	-0.44		
No creo			-2.12***	-0.75		
Sexo (ref: Mujer)						
Hombre					-0.575**	-0.28
(ref: No es padre o madre)						
Es padre o madre					-1.754***	-0.39
Religión padre (ref: Católica)						
Evangélico					-1.413***	-0.42
Otra religión					-2.044**	-0.87
Ninguna religión					-4.245***	-0.42
Congruencia religiosa padre e hijo (ref: No congruente)						
Congruente					1.653***	-0.32
Observaciones	822		680		1893	
Errores estándares (SE B)						
Significancia *** p<0.01, ** p<0.05, * p<0.1						

Fuente: elaboración propia en base a Encuesta Bicentenario 2014.

La investigación sociológica ha mostrado, efectivamente, un cambio en los patrones de paternidad en las últimas décadas. Este cambio se describe generalmente como el paso de una paternidad centrada en la provisión económica (*breadwinner role*) hacia otra que incluye involucramiento en la crianza y cuidado de los hijos (Marsiglio et al., 2000). Existe evidencia de que los padres han aumentado el tiempo que dedican a sus hijos y se han comprometido más que antes en tareas de cuidado otrora reservadas casi exclusivamente a las madres, sobre todo en niños preescolares (Cabrera et al., 2000). Es posible, sin embargo, que la cultura de la paternidad haya cambiado más que la conducta (Wall & Arnold, 2007). El monto de tiempo que padres residentes pasan con sus hijos preescolares en familias donde ambos trabajan tiempo completo, puede alcanzar un máximo de dos tercios de aquel que pasa la madre (Silver, 2000). Asimismo, los padres siguen gastando la mayor parte de su tiempo parental en juegos y entretención, mientras que el tiempo de la madre se dedica a tareas de cuidado. Otra diferencia es que los padres usualmente dedican tiempo a sus hijos acompañados de la madre, mientras que la madre lo hace sola (Craig, 2006; Silver, 2000). Este desbalance tiene que ver seguramente con los arreglos familiares y laborales que todavía asignan a los padres mayores responsabilidades en la provisión del sostén económico y a las madres en el cuidado de los hijos.

Otros resultados del análisis de factores determinantes de la evaluación paterna tienen también algún interés. El nivel socioeconómico influye en la evaluación que se hace del padre de un modo consistente (incluso controlando por la presencia del padre dentro del hogar que está muy correlacionada con la posición socioeconómica): las chances de que las madres evalúen negativamente a los padres aumentan en 2,47 veces en el nivel socioeconómico bajo (respecto del alto) y las posibilidades de que los hijos hagan lo mismo aumentan en 2,43 veces (aunque en este caso los datos no están controlados por coresidencia). Incluso los mismos padres de nivel socioeconómico bajo tienden a evaluar peor su desempeño parental. La aspereza de las relaciones familiares en los medios más desfavorecidos, donde las tensiones económicas y la violencia intrafamiliar son más frecuentes, se encuentra posiblemente dentro de la explicación de estos resultados (Nelson, 2004).

Por otra parte, no existe ninguna evidencia de que la condición evangélica de los padres mejore su evaluación parental. Muchos estudios han sostenido, en efecto, que el evangelismo aumenta la responsabilidad paterna dentro de los hogares, especialmente por su capacidad de organizar convencionalmente la vida de sus fieles en aspectos claves como la disciplina laboral, la estabilidad conyugal y la abstinencia alcohólica (Martin, 2002). Nuestros datos indican, sin embargo, que la religión del padre no es significativa en la autoevaluación que hacen los mismos de su rol paterno, lo que significa que los padres evangélicos no se evalúan mejor que los demás ni tampoco las madres evangélicas evalúan mejor el desempeño del padre de sus hijos. Más importante aún es que los hijos tienden a evaluar significativamente peor a sus padres cuando el padre es evangélico que cuando es católico (con datos controlados por nivel socioeconómico, aunque no por coresidencia del padre, por lo que deberían ser mirados con alguna precaución). Como sea, no hay ninguna evidencia de que el padre evangélico esté mejor evaluado como hubiera sido esperable, lo que sugiere que debe investigarse mejor la estructura y dinámica de la paternidad evangélica, probablemente de cuño más tradicional y autoritaria. Por el contrario, la congruencia religiosa entre padres e hijos es un factor que mejora la evaluación paterna en una dirección que puede ser bidireccional: padres bien evaluados tienden a ser más eficaces en la trasmisión de lealtades religiosas o de cualquier otra índole, o bien la afinidad entre padres e hijos tiende a mejorar la evaluación del desempeño paterno.

El problema del ausentismo paterno

Los resultados de la Encuesta Bicentenario 2014 muestran que la principal variable que explica la evaluación paterna es la condición residencial del padre. La satisfacción con el padre residente puede alcanzar hasta 88% (autoevaluación del padre) y 84% (evaluación de la madre), pero desciende a 65% y 36% cuando el padre no ha vivido con el hijo¹. Los análisis de regresión indican que padres no residentes elevan en 2,46 veces las chances de una evaluación negativa del propio padre y en 7,51 veces la de la madre. Como es esperable, las madres evalúan desastrosamente al padre no residente en montos que superan con creces la evaluación que hace el propio padre.

1 La encuesta no precisa la condición residencial del padre en la evaluación que hacen los hijos, es decir, no pregunta a los hijos si vivieron con su padre mientras tenían menos de 18 años de edad.

Como en otras partes del mundo, las cifras de ausentismo paterno han crecido muy aceleradamente hasta alcanzar un tercio de los núcleos familiares que albergan algún menor de 18 años (Casen, 2011). Cuando se trata de núcleos con hijos menores de 5 años la cifra es ligeramente superior (35%), una cifra que coincide en parte con la que ofrece la encuesta ELPI para hogares con niños entre 0 y 4 años de edad (31%), a pesar de que

las cifras Casen incluyen al padre biológico y al padrastro (Tabla 6 para datos obtenidos por ELPI). Las cifras indican que en los últimos veinte años la proporción de hogares sin padre casi se ha duplicado (particularmente en el caso de núcleos con hijos pequeños que han aumentado de 18% a 35%), y que la mayor parte de este aumento se ha registrado en la última década.

Tabla 3 | Evolución del ausentismo paterno en núcleos familiares chilenos

	1992		2000		2009		2011	
	n	%	n	%	n	%	n	%
Núcleos sin presencia paterna (padre biológico o padrastro) con niños menores de 18 años	431.908	19,1	575.882	21,7	751.423	28,9	895.749	33,7
Total núcleos con hijos menores de 18 años	2.265.927	100,0	2.648.209	100,0	2.597.653	100,0	2.657.299	100,0
Núcleos sin presencia paterna (padre biológico o padrastro) con niños menores de 5 años	187.743	17,7	243.562	22,7	286.389	30,2	351.410	34,8
Total núcleos con hijos menores de 5 años	1.062.329	100,0	1.072.670	100,0	947.371	100,0	1.009.299	100,0

Fuente: Encuesta Bicentenario 2014.

La distribución del ausentismo paterno está muy determinada por la edad y el nivel socioeconómico (Tabla 6 en Anexo). Prácticamente todos los hogares con una madre menor de 18 años carecen de padre (93%) y esto ocurre en una gran proporción también en hogares con madres jóvenes entre 18-25 años (59%). La formación de familias jóvenes sin padre es muy común, pero también el divorcio y las separaciones han agregado ausentismo paterno en familias de edad intermedia (hasta 38% en hogares con madres entre 26 y 35 años). Estas cifras sugieren que existe no solamente un efecto de edad (la responsabilidad paterna aumenta con la edad) sino también generacional; las nuevas generaciones están cada vez más enfrentadas a la probabilidad de criar a un hijo sin un padre presente debido a alteraciones en los patrones de fecundidad (postergación de la edad de matrimonio y de la decisión de tener hijos) y de estabilidad conyugal (aumento de la convivencia y de las separaciones).

También la relación entre ausentismo paterno y nivel socioeconómico es muy pronunciada. En el quintil de más bajos ingresos, los hogares sin padre pueden alcanzar a cerca de la mitad (46%), mientras que en el quintil de más altos ingresos son solamente el 18% (Casen 2011). La famosa tesis de Blankenhorn que alerta sobre el crecimiento acelerado del ausentismo paterno en Nor-

teamérica (Blankenhorn, 1996.) repara justamente en el hecho de que los hogares sin padre crecen fuera de su nicho histórico, las minorías negras y los barrios pobres y se extiende hacia la clase media norteamericana, en un movimiento que se aproxima al que vive actualmente nuestro país. Con todo, la distribución de los hogares sin padre revela un patrón de desigualdad social persistente que sitúa la mayor parte de estos hogares en la parte baja de la estratificación social, sea porque la formación de familia al margen de la convivencia parental y los umbrales de tolerancia frente a la irresponsabilidad paterna son muy altos entre los más pobres, sea porque la ausencia misma del padre coloca inmediata e irreparablemente a estos hogares en una posición de vulnerabilidad social.

Mucha de la discusión sobre el ausentismo paterno se vincula con los cambios en la cultura contemporánea de la paternidad que empuja a los padres no residentes a mantener y estrechar el contacto con sus hijos. ¿Será posible compensar la ausencia del padre con estímulos adecuados que mantengan umbrales altos de contacto y responsabilidad en los padres no residentes? La responsabilidad paterna se mide en estos casos a través de tres indicadores claves: i) la capacidad del padre de ofrecer el sostén económico adecuado a sus hijos; ii) la frecuencia

de contacto del padre ausente, y iii) la calidad de la relación que pueda sostener con sus hijos. El patrón de contacto del padre no residente ha sido objeto de bastante investigación (Cheadle, Amato & King, 2010). Al contrario de lo que se piensa habitualmente, el contacto paterno tiende a ser más bien estable en el tiempo y la proporción de padres que modera o interrumpe el contacto con sus hijos no es demasiado alta. No es totalmente cierto que el contacto tienda inexorablemente a extinguirse con el paso del tiempo y la disposición inicial a mantener o no mantener el contacto predice bastante bien el desempeño paterno. La investigación ha descubierto también que los padres que mantienen consistentemente un contacto

frecuente con sus hijos son aquellos que se han separado más tarde de sus parejas, cuyos hijos han nacido dentro de un matrimonio establecido y que residen relativamente cerca, sin contar con el nivel educacional de la pareja que también es un buen predictor de responsabilidad paterna. Los datos de la encuesta ELPI (Tabla 6) muestran un nivel de contacto relativamente alto con hijos menores de 4 años –alrededor del 50% de las madres declara que el niño es visitado al menos una vez a la semana por su padre biológico–, a pesar de que una proporción muy elevada no ha vivido nunca con el niño (57%) y solamente el 38% de los padres aporta económicamente en la manutención del hijo común.

Tabla 4 | Indicadores seleccionados de ausentismo paterno en hogares con niños de 0-4 años

		n	%
Vive con el padre biológico	Sí	604.363	68,9
	No	272.721	31,1
Edad desde que no vive con el padre biológico	Nunca ha vivido	178.053	66,2
	Primer mes hasta antes del año	31.964	11,9
	1 año	30.190	11,2
	2 años	18.382	6,8
	3 años	9.478	3,5
	4 años	727	0,3
¿Por qué razón no vive el padre biológico con el (la) niño(a) seleccionado(a)?	Divorciado o anulado o separado	77.968	28,6
	Falleció	2.973	1,1
	En prisión	6.058	2,2
	Nunca ha vivido con él(ella)	154.645	56,7
	Viaje	1.244	0,5
	Otra	27.690	10,2
	No responde	2.143	0,8
¿Con qué frecuencia el (la) niño(a) seleccionado(a) es visitado por el padre biológico?	Todos los días	55.473	20,6
	5 a 6 días a la semana	9.599	3,6
	4 a 3 días a la semana	22.455	8,3
	1 a 2 días a la semana	47.963	17,8
	1 vez cada 15 días	23.656	8,8
	1 vez al mes	23.757	8,8
	Contacto con el niño(a)	84.311	31,3
	No responde	2.533	0,9
¿El (la) niño(a) seleccionado(a) recibe algún tipo de aporte económico por parte el padre biológico?	Sí	166.400	61,7
	No	101.657	37,7
	No responde	1.690	0,6

Fuente: ELPI (Encuesta Longitudinal de Primera Infancia), 2010 (Muestra representativa de niños y niñas nacidos entre el 1 de enero de 2006 y el 31 de agosto de 2009).

La importancia del contacto con el padre no residente ha sido puesta en entredicho por la investigación empírica, puesto que existe poca evidencia acerca de sus beneficios en el desempeño de los hijos en el plano psicosocial, académico o conductual (Amato & Gilbreth, 1999). Por el contrario, el soporte económico que pueda brindar el padre tiene mucha evidencia positiva porque mejora ostensiblemente las condiciones generales de vida de los niños, y las políticas que han vuelto más exigible las responsabilidades económicas de los padres se fundan en esta clase de hallazgos. Se ha sugerido que cuando el sostén económico del padre se vuelve obligatorio –y puede ser efectivamente exigido– esta relación positiva se vuelve más débil, mientras que en regímenes de baja exigencia y obligatoriedad, la contribución económica de los padres no residentes revela un interés específico de ejercer una paternidad responsable (Hernández, Beller & Graham, 1995 citado en Amato & Gilbreth, 1999). También se ha cuestionado la importancia de la visita parental en el sentido de que el padre no residente generalmente carece de parentalidad efectiva (*authoritative parenting*), que está definida por dos atributos principales: apoyo y control. Por un lado, se trata de la capacidad del padre de ofrecer apoyo (*support* en inglés), que incluye capacidad de respuesta ante los requerimientos del hijo, apoyo propiamente tal para las decisiones o cursos de acción que debe enfrentar (*encouragement*), y la capacidad de ofrecer instrucciones y asistencia diaria. Por otro lado, el control incluye la explicitación de reglas y normas de conducta, la capacidad de monitoreo de las actividades especialmente fuera del hogar y la

formación de hábitos y disciplina. El control parental solo es dañino cuando se aplica mediante el castigo y la coerción. La combinación de un alto nivel de apoyo con un nivel moderadamente alto de control “no coercitivo”, resume el modelo autoritativo de parentalidad que –aparentemente– tiene los mejores resultados para el desempeño global de los niños. La investigación sugiere que en familias con ambos padres presentes, no es la presencia del padre sino este estilo de paternidad lo que importa realmente. Young, Miller, Norton & Hill (1995) hacen la diferencia entre apoyo intrínseco (*intrinsic support*) con mejores resultados que el apoyo extrínseco (*extrinsic support*), el padre que se limita a hacer cosas con los hijos, como salir a comer afuera, comprar o ir al cine, algo que es más común en los padres no residentes. Mucha investigación ha concluido que una parentalidad efectiva tiene el mayor impacto en el bienestar de los hijos, por encima de la calidad emocional de la relación o de la frecuencia de contacto. La relación entre padre no residente y bienestar no está moderada por ninguna de las dimensiones que más frecuentemente se citan en este aspecto, como el sexo o la edad de los hijos, la razón de la ausencia paterna (divorcio o nacimiento no marital) y el estatuto de la familia (con o sin padrastro), aunque existe evidencia que indica que la calidad de la relación entre los padres debe ser tomada en cuenta: padres con una relación conflictiva entre sí menoscaban la capacidad parental del padre no residente. Desde luego, el contacto con padres no residentes puede ser derechamente perjudicial cuando se trata de padres que presentan comportamientos desviados como abuso de alcohol o drogas y conductas similares.

Tabla 5 | Nivel de satisfacción de las madres y los padres del rol que jugó el padre del hijo menor (% satisfecho + muy satisfecho)

	Madre	Padre
Vive con el hijo (o vivió con él hasta que cumplió los 18 años)	86%	87%
No vive con el hijo (o dejó de vivir con él antes de que fuera mayor de edad) pero lo ve (o veía) muy seguido o bastante seguido	80%	88%
No vive con el hijo (o dejó de vivir con él antes de que fuera mayor de edad) pero lo ve (o veía) ocasionalmente	23%	52%
No vive con el hijo (o dejó de vivir con él antes de que fuera mayor de edad) pero lo ve (o veía) nunca o casi nunca	17%	17%

Fuente: Encuesta Bicentenario 2014.

La relación entre padres no residentes y bienestar de los hijos puede ser vista al revés en lo que se conoce como “efecto hijo”. Hijos bien comportados, dóciles y académicamente exitosos pueden favorecer el contacto paterno, pero hijos que ofrecen alguna clase de inconvenientes o problemas (“niños difíciles”) lo desalientan (Hawkins & Amato, 2007). Gran parte de la investigación se ha concentrado en el “efecto padre” (lo que sustenta además todos los programas que intentan reforzar la responsabilidad paterna), pero se ha mostrado que el “efecto hijo” no debe ser descuidado. Las características de los niños pueden influir poderosamente en el comportamiento del padre. Algunos estudios en adolescentes, por ejemplo, muestran que el monitoreo parental depende mucho de la capacidad de respuesta de los niños más que del esfuerzo de supervisión de los padres (Crouter & Head, 2002, Stattin & Kerr, 2000, ambos citados en Hawkins & Amato, 2007). La relación entre padres no residentes y adolescentes suele ser muy frágil y puede estar particularmente expuesta a esta clase de “efecto hijo”: la paternidad, en efecto, más que la maternidad, es más sensible a efectos de estructura familiar e influencias contextuales. El costo de mantener una relación con un adolescente difícil puede volverse crítico, hasta el punto de reducir considerablemente el contacto y empeorar la relación (mejor es verlo menos seguido). La evidencia respecto de un “efecto hijo” se ha vuelto más sólida en el último tiempo, salvo para el caso del sostén económico, que parece no depender de características específicas del hijo, aunque todo esto es siempre materia de nuevas investigaciones y hallazgos empíricos.

Conclusión

La evaluación que hacen los chilenos de la calidad de la paternidad resulta instructiva por varios motivos. Al revés de lo que podría pensarse, la crítica de la paternidad está más presente entre los hijos que entre las madres. Alrededor de un tercio de los hijos evalúa insatisfactoriamente a sus padres, una cifra que desciende al 20% entre las madres y prácticamente desaparece cuando los padres se autoevalúan a sí mismos. Los hijos tienden a reprochar a sus padres la falta de apoyo emocional para las decisiones que toman y de tiempo de dedicación, dos atributos característicos de la nueva paternidad. Alrededor del 25% de los padres –tanto en declaraciones de la madre como de los hijos– no entrega suficiente seguridad económica (*breadwinner role*), lo que revela que uno de cada cuatro padres chilenos falla en su rol tradicional de proveedor del hogar.

Otro resultado consistente indica que las madres jóvenes tienden a evaluar mejor al padre de su hijo menor, y también hay evidencia de que mientras menores son los hijos –por lo menos hasta los 40 años– la evaluación del padre es más satisfactoria. En el caso de las madres, este efecto enteramente lineal de la edad está controlado por la coresidencia del padre de manera que no puede ser adjudicado al aumento de la deserción paterna que siempre aumenta con el paso del tiempo. Por esto mismo, esta satisfacción entre las madres jóvenes puede indicar un cambio generacional en la valoración y en la forma que adquiere la paternidad (“nueva paternidad”) caracterizada por un mayor involucramiento de los padres en la crianza de los hijos –especialmente de los menores de seis años– y por un aumento en el tiempo de dedicación a los hijos, algo especialmente apreciado por las madres que, por lo demás, están sometidas a nuevas exigencias de cuidado y trabajo remunerado.

La evaluación de la paternidad se deteriora mucho conforme se desciende de nivel socioeconómico. La insatisfacción de los hijos respecto de su padre, por ejemplo, puede alcanzar hasta 37% en el nivel socioeconómico bajo, mientras que en el alto es solamente de 14%. La fluctuación en la evaluación que hace la madre es algo más suave con cifras que oscilan entre 23% y 12% en los extremos de la escala socioeconómica. Esta relación permanece aun cuando se controla por coresidencia del padre, de manera que revela dificultades pertinaces de la paternidad en medios desfavorecidos –aun con el padre presente– relacionados seguramente con las tensiones que provoca la privación económica en las relaciones parentales, y quizás con formas más tradicionales de ejercer la paternidad, limitadas solamente al rol de proveedor.

Los datos ofrecidos por esta encuesta no permiten sostener las ventajas parentales del evangelismo. Los padres evangélicos no están mejor evaluados en ninguna de las tres modalidades de referencia. Las madres evangélicas no evalúan mejor al padre de su hijo menor, los padres evangélicos no se evalúan mejor a sí mismos y los hijos evangélicos mejor a sus padres católicos que evangélicos, aun controlando por nivel socioeconómico. Este dato desafía la teoría de que el evangelismo mejora la condición paterna en los hogares populares, aumentando la responsabilidad laboral (*breadwinner role*) y la estabilidad conyugal de los hombres y obliga a realizar nueva investigación en esta materia.

El factor más determinante en la evaluación de la paternidad es la coresidencia del padre. En el caso de la madre, la insatisfacción con el padre puede aumentar

varias veces cuando el padre ha estado ausente, y los mismos padres son más críticos de sí mismos cuando no han residido con sus hijos. El ausentismo paterno empeora significativamente la evaluación de la paternidad en todos sus aspectos. Esta conclusión es tanto o más alarmante si se tiene en cuenta que el ausentismo paterno ha venido aumentando aceleradamente en las últimas décadas en nuestro país, en consonancia con desarrollos que también se han registrado en otros lugares. Actualmente, alrededor de un tercio de los hogares que albergan niños menores de 6 años carecen de un padre residente (según datos provenientes tanto de Casen como de ELPI). La ausencia del padre menoscaba significativamente el rol de proveedor de los padres. Apenas el 37% de las madres ELPI declara que recibe asistencia económica del padre de sus hijos, lo que concuerda con el hecho de que la mayor parte de estos hogares monoparentales se ha formado no por divorcio o separación, sino por madres solas cuyos padres nunca han vivido con el hijo (57%).

La ausencia del padre puede ser compensada parcialmente con un régimen frecuente de visita y de custodia paterna. Los datos ELPI sobre la frecuencia de visitas paternas son alentadores –alrededor del 50% de las madres ELPI declaran que sus niños son visitados por su padre en una frecuencia semanal–, sobre todo si se atiende a los resultados de investigaciones recientes que indican que la disposición inicial tiende a mantenerse en el tiempo y no a declinar como habitualmente se cree. El efecto de la visita sobre la evaluación paterna también es muy elocuente: las madres que reciben frecuentemente la visita del padre de su hijo tienden a mejorar significativamente su evaluación (aunque la encuesta no entrega datos sobre la evaluación de hijos sobre padres no residentes). Con todo, la investigación empírica ha concluido bastante taxativamente que el bienestar de los hijos depende más de la capacidad de los padres de asistir económicamente a sus hijos que de un régimen frecuente de visitas, al mismo tiempo que ha mostrado las limitaciones de la visita paterna en términos de producir una parentalidad efectiva (especialmente por sus limitaciones de asistencia diaria y de monitoreo y supervisión continua).

Referencias

- Amato, P. & Gilbreth, J.**, 1999. Non Resident Fathers and Children's Well-Being: A Meta-Analysis. *Journal of Marriage and the Family*, 61, 557-573.
- Blankenhorn, D.**, 1996. *Fatherless America: Confronting Our Most Urgent Social Problem*. New York, NY: Harper Perennial.
- Cabrera, N., Tamis-LeMonda, C., Bradley, R., Hofferth, S. & Lamb, M.**, 2000. Fatherhood in the Twenty-First Century. *Child Development*, 71(1), 127-136.
- Cheadle, J., Amato, P. & King, V.**, 2010. Patterns of Non-resident Father Contact. *Demography*, 47(1), 205-225.
- Craig, L.**, 2006. Does father care mean fathers share? A comparison of how mothers and fathers in intact families spend time with their children. *Gender & Society*, 20, 259-281.
- Hawkins, D. & Amato, P.**, 2007. Nonresident Father Involvement and Adolescent Well-Being: fathers effects or child effects? *American Sociological Review*, 72, 990-1010.
- Marsiglio, W., Amato, P., Day, R. & Lamb, M.**, 2000. Scholarship on Fatherhood in the 1990s and Beyond. *Journal of Marriage and Family*, 62, 1173-1191.
- Martin, D.**, 2002. *Pentecostalism: The World Their Parish*. Blackwell Publishing.
- Nelson, T.**, 2004. Low-Income Fathers. *Annual Review of Sociology*, 30, 427-451.
- Silver, C.**, 2000. Being there: The time dual-earner couples spend with their children. *Canadian Social Trends*, 57 (summer), 26-29.
- Young, M.H., Miller, B.C., Norton, M.C. & Hill, E.J.**, 1995. The effect of parental supportive behaviors on life satisfaction of adolescent offspring. *Journal of Marriage and Family*, 57, 813-822.
- Wall, G. & Arnold, S.**, 2007. How Involved is Involved Fathering? *Gender and Society*, 21(4), 508-527.

Comentario

CARMEN DOMÍNGUEZ, directora del Centro UC de la familia

La expresión “nueva paternidad” a la que se hace mención en la presentación de los resultados de la Encuesta Bicentenario UC-Adimark GfK 2014, referida al rol del padre al interior de la familia, pareciera reflejar que existen ciertos estereotipos esperables de paternidad o que toda la expresión de paternidad vivida en tiempos pasados es crítica o cuestionable. En realidad, desde la perspectiva jurídica, lo que se constata es que la propia comprensión o regulación de la paternidad ha tenido una evolución muy variada en el tiempo.

Así, en Roma se concedía al padre el *ius vitae necisque*, esto es, el derecho a disponer de la vida de los hijos, lo que significaba no solo tener la autoridad respecto de los hijos, sino incluso la facultad de ordenar la muerte de los hijos. En aplicación de esa facultad los padres podían, por ejemplo, pagar una indemnización de perjuicios con un hijo. Si bien es cierto no existen casos constatados de que el padre haya efectivamente aplicado la orden de muerte que en el derecho romano se les concedía, sí se refieren en la literatura una serie de casos en que el padre habría condenado a muerte a su hijo.

Posteriormente, la codificación civil decimonónica va a continuar con la concentración de facultades sobre el cuidado de los hijos –bajo la denominada patria potestad en el padre– siguiendo el prototipo romano del *pater familia*, esto es la idea de un padre que es la autoridad máxima en la familia.

Siglos después, impulsados por la línea rectora de la igualdad que ha constituido una de las que han marcado la evolución del derecho de familia en la familia romana germánica, el cuidado de los hijos pasará a ambos

padres e, incluso, en algunas circunstancias, exclusivamente a la madre.

Ese cambio de solución jurídica conducirá a todo un cuestionamiento de las reglas de cuidado personal que, en Chile, se tradujo el año 2014 en la reforma de esas normas en nuestro Código Civil. Toda la modificación será producto de la presión ejercida por asociaciones de padres cuestionando la asignación preferente que la ley hacía a la madre del cuidado de los hijos en el caso de separación de los padres. La reforma culminará con la sustitución de esa solución por una regla legal supletoria que establece que el cuidado corresponde al padre o madre con quien el niño convive.

De todo lo anterior resulta ostensible que la comprensión de la paternidad ha variado en el tiempo casi en forma pendular. Por ello, no parece pertinente aludir a la existencia de una “nueva paternidad”, porque la comprensión de la paternidad no ha sido continua en el tiempo sino claramente variable.

Más interesante parece entonces preguntarse qué aspectos de la paternidad de los que aparecen reflejados en los resultados de la Encuesta Bicentenario son relevantes, teniendo presente que su comprensión se va haciendo en conjunto con la maternidad y en la medida en que se tenga mayor conciencia de lo que los hijos son.

Desde esta perspectiva resulta especialmente grave la creciente ausencia del padre y un preocupante aumento de madres solas al cuidado de los hijos, que, como tendencia, resultan confirmadas en la encuesta en análisis y que coinciden con los resultados de la CASEN 2011 y con los datos aportados por la ELPI.

A esas mismas conclusiones habíamos llegado, desde el ámbito jurídico, en anteriores estudios realizados por el Centro UC de la Familia, en los que se refleja que existen distintas realidades de paternidad en nuestro país. Esto nos indica que, claramente, no podemos uniformar las reglas jurídicas en torno a un solo patrón de realidad familiar como, curiosamente, se pretendió efectuar a lo largo del debate legislativo habido con ocasión de la reforma a las normas de cuidado personal antes aludido.

En tal sentido, durante buena parte de ese debate se pretendió uniformar las reglas en torno a una sola premisa de realidad de padre: un padre comprometido con los hijos, uno que quiere estar presente en la vida de los hijos. Pero la encuesta, tal como otros estudios lo reflejan, revela que la realidad es distinta desde que existe una gran cantidad de madres que están educando a sus hijos solas, no porque no permitan que los padres de sus hijos participen en la vida de los mismos, sino porque ellos no quieren hacerlo. En otros términos, existe en nuestro país un patrón de falta de compromiso de los padres con sus hijos.

Por ello, parece interesante relevar que los datos que la Encuesta Bicentenario 2014 arroja son consistentes con otros datos que la realidad jurídica ha puesto en evidencia. Así, existe un grupo importante de padres que engendran un hijo y, luego, no están dispuestos a reconocer la paternidad de ese hijo. Debido a ello, se hizo toda una reforma jurídica a través de la Ley 19.585, aprobada en 1998 y puesta en vigencia en 1999, en orden de permitir el reconocimiento forzado de un hijo dado que el reconocimiento voluntario no se había revelado suficiente. En tal sentido, lo que se había demostrado insuficiente era dejar entregada a la ética del padre el reconocer a su hijo como tal.

Y la realidad se va a mostrar aún más cruda, pues aún establecida forzosamente la paternidad de un hijo y, por lo tanto, establecido el deber de contribuir a su subsistencia pagando los alimentos que son fijados por sentencia judicial, la información proveniente del poder judicial muestra que en más de un 50% de los casos esas pensiones son incumplidas. Ello coincide nuevamente con la ausencia paterna que la Encuesta Bicentenario refleja.

Todo lo anterior coincide también con los resultados obtenidos en un estudio que realizamos como Centro UC de la Familia hace unos años¹, con el objeto de analizar

cómo tratar de acompañar y hacernos cargo de la realidad de los hijos que tienen un conflicto judicializado de cuidado personal, es decir, de hijos cuyos padres están enfrentados judicialmente por su cuidado. Al revisar los casos que estaban tramitándose en los tribunales de familia en Santiago, los resultados fueron también consistentes con el panorama anteriormente descrito. Así, entre algunas de las conclusiones del estudio de casos² encontramos que, por ejemplo, el 5% de los demandantes manifestaba tener un contacto telefónico con el hijo y el 43% un contacto presencial, el cual para más del 80% de los casos es de al menos una vez a la semana. Observamos también que la mayoría de las causas de judicialización son rejudicializadas, es decir, están en conflicto permanente en materia de cuidado. Además, el 60% de las parejas, después de la ruptura, no se habían visto y esto reflejaba un patrón de padres demandando el cuidado después de no poder ver o no tener contacto con su hijo por mucho tiempo. Finalmente, obtuvimos que en el 84% de los casos es la madre la que se hace cargo del cuidado de los hijos y es con ella con quien estos residen.

La reflexión inmediata que toda la realidad antes descrita sugiere preguntarse si existen o pueden desarrollarse en Chile políticas públicas que puedan contribuir a modificar estas tendencias, asumiendo que existe un bien en juego en permitir que el mayor número de niños pueda contar con un padre y una madre comprometidos en su desarrollo integral.

Aludir a políticas públicas en materia de familia en Chile es realmente pretencioso desde que la familia no ha sido un eje de las políticas públicas en nuestro país. Las únicas políticas que se han desarrollado se han limitado a modificar la legislación familiar bajo un patrón constante de reformas bajo la premisa de que todo problema familiar se soluciona enviando un proyecto de ley al Congreso. Y pareciera que el solo envío del proyecto solucionara el problema, aunque se desconozca la suerte que tuvo en definitiva su tramitación legislativa.

Por lo tanto, se ha exacerbado completamente el rol del derecho que apunta siempre a establecer un mínimo de derechos o garantías, pero que jamás va a permitir educar o construir una mejor paternidad o una paternidad más estrecha que lleve a un mayor desarrollo del niño. Lo que el derecho simplemente hace es tratar de asegurar que al menos un piso mínimo esté garantizado para todos.

1 Propuestas para Chile 2010. Capítulo II: Fomento de las relaciones paterno-filiales y del cuidado personal de los hijos en el contexto de la ruptura familiar. En: *Propuestas para Chile*, Centro de Políticas Públicas UC, 51-81.

2 Anexo 2 del documento loc.cit.

Desde ese punto de vista, además, si se observan los efectos de estas constantes reformas, puede constatarse que ni siquiera se le da tiempo suficiente para que sean aplicadas y pueda probarse su real alcance o utilidad. Así, por poner un ejemplo actual, recién el año pasado se reformó la ley en materia de cuidado personal, y ya se quiere modificar con ocasión del debate sobre el Acuerdo de Vida en Pareja. De este modo, ni siquiera se le da un espacio a las reformas para ver los efectos que han producido y si es que realmente se hicieron cargo o no del problema que supuestamente se quería abordar.

Una tercera cuestión que se necesita para poder avanzar en un diseño correcto de políticas públicas en estas materias, es que requerimos de más evidencia y, en tal sentido, es que se agradecen los datos que entrega esta Encuesta Bicentenario, porque el problema que existe en materia de familia es que no se cuenta con evidencia dura, en particular, en torno a las fortalezas que tiene la familia, la maternidad y la paternidad en Chile, entre otras.

Por último, de los distintos datos antes referidos puede concluirse que el desafío urgente está en la educación para la paternidad y la maternidad. Definitivamente, el tema esencial es que ninguno de nosotros ha sido educado para ser padre o madre.

Debido a ello, por más reformas que se hagan a la ley, el compromiso real de los padres con sus hijos pasa por su formación ética. Es lo que nos revela el dramático ejemplo al que ya aludíamos. Así, se ha intentado asegurar por ley que los padres cumplan con el pago de las pensiones alimenticias, pero ninguna de esas reformas ha sido efectiva.

Esto refleja –insisto– que, finalmente, el ejercicio activo de la paternidad y la maternidad, el compromiso que ello implica, supone educación previa, un compromiso ético, que pasa por entender qué significa ser padres. Por ello, el primer grupo de políticas públicas en la materia debiese apuntar a educar, formar, dar apoyo para el adecuado ejercicio de la paternidad y la maternidad. Para ello se cuenta en nuestro país con múltiples herramientas a las que, no obstante, la mayoría de la población no tiene acceso.

En síntesis, ante la dispar realidad de la paternidad existente en Chile, y que la Encuesta Bicentenario 2014 refleja, deben desarrollarse políticas públicas que potencien la educación de los padres en el maravilloso rol que se les ha confiado respecto de sus hijos.

Comentario

SERGIO BERNALES, socio y fundador del Instituto Chileno de Terapia Familiar

Me corresponde realizar un comentario de la Encuesta Bicentenario UC-Adimark GfK sobre la mirada que la mujer, el padre y los hijos tienen de la percepción del ejercicio de la paternidad.

El título de la presentación que comento puede prestarse para un malentendido, porque hablar de parentalidad es señalar un neologismo muy en uso que indica que padres y madres “ocupan un lugar equivalente y desarrollan las mismas prácticas educativas frente a sus hijos” (Martin, 2003), algo que puede discutirse a la luz de algunas encuestas sobre el uso del tiempo (Valenzuela y Herrera, 2006) si cito un trabajo de Valdés (2009), pues si no se distingue la diferencia que ha tenido la evolución del ejercicio de la paternidad y maternidad “se corre el riesgo de confundir el contrato de género que se dibuja hoy no solamente en la relación conyugal sino también en la relación parental” (Martin, 2003).

Sin embargo, si a lo anterior agrego que lo que se me pide comentar es la percepción sobre la paternidad, el término parentalidad podría caber en este caso porque es la madre la que opina sobre el ejercicio de la paternidad, y en este sentido, la opinión de la madre sí diferencia un contrato de género que se hace visible y separa lo que se espera del padre en términos de la madre.

Sobre la encuesta misma se me pide comentar el acápite “evaluación de la paternidad en Chile” efectuado el año 2014. En ella se pide la opinión a mujeres cuyo hijo menor conoció al padre, a hombres que son o fueron padres alguna vez y conocieron a su hijo menor y a hijos que conocieron a su padre. Se trata de una encuesta a mayores de 18 años de distintos grupos etarios, por lo

que las madres y padres hablan desde su edad actual de la relación que el padre y la madre han tenido con su hijo menor desde su mirada en el día de la entrevista, es decir, opinan con la mirada del 2014 cómo fue ese padre con su hijo menor, ¿a qué edad?, ¿a una edad que ya pasó?, ¿de una edad en que el hijo es menor actualmente?, ¿de una edad en que ese hijo es ya mayor?

Respecto de la opinión del hijo, hoy un hombre mayor de 18 años que desde distintas edades mira a su padre y lo enjuicia en diferentes aspectos, es interesante observar cómo los encuestados menores de 30 años revelan un nivel más alto de satisfacción con sus padres que va disminuyendo conforme avanza en edad. La mirada también es la contemporánea sobre un padre que puede ser enjuiciado cuando ese hijo era menor hace ya años. Es algo que señala la influencia positiva de lo que los cambios culturales han producido en la paternidad respecto a la incorporación, en el presente, de elementos más ligados a la ternura que a la disciplina y la sola proveeduría económica.

Me es difícil comentar solo desde el contexto de la encuesta, lo que es claro es que la paternidad ha cambiado y quizás sea de eso de lo que puedo opinar.

Desde mi lugar de terapeuta familiar y de trabajar con familias en entornos de vulnerabilidad, no puedo pensar el comportamiento de los padres desligado del contexto social y cultural en el que estos se encuentran, pues sus acciones, creencias y emociones están directamente influenciadas por su historia de vida y la de sus familias de origen. Me parece importante, entonces, observar la paternidad desde una perspectiva ecológica, sistémica

y contextualizada al hablar de competencias paternas, ya que involucran relaciones circulares al interior de la familia y con los demás sistemas que la abarcan, incluyendo a las instituciones públicas y privadas en un entramado de redes que la apoya y también la fiscaliza.

La pregunta que me hago es: ¿cómo es que el contexto ocupa un lugar central en la paternidad hoy día? Me parece que la redefinición actual de la paternidad se sitúa en un proceso de desinstitucionalización de la familia, de mayor presencia femenina en el mercado de trabajo, de nuevas leyes civiles y de adquisición de derechos políticos, sociales y culturales de las mujeres, y es en ese contexto que se puede erosionar el lugar paterno de antaño y observar la diversificación de las maneras de asumirse la paternidad.

Rescato de la Encuesta Bicentenario sus cinco distinciones, pues son las que en general se evalúan a lo largo de los cambios que ha experimentado la paternidad: apoyo económico, emocional, moral, crianza y tiempo dedicado.

Al situarme en esta perspectiva, tengo que pensar que las transformaciones en la concepción de la paternidad se relacionan con distintos factores, entre los que cabe mencionar, como ha explorado Ugalde (2002), los siguientes:

- a) Cambios en la dinámica sociodemográfica de la población y su relación con el tamaño y composición de las familias.
- b) Transformaciones en los papeles sociales de las mujeres, dentro y fuera de la familia.
- c) Tendencias hacia la individualización de los derechos, que originan nuevas demandas públicas y nuevos sujetos sociales, como en el caso de los derechos de las mujeres, de la infancia, de las personas de la “tercera edad” y de aquellos con habilidades diferentes.
- d) Cambios en las formas de abordar a la familia, que evidencian la necesidad de desarrollar nuevas definiciones normativas entre los sujetos, las familias y el Estado.

Hoy es difícil no dirigir una mirada hacia la política pública en lo concerniente a familia, pues lo que la política pública fomenta, permite o prohíbe, determina en el tiempo lo que se espera de ella.

Algunos hitos históricos dan cuenta de ello (Olavarría, 1999): primero fue la familia nuclear patriarcal, fortalecida y/o creada desde el Estado a través de sus políticas públicas y la correspondiente asignación de recursos, hasta la década del setenta sustentada en una clara división sexual del trabajo entre el hombre y la mujer y en la separación entre lo público y lo privado.

Entre 1973 y 1990, el uso de los recursos públicos y su política de ajuste afectaron las bases que favorecieron la existencia de este tipo de familia nuclear durante gran parte de este siglo. Se redujo el tamaño del Estado; se privatizó gran parte de las empresas públicas; se modificó la legislación del trabajo; se privatizó parcialmente la educación y la salud pública; se modificó el sistema de previsión social, y se focalizaron los recursos hacia los sectores más precarizados de la población a través de programas específicos.

En 1990 nace el Servicio Nacional de la Mujer (Sernam) y emergen una serie de políticas para la igualdad de oportunidades de las mujeres, se ha legislado sobre ello y se han otorgado recursos públicos para su implementación

Cómo ha incidido todo lo anterior en la paternidad, tal como la construcción misma de la encuesta investiga, apunta a la conveniencia de un modelo que destaca la disminución del número de hijos, la importancia del incremento del tiempo paterno al cuidado de los hijos, la expresión de afecto y cercanía hacia ellos, una mayor equidad en la distribución de las responsabilidades domésticas entre padres y madres, y la remoción de la violencia como medio para resolver los conflictos dentro de la familia.

Sin embargo, y más allá de las dudas que me suscitó la manera en que están construidas las preguntas, resulta interesante estudiar en nuestro país qué habría que tener en cuenta para lograr una paternidad responsable, por ejemplo, saber qué incidencia tienen variables como el conocimiento de las responsabilidades reproductivas (conocimiento y uso de métodos anticonceptivos, creencias sobre la reproducción y la sexualidad, prácticas sexuales, violencia sexual, salud sexual y reproductiva y educación sexual), de las responsabilidades económicas (cómo medir los cambios en las maneras de proveer entre padres y madres y su incidencia en la mirada sobre la paternidad), de las responsabilidades domésticas (diferencia entre uso del tiempo que se dedica a los hijos por edad, sexo y condición económica), y de las responsabilidades con el bienestar infantil (evaluación del entorno familiar, aspectos legales involucrados y características de la dimensión psicoafectiva).

Ante estas reflexiones surgen preguntas tales como: ¿qué ha pasado con la modernidad y con los cambios en la paternidad los últimos 30 años?, ¿qué pasa si los ingresos no alcanzan?, ¿qué pasa cuando el salario de la mujer pasa a ser importante?, ¿qué pasa con los cambios en las relaciones de género?, ¿cómo se incorporan estos cambios a las funciones de la crianza y labores del hogar?, ¿qué consecuencias ha tenido la obligación de de-

clarar a todos los hijos legítimos?, ¿qué caminos toma la paternidad post divorcio?, ¿de qué depende su ejercicio?, ¿cómo incide la enorme información mediática sobre el mejor modo de hacerlo?

Desde mi experiencia clínica con familias de distintos estratos sociales más la lectura de algunos trabajos latinoamericanos y chilenos (Ugalde, 2002; Olavarría, 1999; Valdés, 2009), me parece que la respuesta a estas preguntas no es la misma en cada clase social. En general, los hombres continúan rehuendo de las tareas domésticas, la llegada del primer hijo tensiona a la pareja más allá de las intenciones amorosas hacia este, la diferencia entre las ideas masculinas y femeninas de protección dificultan el acercamiento en los primeros meses, salvo que se involucren desde los primeros días en la ternura de la relación. Los intereses propios de los hombres no relacionados al hogar y a la pareja, sostenidos desde una idea de independencia y libertad, es otro factor de tensión en la actualidad. La prioridad de mantener una buena vida sexual, independiente de los hijos, en oposición a una vida familiar buena como requisito para una buena sexualidad, es otro factor de género que se observa. Es interesante cuando se ve una inversión de estos intereses como ocurre con padres extenuados, sensibles y exigentes de un buen trato por sobre los acuerdos solamente funcionales.

Ahora, una pequeña observación sobre el concepto de “protección”. Este no suele tener el mismo significado para padres y madres. Para ellas, proteger es cuidar el bienestar físico, emocional, relacional y afectivo. En cambio para los padres es preparar para la salida al mundo exterior. De ahí las diferencias en la exposición y en la sobreprotección tanto de niños como niñas que la cultura señala como necesarias desde una distinta mirada de género.

Respecto de mirar tipos de padres y cambios en sus roles, me gustaría señalar un estudio de Valdés (2009) – en varios sentidos concordante con Valenzuela¹ –, donde explora el lugar que habita el padre en el Chile contemporáneo mediante 30 entrevistas a padres de entre 21 y 54 años, de distinta condición social y situación familiar (casados, unidos consensualmente, separados, solteros) cuyas mujeres, parejas o ex parejas madres de sus hijos, trabajaban fuera de la casa, bajo la hipótesis de que las representaciones sociales sobre la emergencia de un nuevo padre invocarían a los cambios en las relaciones de filiación más que a los equitativos repartos de responsabilidades entre hombres y mujeres.

El análisis de las entrevistas a padres muestra la aparición de representaciones donde, en primer lugar, los entrevistados marcan la diferencia con sus propios padres. En segundo lugar, apuntan a la emergencia del padre cercano y afectivo, a veces doméstico, en particular en las cohortes más jóvenes y con independencia de las diferencias de capital escolar y cultural (Rebolledo, 2007; Valdés y Godoy, 2008). Todo esto está en consonancia con lo que se observa en la encuesta. No obstante, los cambios en la forma de ejercer la paternidad se manifiestan en ciertas dimensiones y no en otras, mientras al mismo tiempo la paternidad tradicional se ve fortalecida en grupos sociales de altos ingresos.

A partir de las entrevistas, Valdés ha distinguido tres “modelos” que escapan de las respuestas individuales, permitiendo dar cuenta de las representaciones sobre distintos modos de ser padre que son compartidas por grupos de hombres chilenos:

- a) **Padres presentes y próximos (domésticos):** se da en mujeres que trabajan, padres cesantes y padres separados que viven con sus hijos, padres jóvenes que acuerdan una parentalidad compartida y a gusto.
- b) **Padres neopatriarcales:** se da en padres religiosos, buenos proveedores, partícipes en la crianza, pilar moral y de sostén económico, madres profesionales que se retiran temporal o definitivamente para criar y cuentan con la ayuda de nanas.
- c) **Padres periféricos:** se da en padres que se ven como apoyo a la madre en la labor de crianza y son quienes reproducen en mayor medida la forma de ejercer la paternidad de las generaciones anteriores. Son buenos proveedores y en su vida tienen gran importancia los éxitos laborales y el prestigio profesional. En lo cotidiano están poco presentes en la vida de sus hijos, dada su inclinación a desenvolverse en los espacios públicos, no colaboran de manera activa en la crianza, aunque admiten que se sienten los transmisores de valores y formadores y dicen tener una relación afectuosa con sus hijos. Este tipo de paternidad tiende a reproducir al interior de sus familias las relaciones de género tradicionales, donde aun cuando la madre trabaje fuera del hogar, es la responsable de este y de los hijos, mientras que el hombre se define a partir de su rol de proveedor y padre que ejerce la autoridad y tiene un rol relevante en la formación moral y valórica de sus hijos.

1 La exposición de Eduardo Valenzuela se realizó en el seminario de la Encuesta Bicentenario “Una mirada al alma de Chile 2014” el día 7 de enero de 2015.

Un hallazgo adicional de este estudio consigna la cada vez mayor posibilidad de disociación entre la paternidad biológica y social, entre el genitor y el padre. Los hombres, especialmente los más jóvenes, que tienen parejas con hijos de una relación anterior no hacen diferencias entre sus propios hijos biológicos –cuando los tienen– de los hijos de su mujer, e incluso en el caso de separación de la pareja esto no implica la ruptura del padre social con ese hijo no biológico. En esto hay una adaptación interesante a las nuevas maneras de conformar familia, a las convivencias secuenciales, las familias reconstituidas y segundas uniones. En mi experiencia clínica, no ocurre lo mismo con los hijos del padre que tiene hijos y se casa de nuevo o convive con una nueva pareja. En este caso, el síndrome de la madrastra sigue teniendo importancia debido a las expectativas de los padres sobre el papel de la madrastra y a la diferencia entre los hijos propios y ajenos que hace la nueva pareja de ese padre, más si esa madre ha sido soltera hasta el momento de la nueva unión.

En las tareas del hogar, son los padres separados los que suelen asumirlas, no así los casados, los que en general invocan el respeto a las diferencias de estilo para posponerlas. Pareciera que otro factor que mantiene la desigualdad en el ejercicio de la paternidad son las diferencias de sueldo frente a trabajos parecidos.

En suma, coexiste una práctica más bien liberal con una postura más conservadora en la manera de concebirse y aplicarse la paternidad, algo que ha sido llamado “conservadurismo fracturado y liberalismo práctico” (Martínez y Palacios, 2000).

Parece ser que hay menos dudas de que es el hijo el motor del paso de un padre distante a uno más afectuoso y comunicativo, junto a cambios en el reparto de roles sexuales. Lo anterior coexiste con algunos padres que a veces desplazan a la madre y la reemplazan en sus funciones tradicionales. En la combinación de ambos modelos, se entrecruzan representaciones que muestran cambios y modelos que permanecen. La emergencia de un modelo plural donde existe una cohabitación de distintas formas de ser padre en los distintos medios sociales, económicos y culturales convive con uno donde el padre no se ha modificado sustantivamente. Mi experiencia clínica tiende a corroborar estos hallazgos.

Para terminar, quisiera compartir algunas conclusiones a partir de la encuesta ELPI. Si casi un tercio de los hijos no vive con su padre biológico y casi el 70% de estos nunca ha vivido con él, hay un 40% de padres con los que se puede trabajar más desde el nacimiento, pues un

dato de esta encuesta indica que la brecha de desigualdad entre niños ricos y pobres surge a partir del décimo mes de vida, tal como se observó después de estudios que medían niveles cognitivos y sociales de los niños desde la variable socioeconómica.

Ese es el punto de partida, porque esta brecha aumenta a medida que los niños crecen, con el agravante de que se requiere de más esfuerzos para resultados menos efectivos. De ahí que la política pública focalizada desde el nacimiento requiere de la participación temprana de los padres y el consentimiento de la madre de que así sea.

Que el padre importe más como ayuda económica que como participe en otras áreas de la crianza dependerá de si la madre cuenta con otra ayuda “paterna sustituta” o prefiere no contar con padre del niño debido su historia con él. La evidencia empírica que señala Valenzuela es norteamericana y de más de 15 años atrás. Hay un estudio inglés interesante, *Do it Yourself Dad*, cuyo objetivo es facilitar la relación entre el padre y sus hijos pequeños ofreciendo diferentes servicios (técnicos asesores, cursos sobre paternidad, espacios de juego para el padre que no convive con sus hijos, etc.) (Marí-Klose et al., 2010). Sería interesante contar además con experiencias más cercanas en el tiempo y más acordes a nuestra cultura.

En Chile, la participación activa del padre constituye un beneficio para el desarrollo de los niños. La evidencia de estudios longitudinales (Sarkadi, Kristiansson, Oberklaid y Bremberg, 2008) confirma que aquellos niños que tuvieron un padre involucrado es más probable que cuenten con un mejor desarrollo en diversas áreas, tales como: rendimiento escolar, resultados en escalas de desarrollo cognitivo, menor estrés en la adultez, menores problemas conductuales y conflictos con la ley, entre otros (citado en estudio de Aguayo, Correa y Kimelman en documentos de Chile Crece Contigo, 2012). En ese mismo documento hay otras referencias ligadas a mejor salud física, motivación al estudio, desarrollo cognitivo, habilidades sociales, mayor tolerancia al estrés y en la adolescencia hay menos consumo de alcohol (Allen y Daly, 2007; Barker, 2003; Nock y Einolf, 2008; Sarkadi et al., 2008); los padres que tuvieron esta participación tienen mejores indicadores de salud, tienen mayor probabilidad de estar satisfechos con sus vidas, de vivir más, de enfermar menos, de consumir menos alcohol y drogas, de experimentar menos estrés, de accidentarse menos, de tener una mayor participación en la comunidad (Allen y Daly, 2007; Ravanegra, 2008); las madres se ven menos sobrecargadas en las tareas de cuidado y domésticas y tienden a incrementar su salud física y men-

tal (Allen y Daly, 2007; Barker, 2003); y se suele mejorar el ingreso familiar con impacto positivo para la familia (Barker, 2003). Esto no ocurre en la ausencia y desentendimiento del padre, donde se observa mayor prevalencia de problemas psicosociales (Nock y Einolf, 2008).

El “efecto hijo” que señala Valenzuela parece estar, dicho desde mi trabajo con familias en términos clínicos, ligado a dos elementos: la lealtad con una madre que critica al padre ausente desde distintos ángulos, y el hecho de que la relación de los padres no presentes suele ser más coercitiva en sus deberes y más condicional en sus afectos.

El concepto de paternidad, más allá de ser un “gestador biológico”, implica la posibilidad de imaginar su descendencia. La situación de acompañar a la mujer que está

embarazada de un hijo de él y la gama de vivencias que aparecen en torno del evento en relación al hijo, a la madre y a la relación entre ellos, es todo un proceso que envuelve al padre desde su propia historia. Mientras más temprano pueda involucrarse como tal, la madre lo permita y comparta, más prevención acaecerá en términos de buen trato y cuidado del niño.

De lo que se trata finalmente es de que el padre sea capaz, como de alguna manera está ocurriendo, de dejar de considerar al hijo como un objeto de su propiedad y considerarlo como un sujeto de derecho con voz y una subjetividad propia, al que hay que nutrir y cuidar. Que lo pueda hacer también depende del contexto que lo determina y condiciona como hombre y como padre.

Referencias

- Allen, S. y Daly, K.**, 2007. *The Effects of Father Involvement: An Updated Research Summary of the Evidence Inventor*. Canadá: Centre for Families, Work & Well-Being, University of Guelph.
- Aguayo, F. y Kimelman, E.**, 2012. *Paternidad Activa*. Guía para promover la paternidad activa y la corresponsabilidad en el cuidado y crianza de niños y niñas. Material de apoyo para profesionales del Sistema de Protección Integral a la Infancia, Chile Crece Contigo.
- Barker, G.**, 2003. *Men's Participation as Fathers in the Latin American and Caribbean Region: A Critical Literature Review with Policy Considerations*. World Bank (Final Draft).
- Mari-Klose, M. y Mari-Klose, P.**, 2010. Las nuevas modalidades familiares como contexto de transición a la vida adulta: El logro educativo en hogares monoparentales. *Revista de Juventud*, 9. Madrid: Ministerio de Igualdad.
- Martin, C.**, 2003. *La parentalidad: controversias en torno a un problema público*. Disponible en: www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/laventan/ventana22/7-34.pdf
- Martínez, J. y Palacios, M.**, 2000. *Encuesta Nacional. Liberalismo y conservadurismo en Chile. Análisis sobre opiniones y actitudes de las mujeres chilenas al fin del siglo XX*. Santiago, GIM.
- Nock, S. y Einolf, C.**, 2008. *The One Hundred Billion Dollar Man. The Annual Costs of Father Absence*. EE.UU.: National Fatherhood Initiative.
- Olavarria, J.**, 1999. *Ser padre en Santiago de Chile*: Red de masculinidad, Chile.
- Ravanefra, Z.**, 2008. *Profiles of Fathers in Canada*. Population Studies Centre. Canadá: University of Western Ontario.
- Rebolledo, L.**, 2007. *Del padre ausente al padre próximo. Emergencia de nuevas formas de paternidad en el Chile actual*. Ponencia presentada en Congreso de los 50 años de FLACSO, Quito, 29, 30 y 31 de octubre de 2007.
- Sarkadi, A., Kristiansson, R., Oberklaid, F. y Bremberg, S.**, 2008. Fathers' involvement and children's developmental outcomes: a systematic review of longitudinal studies. *Acta Pediátrica*, 97, 153–158.
- Ugalde, Y.**, 2002. *Propuestas de indicadores de paternidad responsable*. CEPAL.
- Valdés, X. y Godoy, C.G.**, 2008. El lugar del padre: rupturas y herencias. Representaciones de la paternidad en grupos altos, medios y populares chilenos. *Revista Estudios Avanzados*, 6 (9), junio. USACH, Santiago.
- Valdés, X.**, 2009. El lugar que habita el padre en Chile. *Revista Polis*, 23.
- Valenzuela, E. y Herrera, M.S.**, 2006. Tiempo, trabajo y familia. En: Valenzuela, S., Tironi, E., y Scully, T. (eds). *El eslabón perdido*. Taurus, Santiago. 265-288.

Comentario

CAROLINA DELL'ORO, socia directora Consultora Concilia

Respecto del tema de la paternidad, en Chile nos enfrentamos a un gran dolor. Muchos estudios indican que la cercanía con el padre es significativa, como también lo es entre los padres, porque ser padre y madre son realidades relacionales. Pero cuando se observa la cantidad de padres que están ausentes, tenemos que decir que en Chile existe un dolor, y como se mostró en la presentación, esta realidad va en aumento.

Pero también estamos frente a una buena noticia, que es que las generaciones jóvenes están evaluando mejor a sus padres. Uno de los problemas de nuestras políticas públicas es que tendemos a mirar lo doloroso y terminamos construyendo políticas para los problemas familiares, mientras que también se debería ayudar a las familias que no los tienen.

Desde esa perspectiva, nos encontramos ante una buena noticia en términos de que pareciera ser que los padres jóvenes se están implicando más. Comparto los comentarios anteriores que esto no se trata de una “nueva parentalidad” ni de una “nueva paternidad”. Como filósofa tengo que hablar más desde la perspectiva del ser. Creo que desde el momento en que un ser humano se convierte en padre o madre, surge un vínculo radical con ese hijo. Han habido diferentes momentos históricos y contextos sociales en los que ese vínculo ha estado más o menos presente, por ejemplo, en la Revolución Industrial cuando el padre se alejaba incluso físicamente del hogar y la madre se hacía cargo exclusivamente de los hijos, se reforzó el rol proveedor del padre con mucha fuerza. Este fenómeno hoy también se encuentra presente en nuestra sociedad. El desconcierto para muchos

hombres de que la mujer pueda tener un ingreso económico relevante, quizás es una gran oportunidad para que el padre no tenga –en forma exclusiva– ese peso sobre sus hombros, sino que ello represente una oportunidad para empezar a desarrollar otras variables.

Por otra parte, es revelador ver que los padres se evalúan mal en lo económico, es decir, que ese peso todavía está bastante arraigado. Pareciera que solo es un mal padre aquel que no puede aportar económicamente al hogar. Pienso que hay un movimiento emergente de una paternidad, no le quiero llamar “nueva”, pero sí que incluye más allá que el aspecto ético y económico, sino que también lo afectivo, la crianza, el apoyo. Hasta hace poco tiempo era poco frecuente que los padres ayudasen a las madres con estas tareas, mientras que hoy día el concepto de ayuda en la crianza va quedando atrás y empieza a estar más presente el concepto de protagonismo. Ahora, esto tiene una connotación que parece importante destacar, y es que en nuestro país los hijos son considerados una carga, al menos en términos impositivos, para los padres. Es así como surge la duda de si los hijos son vistos como un problema o como un bien u oportunidad.

Estas son las preguntas que tenemos que hacernos. Ser protagonista y líder en la vida, pero “con carga”, no es fácil. Creo que hay preguntas que no se están haciendo y que es urgente hacerlas, como ¿qué es un hijo para este país? ¿Es un problema? ¿Es una posibilidad? ¿Es una oportunidad de desarrollo?

Desde esa perspectiva, hoy empieza a aparecer un coprotagonismo entre los jóvenes con respecto a la pater-

nidad. En este escenario es importante destacar algunos elementos que se reflejan en la Encuesta Bicentenario, como la excelente valoración personal que tienen los hombres versus la no tan buena valoración por parte de las mujeres del rol del padre, y la bastante dolorosa visión que tienen de estos sus propios hijos. Estas valoraciones se pueden situar en diferentes contextos. Uno de ellos es que constitutivamente los hombres tienden a ser más “hacia afuera”, por lo tanto, tienden más a la acción y menos a la revisión. En cambio las mujeres tendemos a revisar todo lo que hacemos. Por esta razón, la complementariedad entre el hombre y la mujer al momento de criar a un hijo es tan importante. No me gusta hablar de padres y madres (por separado), sino que prefiero el concepto de parentalidad. Porque naturalmente somos padre y madre juntos. Ahora, puede haber excepciones y problemas, pero no se puede olvidar la naturaleza. Los niños necesitan de ambos; de esta madre que protege y este padre extrovertido. Al ver jugar a una madre con un hijo, se observa que la madre tiende a acurrucarlo, mientras que el padre lo hace saltar. Estos son signos visibles de los dos ámbitos de la vida, de lo femenino y de lo masculino.

La diferencia o disparidad en la evaluación que tienen padres, madres e hijos sobre la paternidad tiene que ver también con que estamos frente a un cambio social, y estos padres no tienen referentes. Este punto es central, ya que la maternidad y la paternidad se viven de acuerdo a los referentes que cada uno tiene. Todos hemos dicho alguna vez que no vamos a hacer nada de lo que hacían nuestros padres, sin embargo, todos hemos terminado haciendo cosas bastante similares. Entonces, en este nuevo contexto de compañía e implicación afectiva en la crianza, hay un tema central que es la ausencia de referentes, y por lo tanto, una especie de desconocimiento de lo que se tiene que hacer como padres.

En ese sentido, nos encontramos frente a una gran oportunidad en cuanto al trabajo social, de políticas públicas, y de políticas empresariales que se pueden hacer para promover esta nueva forma de ser padre hoy. Pero hay que acompañarla, porque no se tiene la experiencia ni las referencias.

Por otro lado, existe la dificultad dramática de la no residencia. Es decir, es bastante difícil acompañar emocionalmente a alguien desde la distancia. Pero no solo la no residencia o ausencia física, sino también hoy estamos en presencia de otro factor extremadamente relevante, que es el no *estar*. Hay muchas familias en las que está presente el padre, la madre, los hijos, pero hay una can-

tidad de elementos distractores que no permiten *estar* en familia. Hoy día la virtualidad y la cantidad de otros elementos que nos distraen crean la sensación de estar juntos, pero sin estarlo realmente. Aún existe mucho por explorar en cuanto al análisis en este aspecto.

El factor tiempo es un factor dramático. Pienso que este factor en Chile habla de una revolución inconclusa. Es verdad que la mujer se ha incorporado con fuerza al mundo laboral y ha ido ganando cada vez más espacio en este ámbito, pero también es verdad que en esta ecuación hay grandes ausentes, que son los hijos. La estructura del trabajo, en términos de horas laborales y del modo como se estructura el trabajo, no está permitiendo el desarrollo de este factor tan determinante para cualquier crianza, que es el verse a los ojos, en estado medianamente descansado. Entonces, a mí me parece que estamos ante una revolución inconclusa.

Esta encuesta busca mirar el alma de Chile, y no hay un lugar donde se pueda mirar mejor el alma de un país que en la familia. Mientras los padres y madres, más aún las madres que están solas, tengan que salir a las 6 o 7 de la mañana, vuelvan a las 11 de la noche y muchas veces tengan que trabajar los fines de semana, y mientras no se ofrezcan otras posibilidades por parte de los empleadores, aun existiendo tantas facilidades tecnológicas que podrían utilizarse, difícilmente puede haber ni paternidad, ni maternidad de buena calidad. En Chile, este tema es urgente y no es un problema de leyes, sino que es un problema de políticas públicas proactivas. La primera política proactiva debería ser transmitir la idea de que ser padres no es asumir una responsabilidad terrible, una carga, sino que es una oportunidad. Yo creo que el vínculo que se genera entre un padre o una madre y el hijo, es algo humano que no puede dejar de estar presente en la discusión pública. Y aquí se juegan dos miradas sociales o culturales sobre el ser humano: ¿este se define como un individuo o se define como un ser relacional? Ese es el tema de fondo.

Hay una serie de temas complejos al respecto que me parece que son dignos de analizar. Creo que la formación a través de los medios de comunicación hoy es muy necesaria, al mostrar la paternidad y la maternidad como una posibilidad de desarrollo personal. La familia –en todos los estudios– tiene alta valoración y es allí donde se encuentra la mayor satisfacción, pero ello parece no condecirse con el nivel de dedicación hacia ella. Entonces, ese desfase podría hacer creer que hay una falta de elementos para ejercer plenamente la parentalidad o que existe una serie de prejuicios y temores que están de por

medio. También por lo general se hacen referencias a las dificultades que representa la crianza, no solo de niños, sino también —y muy particularmente— de adolescentes.

Quisiera plantear un punto que me parece crucial: los adolescentes. En Chile hay muchas políticas públicas para hijos menores, pero son los adolescentes los grandes ausentes, y al mismo tiempo, son “el gran problema”. Por ejemplo, qué pasa con un joven de 14 años cuya madre sale a las 6 de la mañana a trabajar y vuelve a las 11 de la noche, que está solo, en un barrio peligroso, vulnerable. La paternidad no se expresa solo en un padre con un hijo pequeño, sino también con un adolescente. Si nos fijamos en las fotos publicitarias, siempre se muestra a un padre con un niño pequeño. Es más fácil encargarse del cuidado de un niño de dos años que el de uno de 14. Nuestra experiencia nos dice que, por ejemplo, las abuelas hoy día no están dispuestas a cuidar a adolescentes, porque no obedecen y suelen no cumplir con las normas que se les aplican. Se observa entonces un problema bastante preocupante, considerando que la adolescencia es la etapa constitutiva de un ser humano. Bajo esta perspectiva, me parece que hay una escasez de políticas públicas que puedan apoyar la paternidad asociada a la adolescencia.

De todas formas, esta ausencia no es exclusiva de las políticas públicas; también las entidades privadas, y específicamente de las empresas. Estas deberían tener un rol prioritario, no solo dando espacio y tiempo a sus trabajadores para poder ejercer de mejor manera la paternidad, sino también entregando formación. Esto último es fundamental, porque ser padre y ser madre es natural, pero no es espontáneo, por lo tanto hay que aprenderlo. Un gran aporte sería ayudar a través de cursos y guías para los padres dictados en horas laborales y no restando el tiempo dispuesto para estar en familia. En el ámbito laboral se genera una gran oportunidad para formar a los padres, ya que es un público cautivo. En conclusión, hay que mirar creativamente, cambiar de mirada y atreverse a dar un salto en este ámbito.

Si la realidad nos está hablando de un dolor y a la vez de una oportunidad, creo que tenemos que dar un salto y atrevernos a innovar en la búsqueda de caminos. No solo innova la tecnología, los seres humanos también somos capaces de innovar. El que innova sabe que los caminos son diversos y que las soluciones serán variadas, pero lo importante es ponernos de acuerdo y avanzar hacia una solución.

Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2014

Centro de Políticas Públicas UC

Edición

Centro de Políticas Públicas UC

Corrección de estilos

Centro de Políticas Públicas UC

Diseño

Diseño Corporativo UC

Vicerrectoría de Comunicaciones y Educación Continua

Impresión

Salviat Impresores

300 ejemplares



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

Centro UC

Políticas Públicas

www.politicaspUBLICAS.uc.cl
politicaspUBLICAS@uc.cl

SEDE CASA CENTRAL

Av. Libertador Bernardo O'Higgins 340, piso 3, Santiago.
Teléfono (56) 22354 6637.

SEDE LO CONTADOR

El Comendador 1916, Providencia.
Teléfono (56) 22354 5658.

CENTRO UC DE POLÍTICAS PÚBLICAS

- Facultad de Agronomía e Ingeniería Forestal • Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos
- Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas • Facultad de Ciencias Sociales • Facultad de Derecho • Facultad de Educación
- Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política • Facultad de Ingeniería • Facultad de Medicina